

DEL GUERRILLERO ER

26 OCTUBRE

... SU ...

Santiago Aguilar Morán

Arturo Jarrín
La encrucijada de un
hombre sereno

Arturo Jarrín

La encrucijada de un hombre sereno

©2016, Santiago Aguilar Morán

ISBN 978-9942-14-971-8

Corrección

Consuelo González Herrera

Coordinador

Edwin Jarrín Jarrín

Diseño de tapa e interiores

Viviana Pazmiño Mantilla

Foto de Portada

©2016, Marco Salgado

FLAP Editores - Wilson E8-171, Telfs: 2504243 / 0997899141

Impresión: Editogran

Quito - Ecuador

Arturo Jarrín

La encrucijada de un hombre sereno

Santiago Aguilar Morán



*Pero hay algunas aventuras de la vida humana
a las que solo los acentos del corazón devuelven la vida.*

HONORÉ DE BALZAC

Presentación

Pensamiento en rebeldía

Me ha estremecido este libro. Aquí palpitan el dolor y la esperanza de un pueblo. Aquí están el hombre y la mujer en su esencia más firme. Aquí yace el amor a la patria, la dignidad y el coraje. Aquí están la perversión humana, los resortes criminales de la ambición y la codicia. Aquí esta una época del Ecuador, una época donde la operación cóndor, brazo asesino de la CIA, empieza a llenar de sangre nuestra América. Y están los sirvientes y los comensales de esta operación. Están Joffre Torbay, Luis Robles Plaza, Gustavo Lemus. Están los siniestros visibles e invisibles. Pero también la grandeza, pero también la llama viva del coraje y de la libertad.

Mi saludo a Santiago Aguilar Morán, su investigación comprometida, auténtica, veraz, prolija, rigurosa, humanizada por los destellos de la literatura, nos entrega la fortaleza de Arturo Jarrín, un hombre sencillo y humilde, todavía no valorado en su singular dimensión, un hombre que, por su quijotesco amor a la patria, se transforma en todos los hombres. Paradigma de los pueblos, conductor firme de su pensamiento en acción. Defensor absoluto de los pobres del mundo. Con su adarga al brazo atraviesa los molinos de viento de una época infame pero sembrada por la luz de la Revolución Cubana. Fertilizada ya por las huellas de Martí y Sandino, de Emiliano Zapata, de Bolívar, de Fidel y el Che, y claro, de Alfaro, ese hombre menudo que, mientras duró su vida fulgurante, le susurró siempre al oído: “mientras haya que hacer, nada está hecho”.

Ricardo Arturo Jarrín Jarrín, obrero de la palabra, guerrillero de la acción, emergiendo de un tiempo endurecido para los pueblos, cruzando su infancia y adolescencia con la pobreza cotidiana, enriqueciéndose con la palabra de oro de su madre profesora de escuela, esa otra Gabriela que le enseñaría las primeras vocales de la dignidad, de su padre comerciante del viento, llevándole de la mano del Carchi al Macará para que no olvidara el olor del camino, el misterio de la montaña, la sabiduría de los pueblos, terminando la primaria con una vocación de servicio, con un espíritu de fina sencillez que le empujaba a elegir el sacerdocio para su futuro.

Sin embargo, la revolución también es un sacerdocio y fue la revolución la que la eligió a él. Ya la literatura había empezado su lento ejercicio de reflexión, ya *Baldomera* y *Juyungo*, ya *Las Cruces sobre el agua*, ya *Huasipungo* y *La Hoguera Bárbara*, ya *Los Animales Puros*, habían hecho su trabajo. Ya su cabeza había asimilado el dolor y la impotencia de 1959, cuando Camilo Ponce tiñó de sangre Guayaquil (otra vez, repitiendo lo de Noviembre de 1922, esta vez contra estudiantes de colegio). Ya en 1962 se había estremecido con los sucesos del descubrimiento de un campamento guerrillero a orillas del río Toachi, inicio de la subversión en nuestro país, ya se había conmovido con la rebelión mundial de los estudiantes, ya había conformado grupos de estudio, ya había florecido su espíritu con mayo del 68, ya había cantado con Mejía Godoy, Quilapayún, Mercedes Sosa, Víctor Jara y Silvio, ya había subrayado todo el libro de Mariátegui, ya se había encendido con las proclamas del obispo de los pobres, monseñor Proño, ya se había cansado de las fiestas y los affaires, ahora, en 1979, año del triunfo de la revolución sandinista, Arturo, el bohemio puro, decide casarse para siempre con la revolución popular.

Muere entonces su abuelo, “papá Alberto”, el hombre que llenó de semillas su corazón, y el joven se va para Nicaragua a mirar de cerca el paso de la libertad. Quizá luego de muchos años, cuando el mismo enfrente a sus torturadores, recordará a Tomas Borge, el Comandante de la Revolución nicaragüense, que generosamente decía a su torturador “Mi venganza personal será decirte / buenos días sin mendigos en las calles / cuando en vez de encarcelarte te proponga / te sacudas la tristeza de los ojos. Mi venganza será el derecho de tus hijos / a la escuela y a las flores. No se puede olvidar que con esas cadenas, esos golpes, esos ahogos, esos sobresaltos, Arturo escribió *El cementerio de los vivos*, memoria estremecedora del sadismo y la perversión humana.

Aquí están su palabra y su espíritu, aquí las reflexiones de sus compañeros de lucha, de sufrimiento y amor, aquí las formas dolorosas con las que se templó el acero, aquí, acechando, la traición, aquí la maldad, recordándonos aquello de que lo que nos parece maldad sólo es tormento, aquí la encrucijada de un hombre sereno, aquí el destino de las espadas de Alfaro y Montero, aquí su proclama: “No me saques sin razón, no me envaines sin honor”, aquí las primeras pintaderas y grafitis de “Alfaro vive, carajo”; aquí las palabras de una mártir como Myrian Loaiza: “Ser revolucionario es ser profundamente humano, profundamente comprometido, con la violencia del fuego y la serenidad de la montaña”; pero aquí también el descalabro de la patria, los Hurtado y los Febres Cordero, los Philip Agee y los Nebot Saadi, y los torpes dictadores militares; y aquí la frase de Marco Troya, su amigo del alma, como un epitafio después de su muerte, al referirse a Arturo Jarrín: “Su imagen es tan fuerte que hasta ahora me sigue dando órdenes”.

Y aquí el valor de un revolucionario de nuestra América que buscaba obsesivamente, y lo pagó con su vida, crear un ejército popular bajo cinco puntos básicos: Soberanía popular, independencia económica, justicia social en democracia y una patria grande latinoamericana. ¿No es esto lo que todavía perseguimos?

Libro para multiplicar por miles este de Santiago Aguilar Morán, libro que además se asienta en palabras de libertad que han recorrido los tiempos, Shakespeare, Balzac, Cortázar, Camus, Gonzalo Rojas, Unamuno, Pessoa, y Gabriela Mistral, de quien recojo estas palabras puestas a la cabecera del libro y que debieron ser puestas a la cabecera del cadáver de Arturo “Del nicho helado en que los hombres te pusieron / Te bajaré a la tierra humilde y soleada”.

RAÚL PÉREZ TORRES
Quito, octubre 23 de 2016

Prólogo

El 26 de octubre de 2016 se cumplen treinta años de la ejecución extrajudicial de Arturo Jarrín Jarrín, encubierta por falsos informes policiales, y silenciada durante veinte años de dominio oligárquico-neoliberal, hasta que la Comisión de la Verdad promovida por la Revolución Ciudadana (2007) develó su infame crudeza. A propósito de esta conmemoración, Santiago Aguilar Morán ha escrito su biografía titulada *Arturo Jarrín. La encrucijada de un hombre sereno*, título que sintetiza el ser del joven Arturo y la paradoja que lo envolvió como hombre y como revolucionario.

La obra está organizada en nueve capítulos, un preludio y un colofón. En el Preludio el autor parecería construir un personaje mítico a través de la narración literaria, combinando lo fantástico y lo real. Relata las últimas horas de vida de Arturo Jarrín introduciéndose, como narrador omnisciente, en su mundo físico y psicológico acosado por la traición y la incompreensión, dejándonos en suspenso aquellas aciagas horas hasta el Colofón, en el que retoma los momentos decisivos de su vida, que culminaron cuando ocho balas disparadas a sangre fría por cuerpos clandestinos de seguridad del Estado durante el gobierno socialcristiano de León Febres Cordero, segaron su vida un domingo 26 de octubre de 1986, cuando apenas tenía 29 años.

En los nueve capítulos que siguen al Preludio, en cambio, el autor recurre de lleno a la narración histórica introduciéndonos en la saga del personaje enmarcada en la historia de su familia, del Ecuador y en la breve existencia de la organización que junto con otros jóvenes de su generación decidiría construir a inicios de los años 80 del siglo

XX. Es un relato bien escrito, ágil, sobrio, con datos precisos y cronológicamente ordenados. La narrativa biográfica es interesante pues está basada, fundamentalmente, en el testimonio e información de entrevistados que son informantes muy calificados, así como en el estudio de documentos de archivos y fuentes bibliográficas difíciles de encontrar, pues buena parte de ellas se produjeron por la misma Organización.

El autor contextualiza bien, aunque de modo sintético, la niñez, adolescencia y juventud del personaje, así como el ambiente socio político en el que le tocó vivir. Este recurso histórico permitirá al lector tener un cuadro del origen de su familia, incluso desde el siglo XVII al XX, pudiendo aproximarse a algunos momentos de su situación social como su hogar de clase media, con madre maestra de escuela y padre comerciante, en cuyo seno amoroso crecería y se desarrollaría junto a sus ocho hermanos y hermanas. Podrá conocer, asimismo, la gravitación de su familia a lo largo de su vida como factor de formación y de acompañamiento en las horas de gozo, pero también de lucha, agonía y muerte, e incluso, momentos íntimos después de su asesinato, pudiendo reconocer también en sus hermanos y hermanas a personajes de la misma trama histórica.

A través de los sucesivos capítulos va emergiendo la figura de ese personaje que nació en Quito un 10 de enero de 1957, en un Ecuador también gobernado por un socialcristiano: el terrateniente Camilo Ponce Enríquez, otro enjuiciado por la historia tras haber ordenado la brutal represión al movimiento estudiantil guayaquileño en 1959. El libro nos muestra cómo Arturo fue articulando en su cuerpo delgado, menudo y afligido por los dolores del reumatismo, sus

identidades de hijo de familia, intelectual, y sobre todo, de ser humano. Nos va revelando cómo ese conjunto de identidades se armonizaron desde su infancia, desarrollándose en su adolescencia y consolidándose en su juventud, hasta dar a luz, finalmente, al revolucionario.

Va emergiendo de sus páginas, un ser generoso, enormemente solidario desde niño, con un gran sentido de la responsabilidad en el trabajo, cincelado por su inteligencia y su aplicación al estudio, pues, en efecto, fue un excelente estudiante, abanderado del plantel escolar y, en el colegio, Presidente del Consejo Estudiantil. Estas inclinaciones reflejaban valores derivados del humanismo cristiano y del personismo que habitaba en los círculos de sus maestros, los Hermanos Cristianos lasallanos. La obra nos permite intuir cierto misticismo en Arturo, expresado en su deseo original de ser sacerdote, así como en ese estoicismo reconocido por algún compañero y que se manifestaría en toda su dimensión en la resistencia a las brutales torturas de la que sería objeto años después.

La obra de Santiago Aguilar Morán logra identificar muy bien un elemento de su identidad que se evidenciaría como decisivo en la construcción de su ser revolucionario: el nacionalismo, o más bien, un sentido nacional-popular ecuatoriano y latinoamericano, que se modelaría desde sus identificaciones escolares con el club de fútbol de los “puros criollos”, El Nacional; se profundizaría en su adolescencia con la lectura de la literatura de la generación de los años 30 que “perturbó” su conciencia; se ahondaría con las charlas con su abuelo a quien calificaba de “alfarista verdadero”; y se consolidaría en las “marchas interminables (...) en invierno y verano (...) descubriendo la verdadera esencia del Ecuador”, de la que le hablaría en su carta

póstuma a Hamet Vásconez el 25 de septiembre de 1986. En este proceso él se iría identificando fuertemente con los revolucionarios alfaristas aspirando a ser como ellos.

Aunque Arturo Jarrín pasó por los claustros universitarios, la obra no nos dice cuál fue el valor agregado que le proporcionó la universidad a su formación. Más bien enfatiza en su autodidactismo. Sin embargo, uno de nosotros, como profesor de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador, atestiguaría cuan cautivado estaba este joven ecuatoriano por Alfaro y el alfarismo, actitud que se expresa en la significativa anécdota que relatamos a continuación.

Eran los inicios de los años 70. En uno de los primeros cursos conocería al estudiante Arturo Jarrín, por una circunstancia muy singular. Un día nos pidió que habláramos con el historiador amigo nuestro, Oswaldo Albornoz Peralta, para que accediera a dar una charla sobre la vida y obra de Eloy Alfaro Delgado, el líder de la Revolución Liberal de 1895. Le dijimos que Oswaldo era como Juan Montalvo y que no daba charlas ni discursos pero que, como solía hacerlo, respondería con un escrito sobre Alfaro.

Me insistió y le hicimos el pedido formal al afamado historiador ecuatoriano, miembro del Partido Comunista del Ecuador (PCE). La respuesta ya se la habíamos anticipado al joven Jarrín. Efectivamente, Oswaldo nos prometió una ponencia escrita que nos envió uno o dos meses después. Era un extraordinario artículo de quince páginas intitulado “Eloy Alfaro: máxima figura de la historia ecuatoriana” que se publicó como un folleto en el pequeño mimeógrafo de nuestra Escuela con el sello editorial de la Asociación Escuela que

Jarrín dirigía entonces. En los años ochenta, cuando Jarrín había dejado su Escuela universitaria, y se había convertido, al decir del autor de este libro, “en el hombre más buscado de su país” por la represión del gobierno de Febres Cordero, publicamos ese artículo de Alborno, inspirado en la búsqueda alfarista de Jarrín, en la *Revista Ciencias Sociales* de la Universidad Central del Ecuador¹.

Sin duda el alfarismo del abuelo se impuso, a la larga, sobre el cristianismo de los lasallanos que, es de sospechar, influyó para su inicial opción política por la Democracia Cristiana (1975), abandonada poco tiempo después por una opción de izquierda radical. Y en esto intervendrían decisivamente, según la reconstrucción biográfica de Aguilar Morán, varios acontecimientos latinoamericanos: la derrota de la Unidad Popular en el Chile de Salvador Allende (1973), la lucha armada en Colombia, y, de manera crucial, el triunfo de la Revolución Sandinista el 19 de julio de 1979 que recibiría a Arturo Jarrín como entusiasta voluntario, experiencia que lo marcaría políticamente.

Aquí, es cuando la biografía de Arturo se funde con la historia de la organización política que decidió levantar, porque el libro de Aguilar Morán no es solo sobre un líder, sino también sobre una organización política revolucionaria, pudiendo ser útil incluso para el estudio de la estasiología ecuatoriana. En esta reconstrucción histórica de la organización, el autor hace uso de muchas fuentes válidas para seguir su escrutinio de las acciones del grupo. Cita cartas, documentos inéditos, todos originales, y a través de más de cien entrevistas, da vida a la vibrante historia que narra.

1 Véase Oswaldo Alborno Peralta (1984). “Eloy Alfaro: máxima figura de la historia ecuatoriana”, *Revista Ciencias Sociales* (Quito, Escuela de Sociología y CCPP, UCE), vol. III, núm. 15-16, pp, 199-206. La anécdota es contada por Rafael Quintero quien fue profesor de la Escuela de Sociología y CCPP de la UCE.

Y es, precisamente, a través de este ejercicio de reconstrucción que se puede apreciar que fue la confluencia de dos experiencias históricas: la alfarista del siglo XIX y la sandinista del siglo XX, las que incidieron de manera decisiva en su opción por la lucha armada. Si Alfaro le mostró que “lo justo es levantarse en armas contra los tiranos”, la Revolución Sandinista se lo confirmó, enseñándole nuevamente, que esa era la vía de transformación a seguir, más aún cuando el continente había atestiguado el revés de la vía pacífica de transición al socialismo en Chile (1973). Pero, de acuerdo a lo narrado, tal opción implicaría también una postura crítica hacia el escaso sentido de la urgencia del cambio que, de acuerdo a los testimonios citados, habría envuelto a la izquierda histórica ecuatoriana de entonces. De ahí su convencimiento de que ese momento histórico ya “no era el momento de las palabras”, sino el momento de la acción.

Fue en esta confluencia de experiencias históricas, sociales y personales que nacieron oficialmente las Fuerzas Revolucionarias del Pueblo Eloy Alfaro (FRP-EA) conocidas popularmente como Alfaro Vive Carajo (AVC), el 14 de febrero de 1983, bajo el gobierno demócrata cristiano de Osvaldo Hurtado Larrea. En realidad, desde los años 60 habían surgido en el país algunas iniciativas de organizaciones político-militares de izquierda, según nos lo cuenta Aguilar Morán, información que devela un área poco conocida de la historia de la izquierda ecuatoriana. El PSRE, el MIR, Vencer o Morir, el Movimiento Rumiñahui, La O, el Comando Obrero Revolucionario, Los Aushyris, Los Chapulos, el Frente Progresista; son los gérmenes de organizaciones político-militares que nombra, algunas constituidas de la convergencia de organizaciones de izquierda o de sus disidencias. Lo cierto es que hacia los años 80 en el seno de estos grupos radicales se estaría planificando la construcción de una “democracia en armas”,

proyecto que expresaba justamente la encrucijada de la coyuntura latinoamericana y la paradoja que la envolvía.

Sin embargo, la organización surgida bajo la dirección de Jarrín no constituyó una convergencia de aquellas, sino una organización generacionalmente nueva, de nóveles militantes, casi todos y todas seleccionados por el joven alfarista. Esta organización se definiría como “(...) democrática, nacionalista, de amplio contenido popular, antiimperialista, internacionalista (...) una organización de alfaristas”. Como lo narra el autor, al establecerse la organización guerrillera se decidió el mando, un periodo de preparación política y militar, e incluso se determinó apoyar la candidatura presidencial de Rodrigo Borja frente a la de Febres Cordero en 1984. Adicionalmente, se diseñó un programa de cinco puntos que evidenciaba una agenda nacional-democrática: “soberanía nacional, independencia económica, justicia social, democracia y Patria Grande latinoamericana”. Y, para efectivizarlo: la vía armada, la “construcción de un ejército popular, un frente político de alianzas (...) avanzar hacia la consolidación de la Organización Político Militar (OPM) y hacia un frente político de masas”.

Así, ese joven apacible, de tranquilo hablar, que era, en verdad, un “hombre de paz en lucha”, un alfarista convencido, que como el Viejo Luchador, tres veces competidor por el poder gubernamental en elecciones nacionales, solo ante la evidencia de la imposibilidad de emplear la vía pacífica y ante los hechos de traición a la patria en ocasión de la Venta de la Bandera Nacional, asumió el camino de la lucha armada para reivindicar la esperanza para el pueblo ecuatoriano, en 1895, así –decimos–, este joven alfarista de fines del siglo XX optaría por ese mismo camino al ver al país ingresar al neoliberalismo

salvaje en los años 80, de la mano de una derecha recalcitrante con un decidido desprecio por la vida del pueblo ecuatoriano. Siguiendo a Alfaro, Arturo Jarrín consideraba –según su biógrafo– una ingenuidad “llegar al poder por medio de elecciones”, por lo que su decisión – con marca e influencia sandinista–, fue la de articular “un movimiento político militar capaz de imponer un programa de gobierno popular”.

Pero esa sería, justamente, la paradoja histórica que envolvería al revolucionario y a la Organización que impulsó, en un país que vivía la contradicción de ser una democracia formal y, en la práctica, una república oligárquica excluyente. Así, Arturo Jarrín sería ese “hombre de paz en lucha” que tomó el camino de las armas; construiría una organización democrática que decidiría abrazar la lucha armada; él mismo sería un demócrata pero no creería en elecciones y llegaría a ser un guerrillero que no disparó un tiro. Una paradoja humana e histórica en un continente que vivía una encrucijada de vías de transformación signadas por los procesos de transición democráticos, de guerrillas triunfantes y de guerrillas y guerras civiles encaminadas a las firmas de paz. La opción política de Jarrín y de las/los jóvenes de su generación se decidió en esa encrucijada.

La obra de Santiago Aguilar Morán reconstruye el accionar político-militar de AVC entre su nacimiento y el asesinato de Arturo Jarrín. Describe las conexiones internacionales que hiciera con los movimientos guerrilleros andinos, enfrascados, por aquel entonces, en la organización del Batallón América (el colombiano M-19 y el peruano Movimiento Revolucionario Tupac Amaru - MRTA), así como los contactos con la Libia de Ghadafi. Se describen también, con el detalle proporcionado por los protagonistas, los distintos tipos de acciones ejecutadas durante ese período, que desatarían la constitución

de equipos clandestinos de seguridad del Estado encargados de “tirar a matar” a los insurgentes por orden del régimen febreorderista, ya instalado en el poder en 1984. En ese sentido, el libro constituye un valioso documento de historia oral.

Es interesante advertir la importancia de lo simbólico y lo mediático en la gestión política de esta organización expresada, por ejemplo, en la recuperación de las espadas de Alfaro y Montero, así como en las ruedas de prensa –denominadas “propaganda armada” – a través de las cuales informaba a la sociedad, y que se constituirían en una de las causas de las diferencias internas. En ese marco, se advierte la creciente estigmatización de la que fue objeto la Organización, a través de la denominación de sus dirigentes, por parte de la derecha político-estatal como “delincuentes”, “terroristas”, “violadores”, “secuestradores”, amplificada por la caja de resonancia mediática, y que aumentaría exponencialmente a medida que intensificaban y fracasaban sus acciones, acelerando su deslegitimación social.

Punto aparte, constituye la descripción de las brutales torturas que sufrieron los alfaristas cuando fueron apresados, registrándose el testimonio de los maltratos vividos por el propio Arturo Jarrín. Al visualizar su cuerpo débil, mortificado por el reumatismo, sometido a sanguinarias torturas frente a las cuales se mantuvo incólume, crece su figura como político revolucionario totalmente comprometido con una causa, fiel a sus principios y a su ideario, así como a su proyecto político. Se puede o no estar de acuerdo con su opción, pero debe reconocerse el gran valor que tuvo para defenderla. Y no solo él, sino todos los hombres y mujeres que cayeron en sus batallas defendiendo su causa.

Pero la obra también nos proporciona un conocimiento de los procesos ocultos de la organización: de sus desertiones, de sus discrepancias internas que generaron sus primeras divisiones apenas a dos años y medio de nacida, evidenciando que había surgido mediada por el mismo viejo problema de la izquierda ecuatoriana: su tendencia a la fragmentación y no a la articulación e integración de la diversidad en una unidad. Uno de los aspectos más impresionantes de la obra es la confirmación de la penetración de AVC por parte de los organismos de seguridad del Estado. La compra de conciencias, la traición artera instalada en la cúpula de AVC, nada menos que al lado del número Uno, es algo que altera y nos recuerda la penetración del imperio a la cúpula del PCE en los años 60 que logró dividirlo y crear su propia organización con etiqueta “de izquierda”. Ambas constantes históricas evidenciadas en la obra llaman vivamente a la reflexión sobre sus causas y sus contrarrestos, porque estos deben ser considerados como factores que facilitaron el fracaso del naciente movimiento guerrillero de fines del siglo XX.

Arturo Jarrín decidió abandonarlo todo y asumir un compromiso amoroso definitivo con la patria, “su esposa” y el amor de su vida: la revolución. Se dedicó, entonces, a organizar la única guerrilla habida en el Ecuador luego de las montoneras alfaristas del siglo XIX e inicios del siglo XX, siempre organizadas por alfaristas, desde los acompañantes del propio Don Eloy en 1883 a los acompañantes del lugarteniente de Alfaro, el Coronel Carlos Concha Torres en 1913. Además de la continuidad identitaria e ideológica emblemática --el alfarismo como seña del nacionalismo ecuatoriano--, hubo un mismo trasfondo regional en todas esas luchas, pues la provincia de Esmeraldas jugó un papel focal. Lo jugó en el caso de Eloy Alfaro. Basta recordar sus escritos y su célebre *La Campaña de*

Esmeraldas. Y en el caso de Alfaro Vive Carajo, esa región desempeñó un papel de soporte histórico, social y político del movimiento. Estuvo ahí la experiencia de un dirigente local, Jorge Chiriboga Guerrero, del PSRE, y aunque se ha dicho que escogieron “por sorteo” a la provincia donde iniciarían su trabajo de masas, incluso los afectos de Jarrín lo llevaron a ella.

Como heredero de la saga del alfarismo, Arturo Jarrín Jarrín debe ser recuperado como parte del panteón de héroes y heroínas revolucionarios del Ecuador. El propósito implícito del libro de Santiago Aguilar Morán es, justamente ese: superar los estigmas contruidos contra estos rebeldes y darles el lugar que merecen en la historia insurgente del país. Eso se impone hoy, cuando la derecha civil y militar se afirma en sus estigmas contra la juventud indómita y niega su responsabilidad en los crímenes de lesa humanidad que segaron vidas valiosas como la de Arturo y sus compañeros. Se impone también en un momento en el que en nuestro país y en la Patria Grande hemos iniciado transformaciones como las que soñaron estos valientes alfaristas, pero, a diferencia de ellos y ellas, a través de procesos hegemónicos, de la construcción de una nueva dirección intelectual y moral en el Estado sustentada en un amplio consenso construido en la sociedad civil y trabajando no con la idea de la guerra, sino con la de la paz. Ciertamente, es un nuevo momento histórico de la lucha de la izquierda revolucionaria, pero que se identifica también como continuidad de la gesta de Alfaro, recuperando su memoria y la de sus seguidores, incluidos los jóvenes alfaristas de fines del siglo XX.

RAFAEL QUINTERO LÓPEZ Y ÉRIKA SYLVA CHARVET
Quito y Caracas, 22 de octubre de 2016

Introducción

Reconstruir la vida de un hombre que fue perseguido en medio de una atmósfera de terror político supone romper silencios que, en muchos casos, se han mantenido por años. En el Ecuador hubo un tiempo en el que mencionar el nombre de Ricardo Arturo Jarrín estaba casi prohibido, era motivo de sospecha, de persecución y, a veces, hasta de ataques violentos. Después de treinta años de su asesinato, la figura de Arturo –me permito llamarlo así, con la confianza y la complicidad con la que se designa a un amigo– despierta aún pasiones, ternuras, afectos pero también remueve capas de un odio político inadmisibles si vienen dictadas por la desinformación.

Preguntar por su nombre, por lo que dijo en determinado momento, recordar un pasaje compartido con él o simplemente tararear una canción que cantaron a su lado, fue difícil para todos, para los entrevistados y el autor, porque hay un dolor que subsiste pese a los años, que se niega a desaparecer, que se creía olvidado pero que sigue latiendo. He visto muchas lágrimas mientras realizaba la investigación, lloré también junto a las víctimas de esta ausencia. Supe de casos en los que el tema estaba vetado, familias enteras que no querían hablar, que nunca hablaron de sus parientes guerrilleros, dolores contenidos por años, que afloraron cuando un periodista inoportuno preguntó: “¿Cómo conoció a Arturo? ¿Cómo ingresó a la Organización? ¿Qué recuerda de él?”. Esas mismas familias hicieron una catarsis después de una treintena de años y, por fin, hablaron de aquello que era un tabú, dejaron de lado el miedo y la vergüenza –en algunos casos– y se entregaron en brazos de su verdad. Acaso sea esa una tarea pendiente que tenemos como país.

Los veintinueve años, nueve meses y dieciséis días que Arturo habitó este mundo los dedicó a soñar y a trabajar para materializar aquella realidad que un día creyó posible. Viajó a Colombia, a Libia, a Nicaragua y a Rusia en búsqueda de herramientas que le permitan

concretar la más alta de sus ilusiones: un Ecuador en paz y con justicia social. Ahí está la paradoja de su vida, ahí la encrucijada a la que se enfrentó. Su ingenio y capacidad de movilización de acciones y de recursos lo convirtieron en un hombre temido incluso por sus propios carceleros, que en algunos casos terminaron siendo sus amigos. Las espectaculares acciones que organizó y las que él mismo protagonizara solo pueden explicarse por la pasión y la entrega desinteresada a su causa y a su sueño.

El aura de su imagen y la potencia de su nombre movilizan aún hoy. Para la realización de este trabajo decenas de hombres y mujeres, sobrevivientes de Alfaro Vive Carajo, activaron recursos, desempolvaron viejos cartones, hurgaron en su memoria y, generosos, entregaron su tiempo y espacio para reconstruir la vida de Arturo Jarrín. A ellos mi gratitud y mis disculpas por el dolor que inevitablemente vuelve al hablar de estos años aciagos de la historia política del Ecuador, de la que fueron trágicos protagonistas. Mi gratitud al grupo de estudiantes de la Universidad Central del Ecuador, quienes se sumergieron entre pilas de periódicos para recabar los datos contextuales que acompañan esta narración. Gracias a Edwin Jarrín, cuyo amor y dedicación mantienen vivo el recuerdo de su hermano. Por supuesto, agradezco a mis padres, sin cuyo cariño y sensibilidad este libro no existiría.

Los ambientes recreados en esta obra son fruto de la unión de cientos de piezas de un rompecabezas que cada protagonista aportaba. Varias veces escuché la misma historia pero con otra voz, con otros detalles, vista con otros ojos, desde otra sensibilidad, narrada desde una subjetividad distinta de la anterior. Mi tarea consistió entonces en confeccionar un escenario en el que confluyen hechos de conocimiento público, anudándolos con la intimidad de la voz de sus protagonistas. Si los medios de comunicación daban cuenta del hecho en sí mismo, este libro se concentra en los momentos anteriores, en la preparación del operativo, en las palabras que se decían los alfaros antes de salir a jugarse la vida por un ideal, en sus sensaciones y vértigos. Se trata,

pues, de una mirada a la intimidad de un hombre y de sus compañeros, de la Organización, con los que podemos o no estar de acuerdo pero cuyo valor y autenticidad para con la historia son insoslayables. El libro, el trabajo del biógrafo, quiere despertar empatía con el personaje más allá de las posiciones políticas del lector.

Cuando empezaba a escribir esta biografía, la imagen de Arturo venía constantemente a mis sueños. En uno de ellos, con la prestancia de su talante y la tierna firmeza de su voz, me preguntó: “¿Cómo va la tarea que te encomendé?”. En el sueño nada pude responder a ese cuestionamiento pues despertaba sobresaltado a la realidad en la madrugada. Ahora, lejos de la metafísica vinculación, puedo permitirme responder, no al sueño, sino al hombre que fue: perdona la tardanza, hermano. Cumplimos.

SANTIAGO AGUILAR MORÁN
Quito, octubre de 2016

Preludio

*Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.*

GABRIELA MISTRAL

Oscurece la tarde del jueves 18 de septiembre de 1986. Milton Cervantes Suárez mira su rostro en el espejo y lo compara con la foto del pasaporte. Con su mano derecha toma las tijeras y le da los últimos toques al bigote que servirá para ocultar su rostro, para no parecer ese que buscan en los carteles y en los medios de comunicación, para ser otro y no aquel por el que el gobierno ofrece cinco millones de sucres. La operación es minuciosa, no descuida ningún detalle, de modo que tiene la certeza de poder recorrer, sin ser reconocido, los doscientos cuarenta kilómetros que separan a Quito, la capital ecuatoriana, de Tulcán, plena frontera con Colombia.

La casa en la que está guarecido desde hace varios días, ubicada en los alrededores del parque La Carolina, le empieza a incomodar. De vez en cuando y con cautela mira por la ventana para encontrar en la calle los rostros de los jóvenes del colegio Benalcázar que caminan despreocupados sin reparar en la ola de muerte y desapariciones forzadas que el socialcristianismo instaurara en el país desde el 10 de agosto de 1984. Siente que el cerco policial se empieza a cerrar. Es urgente tomar distancia, traer refuerzos, no estar solo en esa batalla que se propuso. Antes de emprender el viaje, recibe algunas visitas,

imparte las últimas órdenes, quiere cerciorarse, por ejemplo, de que Leonardo Vera Viteri pueda salir del país para ser operado, porque su cuello aún conserva fresca la herida de bala ocasionada por la Policía el pasado diciembre, cuando intentó retener al banquero Eduardo Granda Garcés.

El viernes 19, después de un viaje de cinco horas en las que no perdió la parsimonia pese a los tres controles militares que hallara en el camino, Milton Cervantes llega a Tulcán, donde pernocta hasta el lunes 22, cuando arriba al control aduanero de Rumichaca. Antes de entrar, saca de su bolsillo la cajetilla de cigarrillos Lark, que tanto disfruta fumar. De pie en la frontera, cambia unos sures a pesos colombianos. Guarda el dinero en el bolsillo de su chaqueta y deja la mano dentro. El frío del ambiente confunde el vapor que sale de su cuerpo con el humo del tabaco que expulsa con placer. Saca la mano prisionera del bolsillo y la frota con la otra. Mientras camina hacia el puente, presiona con los dedos las coyunturas de sus muñecas, el dolor del reumatismo lo aqueja con más insistencia en los últimos días y no se ha detenido a buscar ajo para combatirlo. Arroja la colilla al río Carchi, que separa a Ecuador de Colombia, mira el antiguo puente de piedra y las casas de la Aduana. El ruido del agua que inunda el profundo cañón lo embriaga de calma. Enciende otro cigarro, lo fuma con parsimonia, y, antes de entrar a la oficina militar, lo apaga con el pie derecho.

En ese lugar, un militar vestido con traje azul eléctrico, le increpa sobre el motivo del viaje, revisa al detalle el pasaporte, mira su rostro, lo compara con el de la foto, tal como haría él mismo unos días antes, y como él, queda satisfecho con lo que ve. Le desea buen viaje y hace un gesto con la mano indicando la puerta. Al salir lleva una mueca, un gesto de alivio, alegría y complicidad. Cruza la frontera caminando. Encuentra más militares que no saben que quien

pasa a su lado es el hombre más buscado de su país. Llega a Ipiales donde el procedimiento de sellado del pasaporte se repite sin tantas precauciones. Entra a Colombia. Es hora de buscar un hotel donde esperará a cuatro compañeros con los que continuará el periplo, pero por ahora necesita descansar. El dolor en los huesos se acentúa con el frío, necesita abrigo, quiere cerrar los ojos y olvidarlo todo, todo menos la última promesa que le haría a su amigo Marco Troya, caído en prisión hace poco: voy a sacarte.

Al cabo de cinco días llegan hasta Ipiales Fabián Moreno, Luis Román Chávez, Alberto Torres y Leonardo Vera, montados en una camioneta Datsun, color azul, de placas IBG-769. Al anochecer, alguno de ellos se encuentra con Milton. Alquilan una habitación del hotel Angasmayo, ubicado en la mitad de la calle 16, en pleno centro de Ipiales. Es una noche larga, en la que organizan los pormenores del viaje que debían emprender. Se acostó tarde, casi cuando clarea el domingo 28 de septiembre. A las pocas horas de sueño, se levanta, prende un Piel Roja, lentamente y en silencio baja a desayunar. Terminada la comida, y luego de otro cigarrillo, se ponen en marcha. Fabián Moreno dice haber olvidado sellar su pasaporte y regresa a la frontera acompañado por Luis Román. Milton Cervantes deja la habitación de su hotel y va a tomar un helado a pocas cuadras del lugar. Allí se encuentra con un contacto, miembro del M-19. El plan sigue su ruta.

Cuando Moreno llega a la oficina migratoria, lleva en su mano la llave del hotel y la coloca sobre el mostrador el tiempo suficiente para que los militares vean el nombre y, en pocos minutos, miembros del Grupo Cabal del Ejército Colombiano y otro del Ejército ecuatoriano, lleguen a las puertas del hotel Angasmayo, silencien al administrador y suban las escaleras. En una de las habitaciones encuentran a Alberto Torres y Leonardo Vera. Preguntan por el que falta, hurgan bajo las

camas, en los armarios, registran todas las habitaciones, el techo. Cervantes regresa caminando sin saber lo que sucede. Antes de girar la esquina del hotel, lo detiene su contacto del M-19, y le dice que dé media vuelta. El operativo se distribuye por varias manzanas, los militares pasan corriendo por la heladería desde la cual Cervantes sospecha de una posible delación. Los planes deben cambiar: ya no debe ir a Panamá, su nombre ya no puede ser Milton Cervantes Suárez, su rostro ya no debe llevar bigote.

Los días pasan y aunque sabe que ya no debe parecerse a aquel que salió de Quito, se ve obligado a conservar su apariencia. El M-19 mueve sus estructuras para poder darle una nueva identidad pero el tiempo se acorta y el cerco se cierra, otra vez. El destino siguiente es Panamá, donde la Organización colombiana cuenta con libertad de movimientos y el auspicio velado del presidente Antonio Noriega, pero ir por aire implica riesgos. El viaje debe hacerse por mar y tierra. El Departamento de Migración de Panamá firmó el permiso de entrada al país de Milton Cervantes Suárez, el 7 de octubre de 1986.

Una vez allí, se encuentra con otros líderes revolucionarios de Colombia: Antonio Navarro Wolf y Carlos Pizarro, ambos asilados en la misma casa ubicada en el centro de la ciudad de Panamá. Los tres solicitan la visa para ir a Cuba. Desde la isla podría partir con relativa facilidad hasta la entonces Yugoslavia y luego ir a Libia, en el norte de África, para poder rearmarse, coordinar el retorno y cumplir su promesa. Sin embargo, Cuba le niega la visa. Navarro Wolf y Pizarro se van. Cervantes se quedará solo en Panamá.

La noche del 22 de octubre, se entera de la captura de su compañera sentimental Lidia Caicedo y llama por teléfono a Nicaragua, donde está Rosa Mireya Cárdenas, a quien pone al tanto

de los acontecimientos. La mirada de Cervantes está fija en un punto mientras sostiene el auricular. Le cuenta con mucha tristeza lo que él sabe, mientras en su mente imagina lo que hará la Policía con Lidia, él mismo ya lo sintió en su cuerpo. Lo embarga la tristeza, la angustia y la impotencia. Debe volver, no hay otra salida. Antes de colgar, imparte las últimas orientaciones, coordina a su vuelta una escala en Nicaragua antes de llegar a Ecuador. Deja un abrazo y se despide. Es la última vez que Rosa Mireya Cárdenas escuchará esa voz.

Las calles de Panamá son enormes, como los edificios, como la distancia que lo separa de su país y de los suyos. Debe volver, esa es su única consigna. Pese a la persecución de la que es objeto, en Panamá camina con soltura, respira el aire denso de la ciudad, se mueve con agilidad, olvida por completo el dolor en los huesos. Tres noches, solo tres noches más deberá estar en esa ciudad en la que hace pocos meses se celebrara el concurso Miss Universo, ciudad en la que la televisión anunciaba insistentemente los cigarrillos Viceroy, una de cuyas cajetillas tenía en el bolsillo, en la que las filmadoras Video 8 de Sony causaban furor y los Mazda 323 inundaban las calles. Tres noches más.

El calor de la mañana del 24 de octubre de 1986 en Ciudad de Panamá es aplastante. Los voceadores anuncian más la rifa millonaria del Club de Leones que las noticias de primera plana. El día pasa lento, la tarde deja sus últimos rayos y da paso a una brisa ligera. Milton Cervantes Suárez tiene una cita a la que decide acudir solo, sin el resguardo que para él tenía reservado el M-19. Antes de salir, decide dejar en su mochila los pasajes de *KLM* con destino a Belgrado, para el sábado 25 de octubre. Menos de veinticuatro horas lo separan de otro destino. Llega a Intel, el único locutorio desde el que se puede hacer llamadas internacionales y marca a Nicaragua y Ecuador. Cervantes sale del locutorio, enciende un Viceroy, camina unos metros y escucha

lo inesperado: alguien lo llama por su nombre y le da la orden de alto. Sin apresurarse, recordando la exactitud y parsimonia de movimientos que en largas horas de entrenamiento exigía su camarada y amigo Hamet Vásconez, absorbe una bocanada más de cigarrillo, arroja la colilla al piso, expulsa con deleite el humo de sus pulmones, acaso tiene la certeza de que será la última vez que tendrá esa sensación, gira la cabeza, saluda al oficial panameño Pablo Quintero Reyes y empieza a caminar junto a él.

Esposado, sube a un vehículo que lo lleva al cuartel militar de inteligencia G2, lugar en el que la Central de Inteligencia Americana (CIA) entrenó en técnicas de tortura a miles de hombres para detener la rebelión en el continente. Durante todo el trayecto guarda silencio, se mira las manos atadas, la presión de las esposas le recuerda el dolor de huesos. Solo en un momento decide hablar y pide que lo lleven ante el presidente Manuel Antonio Noriega, afirmando que él lo conoce y sabe quién es. “Si me entregas a la Policía, me matarán” dice, pero no consigue respuesta alguna. Otra vez, el silencio será su arma en esas circunstancias. Son las 21:00 del 24 de octubre de 1986.

Al llegar, el cuartel ya está vacío. Reina el silencio. Cerca de la media noche, a pocas horas de que parta el avión hacia Belgrado, tras la Cortina de Hierro, aparece el coronel Becerra, de las Fuerzas Armadas de Panamá. Cervantes permanece silente y esposado a un poste de metal. No se mueve, analiza los movimientos de Becerra y escucha que éste realiza una llamada directa al Palacio de Las Garzas, sede del Ejecutivo. El interlocutor es el general Manuel Antonio Noriega. Los ojos de sorpresa de Becerra delataron la orden dada por el auricular: entréguelo al gobierno del Ecuador. A las 2:00 de la mañana del 25 de octubre llegaron tres uniformados de las fuerzas de seguridad del Ecuador: uno joven, calvo, blanco; el otro de mayor edad con el pelo

canoso y crespo, y el otro, alguien que se identifica como el ex agregado militar de Ecuador en Panamá, Fausto Rubén Páez Franco, hombre gordo y medio calvo. Dos horas más tarde, a la misma hora en que Milton Cervantes debía estar en el Aeropuerto de Tocumen, recibe violentamente un pinchazo en el glúteo.

Antes de que el detenido cierre los ojos, antes incluso de que su cuerpo, sostenido por las manos al poste, caiga hacia adelante, el militar lo analiza de pies a cabeza, lo mira a los ojos. Ha visto tantas veces su imagen en los periódicos ecuatorianos, que esa mirada penetrante y tierna, el ojo izquierdo un poco caído respecto al derecho, las pupilas profundas, la frente amplia, la serenidad de su talante, no dejan dudas: el hombre que tiene al frente no es Milton Cervantes Suárez, se trata de Ricardo Arturo Jarrín Jarrín, comandante Uno de Alfaró Vive Carajo (AVC).

Capítulo I

El rastro de los Jarrín en Ecuador

Pero sucede que nada más nada no da nada sino que a veces da un poquito de algo, lo que se dice una nada que como todos saben ya no quiere decir una pura nada sino un cachito de cualquier cosa.

JULIO CORTÁZAR, *El libro de Manuel*

Cuando Don Domingo Jarrín de Montesdeoca llegó a Quito proveniente de España a finales del año 1700, la ciudad no era más que la suma de unas cuantas casas de adobe y teja alrededor de lo que hoy es la Plaza Grande. El tradicional barrio de La Loma empezó a albergar entre sus casas a decenas de inmigrantes provenientes de Asturias, Extremadura, Andalucía y Nueva Granada, el criollismo ganaba terreno.

Al contrario del 70% de la población española que llegaba a Ecuador¹ por esos días, Domingo Jarrín era alfabeto. La élite de la Real Audiencia de Quito vivía una prosperidad económica, derivada del auge de la industria textil vinculada a la producción de plata en el Cerro de Potosí, en el Alto Perú, que permitió el apareamiento de nuevos sectores vinculados al comercio. Con sus capitales traídos desde España, aquel hombre barbado no tardó en apaciguar su espíritu aventurero al amparo de las montañas que rodeaban la ciudad, y menos tardó en prendarse de una mujer que lo enamoró.

El Archivo Nacional de Historia del Ecuador guarda entre sus empolvados registros la primera dote que existe con el apellido Jarrín. Se trata de la suma de 1.300 pesos con la que Don José Guillén y Ramírez de Arellano y su esposa Doña Inés de Alarcón Palacios e Hinostrosa entregaban a su hija Margarita en brazos de Domingo, quien en el documento público afirma ser comerciante y que usará esa dote para finiquitar algunos negocios pendientes que tiene en la Tenencia de Alausí, en la actual provincia de Chimborazo.

El matrimonio Jarrín Arellano vivió en Quito varios años y se conocen a tres descendientes cuyos bautizos se realizaron en la Iglesia El Sagrario, entre 1704 y 1706: Faustino, María y José. Uno de ellos, Faustino, optó por el sacerdocio y, sin embargo, existen registros de un Faustino Jarrín que por esa época habría bautizado a sus hijos en la ciudad. De María, pocos rastros han quedado.

El tercero de los Jarrín Arellano, José, de espíritu emprendedor y aventurero como su padre, empezó a buscar en otros senderos el camino de su porvenir. Muy pocos kilómetros hacia el norte, en Tabacundo, encontraría un ancla que lo sujetó definitivamente a la calma y una noción de futuro que hasta 1730 le parecía turbulenta. Ya contaba con 26 años cuando contrajo matrimonio con Doña Rosa de Hermosa y Carrión, hija de Simón de Hermosa y Juana Carrión. Tuvo ocho hijos, la mayor parte de ellos fue bautizada en esa población, ubicada a unos 60 kilómetros al noreste de la capital.

A mediados del siglo XVIII, los pobladores de Cayambe, que albergaba en sus linderos a Tabacundo, producían, aunque incipientemente, leche y flores. El suelo volcánico, rico en nutrientes, permitía también la producción de maíz, papas, quinua, trigo, cebada, frijoles y otros cereales. Los pastores de la localidad ascendían hasta los 3.500 metros sobre el nivel del mar para criar ovejas y cerdos, y para conseguir leña para sus fogones. Era una zona habitada mayoritariamente por indígenas. Hacia 1779, un censo incluía a ocho

trabajadores religiosos, 695 blancos, 6.848 indígenas y 1.882 individuos libres, para un total de 9.435 personas. Ese es el escenario que recibe a Justo Jarrín Hermosa, séptimo hijo del matrimonio entre José y Rosa: unos pocos españoles que mandaban sobre miles de indígenas.²

La fertilidad del suelo cayambeño embriaga a Justo (1751) quien contrae matrimonio dos veces: la primera, con Rosalía Cuebas y, la segunda, con Rosa Loza. Con ambas mujeres alcanza a procrear doce hijos. Ellos serían testigos de uno de los levantamientos más amplios e importantes que tuvo lugar en 1777 en la zona, después de que la iglesia católica había ordenado un censo en la Audiencia de Quito. Como en ocasiones anteriores el censo era el prelude para el aumento de tributos, la rebelión fue la respuesta de los indígenas. La mecha del descontento se encendió en Cotacachi el 9 de noviembre y llegó a Otavalo, San Pablo de Laguna y Atuntaquí en los días siguientes, y al sur del valle de Cayambe el 14 y 15 de noviembre.

La rebelión fue conjurada y los castigos incluyeron la muerte de los cabecillas y sentencias como cortes de pelo, cien latigazos con una vara y trabajo forzado en los obrajes³. La bravura de los indígenas Kayambis fue marcando la vida cotidiana de los lugareños: las fiestas religiosas no fueron aceptadas con rigor y dieron paso a un mestizaje en el que ritos y símbolos propios de la cosmovisión indígena se mezclaban con los íconos de la religión católica. Un mundo delineado por el mestizaje simbólico, cultural y social es el que recibe a Misael Jarrín Espinosa, nacido alrededor de 1863, ya en pleno periodo republicano. Él se casa con Adela Espín. De ellos nacen Samuel –escribano y profesor de la escuela de Tabacundo-, María Abigail –también maestra-, María Carmelina, Plutarco Misael, Blanca América y Alberto Jarrín Espín, que contrae nupcias con Elvira Eloísa Sánchez Monje.

El matrimonio de Alberto y Eloísa pasa por momentos difíciles cuando este, que a la sazón ostentaba el oficio de maestro de escuela, fue enviado a Guaranda para cumplir con alguna misión incidental. De

su relación, y superada la distancia obligada en la que las circunstancias pusieron a Enrique, Ligia Marina, Beatriz, Jorge, Gloria, Julio, Genoveva y Lupe.

Alta, esbelta, de piel clara e incisivos ojos verdes, charladora y de una frontalidad que más de una vez dejó estupefactos a sus interlocutores, maestra de profesión, Beatriz encontraría el amor en un hombre diez centímetros más bajito que ella, inteligente de ojos profundos, comerciante dicharachero, bailador alegre y juguetón: José Miguel Jarrín Meza. Él hizo uso de todos los recursos que estaban a su mano, pero la música se convirtió en su aliada. Para conquistar a Bachita, el enamorado repetía incansable al oído de su amada: “Yo tuve siempre junto a mi lado muchos amores lo sé, para qué lo voy a desmentir. Pero yo quiero que tú comprendas Beatriz, que solamente te quiero a ti”. La chispa de este muchacho pudo derribar la fortaleza espiritual, los diez centímetros de diferencia y el continuo rechazo de Beatriz. Al final la convenció.

Dueño de una fortaleza y alegría a prueba de todo, Miguel se quedó para siempre en el corazón de la orgullosa Beatriz y, al cabo de pocos años, la pareja tenía a sus dos primeros hijos. En aquel 1957, Quito registraba una de las temperaturas más bajas de su historia y mientras la radio informaba que ese 10 de enero volvía a la capital desde Japón el presidente Camilo Ponce Enríquez, que en Nueva York había muerto la poetisa chilena Gabriela Mistral, que en España los falangistas pedían que Franco sea su dictador vitalicio, y que en Argelia la población se desangraba en busca de su liberación, Beatriz empezó a sentir las primeras contracciones. El recuerdo del parto de sus tres hijos anteriores estaba aún latente. Bajo el signo de un gobierno socialcristiano, venía en camino el cuarto miembro de la familia Jarrín, Arturo: un niño trigüeño como el padre, que llegaba a este mundo con un peso de nueve libras y cincuenta centímetros de estatura.

Capítulo II

La semilla encuentra tierra fértil

El pensamiento en rebeldía no puede, pues, prescindir de la memoria: es una tensión perpetua. Siguiéndola en sus obras y en sus actores tendremos que decir, cada vez, si permanece fiel a su nobleza primera o si, por lasitud o locura, la olvida por el contrario en una embriaguez de tiranía y de servidumbre.

ALBERT CAMUS, *El hombre rebelde*

La capital ecuatoriana de mediados del siglo XX albergaba a 224.344 personas⁴ que empezaban ya a desperdigarse de modo longitudinal, al pie del macizo volcánico del Pichincha que cobija con su verde el ala occidental de la ciudad. Las grandes haciendas de la Colonia se fragmentaron en pequeños lotes que servían inicialmente para la agricultura de productos de consumo local. El paso del tiempo y la presión urbanística hicieron que ahí donde había papas o cebolla, se siembre el hierro que daría con nuevas edificaciones y estructuras que subsisten aún en la actualidad.

Alrededor de la ciudad de Quito existían, desde tiempos preincaicos, poblaciones como Cotocollao, El Inca y La Concepción, al norte, Chillogallo, Turubamba, y La Magdalena, al sur. La ciudad estaba rodeada de humedales que poco a poco desaparecieron. La más importante masa acuífera era la Laguna de Iñaquito que, a comienzos

del siglo XIX y por las obras de drenaje durante la Presidencia de Quito, empezaba a secarse irremediablemente, dejando pantanos en las zonas del actual parque La Carolina.

El desarrollo de la capital estuvo condicionado por estas dinámicas hasta la primera mitad del siglo XX: ganar terreno a los humedales y englobar las pequeñas poblaciones que rodeaban a la ciudad colonial. Esa dinámica se aceleró a partir de las décadas de 1930 y 1940 con la expansión urbanística ligada al proceso modernizador del Ecuador y el desplazamiento hacia zonas de cultivo y humedales por parte de una población urbana quiteña que ascendía vertiginosamente como objeto de la explosión demográfica, derivada de los descensos de las tasas de mortalidad y la migración de ingentes grupos indígenas y campesinos de urbes medianas y pequeñas a la ciudad de Quito.

La crisis por la caída de los precios del cacao de las primeras décadas del XX –merced a la crisis de la Primera Guerra Mundial, las plagas de La Monilla y la Escoba de Bruja que afectaron los cultivos, y el endeudamiento del Estado para acabar con los últimos focos guerrilleros de la montonera alfarista– menguaba. Llegaba el momento del auge de la construcción en Quito.

El ferrocarril de Eloy Alfaro facilitaba la llegada de materiales. Las pequeñas casas de adobe y tejas levantadas al norte de la ciudad eran demolidas para dar paso a construcciones más amplias, de mayor altura, dotadas con todos los servicios básicos, como agua potable de mejor calidad. En 1945, la Alcaldía de Quito aprueba una segmentación de la ciudad en la que destina al sector de la Plaza de la Independencia para las funciones del gobierno de la ciudad y del país. La zona comercial y de vivienda media se extiende hasta la zona sur del Panecillo, en donde están los barrios obreros, y hacia el norte la zona

residencial se convierte en el asentamiento de las familias pudientes. En ese sector, en aquel tiempo aún deshabitado, se inauguró en 1951, el Estadio Municipal de Quito, hoy Estadio Olímpico Atahualpa. Hacia 1957, año en que vería la luz Ricardo Arturo Jarrín, Cotocollao recibía la categoría de parroquia urbana.

Lo cierto es que el sol veranero da a Quito otra cara, Quito es como un chorizo largo, muy largo. No es ancho. A un lado, el Pichincha y sus faldas; al Oriente el Itchimbía y más cerros. En medio de esos montes y cerros se levanta Quito: largo, suspendido por el Panecillo que no impide que se alargue la ciudad. En el sur, entre los cerros y escondidos en las lomas del norte, están los barrios clandestinos. Ahí vive la gente que no tiene planes para el verano. El centro, una joya colonial que quiere ser comercializada. El norte es el nuevo centro comercial en donde están las residencias de los que tienen grandes planes para el verano; y claro, por eso del status, también de quienes, aunque sean chiquitos, tienen planes para el verano.⁵

Por esos años, la ciudad conservaba su aire afable y sosegado, las calles de piedra del Centro Histórico marcaban el lento ritmo de una urbe que se debatía entre el desarrollo moderno y el peso de la tradición colonial. En una de esas calles, aquella que nace en la antigua quebrada Jerusalén, hoy avenida 24 de mayo, hacia el sur, que conserva en su recorrido a tres templos—Santa Clara, San Francisco y la Merced— y que termina en una cuesta empinada por la que los autos patinan cuando llueve, juega el pequeño Arturo. La calle Cuenca, antes conocida como la Calle de la Corte, es el primer territorio en el que sus traviesos pasos ya denuncian al astuto hombre en el que se convertiría.

Antes de Arturo, Beatriz tuvo tres hijos: Ernesto Albán Jarrín—fruto de una primera relación—, Sonia Margoth (1953) y Miguel Ángel (1955), luego vendrían Ricardo Arturo (1957), Lilian Beatriz (1958),

Edgar Rodrigo (1960), Mónica de los Ángeles (1962), Piedad Alexandra (1964) y Edwin Leonardo (1968). Nueve hijos muy cercanos en edad que en aquellos años veían de cerca las dificultades económicas clásicas de un hogar de clase media.

Recuerdo a mi madre: ella era profesora de escuela, ya se jubiló. Es alta, blanca, hermosa, con la cara arrugada ya, pero más linda que antes. La veo levantándose a las 6 de la mañana para prepararnos el desayuno y hacernos levantar para ir a la escuela o al Colegio. La veo lavando nuestra ropa y cocinando; la veo ir a la escuela a trabajar y luego a seguir en actividades. Mi mamá es incansable. Recuerdo sus consejos: “tienen que ser responsables, tienen que ser serios, buenos entre los buenos, rabiosos entre los malos; tienen que respetar al Ecuador; sean caritativos”. Y esos valores se quedaron grabados para siempre en mí, quizá más desarrollados. Veo a mi padre, pequeño. Sé que le gusta chupar y ranclarse, salir a sus viajes largos, lleno de cartones grandotes. Él mismo los cargaba. Al despedirse no sabíamos si regresaría o si un fatal accidente nos dejaría sin papá. Al irse siempre nos decía “¡pórtense bien, cuiden a la mamá, sean obedientes, hasta la vuelta!” y nosotros: “¡qué le vaya bien!”.⁶

En la casa de los Jarrín el aprendizaje sobre la realidad ecuatoriana empezó con los regalos del padre comerciante. Su trabajo consistía en comprar tejidos, especialmente de lana, y venderlos en todo el país. Cada viaje implicaba permanecer una o dos semanas fuera de casa, situación que dejaba a los pequeños bajo el brazo firme de la madre. Al regresar, el padre volvía con sus bromas, su espíritu burlón y sus manos llenas de regalos: Frunas desde Ipiales, bizcochuelos de Loja, alfeñiques de Ambato, o juegos de té de tagua elaborados por artesanos de Chimborazo. Cuando los niños no estaban en clases, en época de vacaciones, junto con los ponchos y sacos de lana, cargaba

a dos o tres de sus hijos, quienes felices emprendían la travesía por Riobamba, Cuenca o Ibarra.

(...) yo conocía todo el Ecuador desde muy pequeño. Mi padre (quien por tener que trabajar culminó a duras penas la escuela primaria), lo mismo que mi madre, nos exigía que estudiáramos mucho. Como él era comerciante –para darse status se llamaba “agente viajero”– en premio a nuestras calificaciones, en el verano nos llevaba a recorrer, acompañándolo, todo el país: del Carchi al Macará, y de Esmeraldas a Huaquillas. Lo único que conocí más tarde fue el Oriente (no asaltando bancos como dicen). En todas partes veía los mismos cuadros: pobres, miseria, hambre. Claro que allí no me preocupaba mucho. Pero luego comprendí las causas de una situación que había palpado desde niño.⁷

Si del padre heredó el buen ánimo, la ocurrencia y la astucia, de la madre sacó el temple, el coraje, el valor y la generosidad que demostraría aún en las circunstancias más adversas. Los años como maestra en la Escuela República de Panamá, Manuela Sáenz, Álvaro Pérez y Carlos Mantilla Jácome, le dieron a Beatriz la suficiente experiencia para educar a sus hijos hasta su ingreso a la educación primaria. El pequeño Arturo siempre fue cercano a ella. Desde muy niño conversaba y le hacía muchas más preguntas que sus hermanos. En estos primeros años, Arturo estableció una relación muy cercana con Beatriz, su hermana menor, a quien aventajaba por escasos 19 meses.

Con mamá era bastante cariñoso, muy expresivo. Ella tenía un carácter fuerte pero nunca vi que se enojaran entre ellos. Siempre fue muy preguntón. El legado que deja el Arturo es la coherencia: pensar, decir y actuar. Él sabía escuchar. Y eso lo aprendió de las charlas con mamá.⁸

En esos años de infancia, Arturo todavía no era consciente de que el país ya creaba las condiciones políticas y económicas que lo llevarían a una lucha de la que él mismo sería protagonista. Aunque su abuelo ya le daba algunas pistas que el pequeño no alcanzaba a descifrar.

Conversábamos poco, pero siempre que lo hacíamos él expresaba orgullo por ser alfarista, por ser un hombre que sirvió a la causa de Alfaro (...), y lamentaba que en estos días ya no hubiera alfaristas. Criticaba duro y fuerte al Partido Liberal y a sus dirigentes, pero nunca fue velasquista y menos conservador.⁹

El 2 de junio de 1959, los colegios de Guayaquil, haciéndose eco del descontento popular salieron a las calles para protestar en contra del gobierno del socialcristiano Camilo Ponce. Ellos controlaban casi toda la ciudad en tanto la caballería intentaba retomar el control. Los rebeldes, que ya habían protagonizado actos de violencia contra varias autoridades, recibieron una represión desmedida, tal como cuenta uno de los testigos presenciales del hecho:

Existía un cuartel de bomberos en la avenida Olmedo, la Luzarraga, y me presenté allí como voluntario para ayudar a los heridos. No puedo saber cuántos eran pero estaban por todas partes, en Pichincha, Malecón, Aguirre, Luque, sobre todo Villamil. Calculo que habrán muerto esa noche dos mil personas. Los almacenes de armas Zunino estuvieron a punto de ser saqueados y solo lo evitamos gritándoles a los manifestantes que llegaban los militares, y eso los hizo huir. Llevábamos a los heridos al hospital León Becerra y al Vernaza, pero después ya no había dónde ponerlos porque inundaban los pasillos. Viví entonces una de las experiencias más terribles de mi vida, cuando frente a El Sol vimos una señora entre los escombros, con un limón en la mano extendida. Cuando la quise levantar, era solo el torso; las balas de ametralladoras antiaéreas le habían partido el cuerpo por la mitad.¹⁰

Nuevamente, como el 15 de noviembre de 1922 –cuando cientos de obreros fueron asesinados después de una de las huelgas más fuertes del gremio–, las calles de Guayaquil se teñían de sangre y, otra vez, los gendarmes no sabían dónde poner tantos muertos. En su despacho en Quito, Ponce Enríquez veía cómo transcurrían los últimos meses de su mandato entre el descontento y el miedo popular.

Ecuador vivía entonces una época de serias dificultades en el orden político. Las profundas diferencias ideológicas que marcaron el triunfo de la Revolución Cubana (1959) agudizaron la hasta entonces encarnizada pugna entre conservadores y liberales, con un fuerte movimiento de las izquierdas, amparadas por los remozados cuadros de los partidos Socialista y Comunista. Además, un nuevo actor político emergía desde los suburbios guayaquileños: el Cefepismo nacionalista del ex comunista Carlos Guevara Moreno. Las organizaciones político militares en el país empezaban su trabajo. La Policía ecuatoriana define ese momento:

En 1960 surgió la Unión Revolucionaria de Juventudes Ecuatorianas “URJE”, cuya filosofía y principios proclamaban la reivindicación social y económica de los desposeídos. Sus actividades salieron a la luz el 2 de abril de 1962, cuando fue descubierto un campamento guerrillero en las orillas del río Toachi, cerca de la población de Santo Domingo de los Colorados [hoy, Santo Domingo de los Tsáchilas]. Este campamento era una base de entrenamiento político, militar y guerrillero y, de preparación física para sus elementos. Así fue el inicio de la subversión y de la guerrilla en el Ecuador.¹¹

Las elecciones de 1960 dieron a Velasco Ibarra una aplastante victoria con el 48,2% sobre Galo Plaza, el binomio Antonio Parra y Benjamín Carrión, y Gonzalo Cordero, quienes disputaron esa

contienda electoral. La habilidad del caudillo para acorralar a sus adversarios fue la clave de esta victoria: acusó a Plaza de ser marioneta de los Estados Unidos, a Gonzalo Cordero —el candidato gobiernista— le endilgó los desequilibrios económicos que vivía el país. “El profeta”, como conocían a Velasco Ibarra, sostuvo su discurso en la promesa de reformas sociales que incluían la reforma agraria y un mayor impulso a la industrialización¹².

Velasco Ibarra dirigió el país en medio de una recesión económica difícil de saldar con créditos internacionales dado lo fogoso de su discurso político. Bajo esas condiciones, perdió el control sobre el Congreso y nuevamente se iba quedando solo en el poder tras la desarticulación de la coalición velasquista. El descontento y la movilización social iban en franco crecimiento. 1962 fue el año clave para otra de sus caídas, aunque no sería la última. Los militares le retiraron su respaldo y fue depuesto del cargo que enseguida ocupó el vicepresidente Carlos Julio Arosemena Monroy. “El vicepresidente de la República es un conspirador a sueldo”, diría años más tarde El Profeta.

Arosemena adhirió desde el primer momento con la causa de la Revolución Cubana. Estados Unidos no vio con buenos ojos esta afrenta y creó condiciones de desestabilización en el Ecuador. La familia Jarrín veía que esta pugna afectaba su vida cotidiana: los sueldos no subían, las ventas se dificultaban y la delincuencia se incrementaba.

La mañana del 10 de julio de 1963, justo el día en que Mónica cumplía un año y en el que la Junta Militar daba los últimos toques al golpe de Estado del día siguiente, Arturo, Beatriz y la pequeña salieron a comprar pan. En el camino los intercepta un hombre que les pide ubicar la dirección de la Clínica Mosquera. Arturo, astuto

y desprendido, se ofrece a acompañar al hombre, pero este intentó quitarle los aretes a Beatriz. “Al final, le pegaron su hablada al Arturo. No pudo escapar de mamá que, cuando se enteró, armó el bochinche”, recordaría Beatriz entre risas, años más tarde.

Al año siguiente de este episodio, y cuando Quito ya había crecido longitudinalmente hasta Cotocollao, la familia Jarrín decide ir a vivir allá, uno de los sectores más alejados de la ciudad. La casa, rodeada de bosque les da el espacio suficiente para jugar a la rayuela, a “huevos de gato”, a “territorio”, a “los países” y otros pasatiempos infantiles. El implacable carácter para tomar decisiones ya iba cuajando desde entonces en Arturo, quien ponía reglas muy estrictas a la hora de divertirse con aquellos juegos.

Es por ese tiempo, cuando el segundo censo de la historia del país (1962) decía que la población ecuatoriana era de 4,5 millones de habitantes, que Arturo entró a la Escuela Alfonso del Hierro, cercana al barrio en el que habitaba. Al igual que sus otros hermanos, Arturo no fue al jardín de infantes. En los momentos de descanso, su madre Beatriz le impartía los conocimientos básicos para que llegara a la primaria sin mayores inconvenientes. Las coplas populares y las rondas eran las favoritas de Arturito –como le diría su madre hasta los últimos días—. Al ingresar por primera vez a la escuela, lo hizo con la misma soltura con la que entraba a su casa. Después de cruzar la puerta de hierro, lo sorprendió un entablado que rechinaba al paso recio de su madre pero que su liviano cuerpo no lograba inmutar. El olor a cera lo envolvió sin distraerlo de la consulta que le hacía uno de los sacerdotes de la institución:

-¿Sabes contar?- inquirió el prelado.

-Sí, ¿quiere que cuente de uno en uno, o de dos en dos, o de cinco en cinco?

-Muy bien estás, negrito- dijo el sacerdote, revolviendo sus negros cabellos y palmeándole la espalda.

De modo que Ricardo Arturo Jarrín ingresó a la primaria en septiembre de 1963, en la Escuela Alfonso del Hierro, regida por los Hermanos Cristianos de La Salle, que todavía está ubicada entre las calles Cuicocha y Alfareros. Entre las aulas y patios de esa institución, el niño empezó a destacar por su buen rendimiento como estudiante, su alegría, picardía y solidaridad. Vestido con su saco plomo, su pantalón azul marino y la camisa blanca del uniforme escolar, más de una vez llegó mucho más tarde a su casa porque ayudada con el dinero de su colación para que sus compañeros no pasaran angustias.

Mi madre contaba que una vez había regresado a pie desde la escuela a la casa. Ella nos daba unas monedas para los pasajes de bus y para la colación. Una tarde el Arturo no llegaba y no llegaba. Llovía y mamá estaba desesperada. Horas después llega a la casa estilando y antes de que ella pudiera reprenderlo, mi hermano cuenta que le dio el dinero de su pasaje a un amigo que lo había perdido y que vivía más lejos. Él, sin nada en los bolsillos, llegó caminando a casa.¹³

La inocencia de su ayuda desinteresada iba formando el carácter del hombre que sería años más tarde. En tanto los juegos y el estudio eran por entonces su única preocupación, su país ya abría la puerta a la Central de Inteligencia Americana (CIA), que empezó a tejer sus tentáculos en Ecuador desde 1960, cuando el agente norteamericano Philip Agee inició una lenta pero efectiva penetración en los partidos de izquierda, en varios órganos del Estado y en organizaciones de derecha, con dos objetivos claros: la ruptura de relaciones que Carlos

Julio Arosemena había establecido con Cuba y, por supuesto, su derrocamiento.

El objetivo se cumplió con creces y la CIA se afincó rápidamente en el país, tenía en su poder una “lista de control de subversivos” que inicialmente fue de cien o ciento cincuenta nombres pero que llegó a los cuatrocientos cuando, por fin, la Junta Militar derrocara a Carlos Julio Arosemena Monroy. A él le sucedieron el contralmirante Ramón Castro Jijón, el general Marcos Gándara Enríquez, el general Luis Cabrera Sevilla y el general Guillermo Freire Posso. La CIA manejaba los hilos antisubversivos desde el Ministerio de Defensa del Ecuador, gracias a la cercanía de los militares por sus entrenamientos en el Pentágono.¹⁴

La casa de los Jarrín todavía no sospechaba lo que para su futuro significaría aquello que se estaba sembrando en esos años. Veían a sus hijos crecer en medio de pocas comodidades pero con la suficiente inversión para los estudios. El padre complacía en todo lo que los niños necesitaran para su escuela y el pequeño Arturo sacaba provecho de esa generosidad. Un día pidió la caja de pinturas más grande, la de 48 colores, y nadie entendió aquello. Su madre, inquietada por la inusual petición fue a verificar el destino de esas pinturas. Cuando llegó a la escuelita, la caja de colores de Arturo estaba en medio del grado y todos los niños la ocupaban. Cuando Beatriz madre le reclamó, el infante respondió: “Es que, mamá, hay que ayudar a los amigos, ser solidario. Hay que ser buenito”.¹⁵

Mientras Arturo jugaba y repartía sus mínimas pertenencias, la reforma agraria impulsada por la Junta Militar contaba con el apoyo de los Estados Unidos a través de la Misión Andina, que en el campo de la Sierra construía principalmente infraestructura y capacitaba cuadros

de indígenas con el objetivo de formar adeptos al imperialismo norteamericano, pretendía quitarles un potencial apoyo a las guerrillas comunistas que, guiadas por la teoría del foquismo guevarista, prendían en todo el continente. El campo era un espacio de explotación a los peones que debían trabajar las grandes extensiones de sus patrones a cambio de pequeñas tierras marginales. Una de esas tierras marginales colindaba con la casa de la familia Jarrín, ubicada en la calle Ángel Ludeña, en el sector de la Quito Norte. En esas tierras trabajaba Don José, un adulto mayor afro ecuatoriano del que Arturo se hizo muy amigo. Con él jugaba bolas y conversaba mucho con él. “El Arturo era chiquito y era amigo íntimo de Don José, que ya era viejito. Se pasaban horas de horas jugando y conversando. Con él aprendió a hacer cometas y se iban a hacerlas volar en el Itchimbía. Eran buenos amigos, se buscaban en uno a otro”, recuerdan sus hermanas. Alguna vez, y casi sin que nadie lo sepa, fueron juntos al estadio a ver jugar a El Nacional.

Recuerdo que yo me crié en el norte, pero en el tiempo en que para llegar allá se necesitaba organizar un paseo. La urbanización entonces estaba en el campo; aunque realmente no era urbanización, porque, cosa normal en Quito, no teníamos luz ni agua. Frente a la casa, un sembrío de maíz y cebolla. Don José los cultivaba. Abajo del sembrío de cebollas estaba el hospital de LEA (Liga Ecuatoriana Anti-tuberculosa). Arriba del sembrío de maíz estaba el hospital viejo de LEA y el cementerio de los que morían con tuberculosis. Pasando los sembríos se llegaba al “sal si puedes”, bosque de eucaliptos, misterioso para nosotros pero -esto lo comprendí bastante después- muy dulce para los enamorados. La casa de mis padres, otorgada con todas las facilidades del mutualismo, estaba en medio de grandes potreros los que improvisábamos como canchas para nuestro juego favorito: el fútbol.

Arriba, lejos, los hornos para hacer ladrillos. Atrás de éstos; la hacienda donde comprábamos o pedíamos fiada la leche. Las tiendas estaban muy lejos, y nos daba ira cuando teníamos que ir a comprar, más cuando íbamos a fiar.¹⁶

Corría el año 1967 y por fin el campeonato ecuatoriano de fútbol tenía un carácter permanente y continuo. Con diez y ocho partidos jugados, doce ganados, dos perdidos y cuatro empatados, el Club Deportivo El Nacional se coronaba por primera vez campeón del fútbol ecuatoriano. A sus diez años, Arturo valoraba la autenticidad del equipo que, desde siempre, decidió que jugaría solo con elementos nacidos en el Ecuador. Las peleas por el fútbol en el núcleo familiar eran encarnizadas pues sus hermanos Rodrigo y Miguel eran hinchas del Deportivo Quito. En la escuela o en improvisadas canchas de polvo, el pequeño Arturo imitaba las gambetas y el potente cañón de la derecha de Tom Rodríguez, el arponero de los “Puros criollos”, que aquella temporada marcaría 16 tantos. Un profundo nacionalismo germinaba en el niño y una guerrilla germinaba en la patria.

Es sobre todo en el seno de la juventud que se proyecta un nuevo movimiento armado, desde 1967, que intenta apoyarse en regiones donde el campesino ha quedado en la peor situación de miseria y abandono (provincia de Esmeraldas). Así surge una alianza denominada Rumiñahui (el nombre del dirigente indígena que resistió la conquista española) por confluencia del Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, y Vencer o Morir, VM. Sin un proyecto sistemáticamente definido, más que el de levantar una guerrilla rural de liberación nacional, se desbanda al fracaso luego del asesinato del dirigente colombiano [Jaime Aníbal] Velásquez.¹⁷

La Junta Militar permitió el ingreso de empresas extranjeras como la Texaco Petroleum Company, aumentó los aranceles para proteger a la industria local, creó la Corporación Financiera Nacional, soportó la presión de los hacendados serranos e importadores de la costa que rechazaban sus reformas, contuvo a la izquierda que salió a las calles como medida de protesta ante el anti comunismo reinante, le dio paso a una Junta de Notables que puso como presidente interino a Clemente Yerovi, quien llamó a una Asamblea Constituyente, Velasco Ibarra volvía al Ecuador para conquistar su quinta presidencia y, antes de terminar la primaria, después de resultar abanderado del plantel, Ricardo Arturo Jarrín decidió que quería ser sacerdote con los Hermanos Cristianos.

Capítulo III

Arturo, el adolescente

*Uno y sus pies, lo primero que sale uno de la madre son los pies,
unos pies impertinentes, que no tenían
a qué venir, unos adelantados pies descubridores
como los viejos nautas que se atrevieron
con los piélagos y los páramos por no decir con todas las galaxias.
Uno y su nadie, su pavorosamente nadie.*

GONZALO ROJAS, *Qedeshím Quedeshóth*

La máquina gris, como ya se conocía en ese tiempo a El Nacional, era la sensación en las canchas. Hacia 1968, en la temporada siguiente a su primer campeonato y como preparación para disputar su primera Copa Libertadores de América, enfrentó al Újpest Budapest, los púrpuras de Hungría que entonces empezaban un lustro glorioso en su país. Los puros criollos se impusieron por 2-0 y con ello la idolatría por el equipo crecía en Ecuador.

El mundo mientras tanto empezaba a cambiar con vértigo. El ingente acceso a las universidades de América Latina y Europa creaba un nuevo ejército explosivo de jóvenes que por todas las latitudes expresaba su inconformidad a nivel político y social: 1968 descubrió la rebelión de estudiantes desde los Estados Unidos y México en Occidente hasta Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia, en el bloque socialista. El Mayo del 68 de París, sin ser realmente una revolución,

fue mucho más que espectaculares y sensibleros performances en contra de la guerra, el capitalismo y la opresión.

Al fin y al cabo 1968 marcó el fin de la época del general De Gaulle en Francia, de la época de los presidentes demócratas en Estados Unidos, de las esperanzas de los comunistas liberales en el comunismo centroeuropeo y (mediante los silenciosos efectos posteriores de la matanza estudiantil de Tlatelolco) el principio de una nueva época de la política mexicana.¹⁸

“Corre, camarada, el viejo mundo está detrás” fue una de las frases que más se extendió en estas manifestaciones y expresaba el espíritu del movimiento que había iniciado en marzo de ese año. La Sorbona fue el corazón de esta movilización que lo buscaba todo en medio de una sociedad polarizada entre maoístas y trotskistas. Los aires de anarquía —una posición no tan cómoda en medio del torrente político— nacieron en París pero se extendieron por otras capitales del mundo tan importantes como Londres, Praga, Roma, Berlín, México, Tokio y en ciudades como Alger, Dakar y Chicago. Su ejemplo contagió a millones: los atletas Tommie Smith y John Carlos sorprendieron a los espectadores cuando tras llegar al podio de los 200 metros planos en las Olimpiadas de México, hicieron el saludo del poder negro mientras sonaba el himno de los Estados Unidos. Ellos, los millones de hombres que soñaron encontrar arena de playa bajo los adoquines, perfilaron lo que sería el mundo desde ese momento en adelante.

Los ecos de la jornada parisina llegarían más tarde al Ecuador. Sin embargo, por esos años la universidad sentía el llamado de la historia que pedía un cambio. Aunque eran independientes de las protestas del Barrio Latino de París, las movilizaciones estudiantiles de ese año se inscribían en la lógica mundial de reivindicaciones.

En aquel 1968, y pocos días después de los sucesos de Mayo, la casa de los Jarrín recibía en el lecho al último de sus miembros: Edwin Leonardo, un niño vivaz que heredaría de Arturo su pasión por el fútbol, la que él mismo alimentó con el infaltable regalo de cada Navidad: un balón.

Recuerdo que todas las navidades, no sé cómo le hacía, pero todas las navidades me regalaba un balón de fútbol. A mí me fascinaba el fútbol, era futbolista. Jugaba todo el tiempo, era lo único que hacía. Hubo una época, tendría unos diez años, en que jugaba tanto al fútbol que mi mamá empezó a molestarse y no le gustaba porque estaba en tres o cuatro equipos. Cada vez me invitaban a que juegue en otro equipo. Mi mamá me decía “no, después te vas a hacer un futbolista bruto. Esos son unos vagos”. Entonces, ya no me daba permiso para ir a jugar porque además empecé a entrenar en la Liga, como vivíamos en la Magdalena tenía que irme a Pomasquí. Eso era todo un drama. No podía irme calladito porque no era en la esquina. El Arturo siempre defendió el tema de que me dejara hacer lo que yo quería y le decía a mamá: “Si le gusta jugar y es bueno, déjele ¿cuál es el problema de que se haga futbolista?”. Él siempre peleaba por el resto. Siempre fue muy fuerte en eso.¹⁹

El fútbol ocupaba el tiempo de aquel Arturo que entraba a la adolescencia con el ánimo burlón y dicharachero del padre pero también con la determinación y la disciplina de la madre. Con esa herencia, y una alta dosis de responsabilidad en su talante, el niño consiguió una beca para estudiar en el colegio La Salle. El Nacional era el tema de peleas y largas disputas con primos y compañeros de aula.

Después de su primer campeonato, el cuadro de los “Puros criollos” continuó siendo protagonista del torneo nacional, pero no

sería sino hasta 1973, cuando Arturo Jarrín bordeaba ya los 16 años, que conseguiría el segundo trofeo de campeón de los trece que hasta el momento guarda en sus vitrinas. Para entonces, y manteniendo su pasión por aquel equipo, el niño que quería ser sacerdote había descubierto nuevas formas de ayudar a sus iguales y las febriles horas de la adolescencia habían llegado con nuevas aventuras afectivas y emocionales.

En tanto Velasco Ibarra se declaraba dictador con el apoyo de las Fuerzas Armadas, Cotacollao y la ciudadela Quito Norte quedaban atrás para los Jarrín. La niñez desaparecía junto con los juegos en la pista del antiguo aeropuerto Mariscal Sucre. Un revés en la economía familiar los obligó a mudarse e ir a la casa del abuelo Alberto, ubicada en el Centro Histórico capitalino, en la calle García Moreno, entre Matovelle y Carchi, en la que vivirían un año. Los populares barrios de la ciudadela 5 de Junio y la calle Gatazo serían en adelante hogar de Arturo.

Los gestos del muchacho fueron cambiando y aunque mantenía la cercanía con todos sus hermanos, Bacha fue su cómplice cuando los coqueteos de la adolescencia urgían el alma y el cuerpo.

A veces, nos amanecíamos estudiando. Era súper estricto con eso pero también muy alegre. Tenía un pasito único. Me decía que lo siga y nunca pude hacerlo. Le gustaba bailar y teníamos un trato para armar la fiesta: yo ponía las amigas, el Arturo ponía los amigos y mi hermana Sonia ponía la comida y el licor. Casi siempre hacíamos las fiestas en la casa.²⁰

La afición por la música de América Latina afloró desde su más temprana juventud. La cumbia con su ardiente fusión de lo indígena con los ritmos afro, sus gaitas, maracas y tambores, teñían los pasos de Arturo Jarrín con una cadencia difícil de igualar, no tanto por su complejidad como por su naturaleza: con pausas, sacudones breves y piruetas. Al terminar la secundaria, junto a sus compañeros de aula viajó a la capital del departamento del Valle del Cauca, Cali. A su vuelta vino cargado de música colombiana que sonaba a todo volumen por la casa y también con regalos para las más pequeñas: Mónica y Alexandra. A Edwin también le dio un regalo valioso, una camiseta del Che Guevara, que sería el primer acercamiento del último de los hermanos Jarrín a la historia del guerrillero argentino.

A nosotras, a Mónica y a mí, nos trajo unas dedos de espuma plástica con los que nosotros jugábamos sin saber qué era y él supongo que tampoco. A los pocos días nos los quitó y nosotros llorábamos sin saber por qué nos quitaba el regalo. Claro, el dedo que mostraban esas manos gigantes era el dedo medio y seguro alguien le dijo lo que podía significar. Por esa razón nos los quitó.^{21vvv} Por esos años, en plena década del sesenta, Rodolfo Aicardi ya era un ícono de la música popular colombiana. Sus cumbias, merengues, puyas y guarachas, inundaban los radios de transistores de toda Colombia y más allá sus fronteras. Arturo disfrutaba particularmente de canciones como “Colegiala” y “Las caleñas son como las flores” y las bailaba con la misma pasión con la que, poco después, batía su cuerpo al son de “Malembe, malembe”, la canción que *Quilapayún* le cantaba “a esos cuatro generales que sembraron tanta muerte”.

El jolgorio, la fiesta y el baile, ocupaban buen tiempo de los años juveniles. Los amigos del Colegio La Salle ya no solo estaban

en las aulas sino que compartían los espacios vacíos que dejaban las responsabilidades escolares: el fútbol, los bailes y la joda esquinera. El grupo de amigos estaba compuesto entre otros por Mauricio Ramírez, Ernesto Guerra, Ramiro Jácome y Fernando Cano. Entre ellos, sobresalía un muchacho alto y corpulento, de mirada dura y gesto infantil, quien llegó a la vida de Arturo en los años felices de despreocupación y curiosidad, y estaría a su lado durante toda esa travesía que empezó con la responsabilidad como Tesorero en el Consejo Estudiantil dirigido por Arturo Jarrín. Con sus churos en la cabeza y un incipiente bigote que mal rasuraba con afeitadoras *Bic*, Hamet Vásconez fue el amigo que compartiría juegos, sueños, ideales y hasta la cárcel con el apasionado bailador.

El Hamet Vásconez era como hermano nuestro: ahí creció, estaba en los bailes, en las tomadas. Él era realmente nuestro hermano. Nos guardábamos un cariño y un respeto enorme. Como vivía cerca de la casa, llegaba a comer con nosotros, mi mamá le tenía su lugar en la mesa y el Arturo tenía un lugar en la mesa del Hamet.²²

Cuando cursaba el quinto curso, lo que actualmente sería el segundo de bachillerato, el cuarto de los Jarrín fue vicepresidente del Consejo Estudiantil y para sexto curso, Arturo ya era un líder que podía agrupar en torno de sí a compañeros y amigos, con todo tipo de inquietudes e ideales. Una de las gestiones que realizó fue que todos se uniformaran con un saco de lana para evitar discriminaciones por el tipo o calidad de las prendas de vestir. Sus reflexiones se afincaban en lo más primario de la bondad y la solidaridad humanas y estos principios eran suficientes para movilizar personas y recursos a la hora de enfrentar la hoja de ruta propuesta en su plan de gobierno, pero también las contingencias que se sucedían en la institución.

En el colegio hubo un gran escándalo por unos jóvenes que les habían encontrado fumando marihuana en el baño o tenían marihuana en su mochila. La solución que encontraron los Hermanos Cristianos fue expulsarlos. El Arturo, además de ser el presidente del Consejo Estudiantil, era abanderado y su imagen tenía fuerza. Él puso en un dilema súper fuerte a los Hermanos Cristianos porque les dijo –me acuerdo mucho la metáfora que usó-: “Ellos caminan por el filo del precipicio y ustedes, que dicen que son solidarios, que dicen que son hermanos cristianos, en vez de darles la mano para salvarlos de ese precipicio, se acercan y los empujan”. Él convenció a otros amigos y soltó esta propuesta: “Ok, si los expulsan a ellos, también nos expulsan a nosotros. Si se van ellos también nos vamos todo este grupo. Porque ustedes deberían apoyarlos para salir de la droga y no empujarlos al precipicio”. Finalmente, no los expulsaron porque el colegio se iba a quedar sin todo el sexto curso, pues el Arturo había convencido a un montón de sus compañeros.²³

Discriminado por mestizo en su país natal y migrante desconcertado en Estados Unidos, lugar de origen de su padre, Jinsop Ho Odirling llegó al Ecuador en 1974. Para entonces ni él ni su papá, el diplomático Fred Odirling, sospechaban que quedaría cautivado por esta tierra. A los 16 años, cuando sus padres regresaron a Estados Unidos, Jinsop empezó a estudiar en la Academia Cotopaxi y en el Colegio Anderson, donde conoció a la que más tarde sería su esposa, Silvia Jarrín, prima de Arturo.

Entre los años 1973 y 1978 Jinsop copaba el dial del ecuatoriano promedio. La dificultad para cantar en castellano fue, paradójicamente, una de las características que más atraían de su particular timbre. “El mar y el cielo me dicen que jamás he de encontrarte, que no has de regresar”, se escuchaba en cada zapatería, sastrería, cantina o esquina

de aquel Quito en el que habitaba Arturo. Siempre atento a sacar provecho de cuanto estaba a su mano, invitó al famoso Jinsop a la fogata de su colegio, evento que se convirtió en el suceso de la década para los lasallanos.

La amistad de esos años fraguaba también las primeras complicidades del amor. En una de aquellas fiestas interminables, con el acordeón de Lisandro Meza vibrando mientras cantaba “Me has olvidado, me has engañado”, la Coqui se dejó llevar a un rincón para, soportado el ligero peso de su cuerpo en el vano de la puerta, escuchar la temblorosa charla de Arturo que daba rodeos tratando de recordar algún verso aprendido en el colegio, que se tomaba las manos, las frotaba y las extendía hacia ella. Rendida ante la púber voz que aún buscaba su tono definitivo, cerró los ojos y por toda respuesta le entregó el más tierno de sus besos al adolescente que no cabía de la dicha. Risueña, menuda, de fino rostro y talante delicado, Clara Albán fue su primer amor. “Yo sentí, vi, que el Arturo estaba muy enamorado de ella. Fue su primera novia”, recordaría Bacha, años más tarde.

A la salida del colegio, la acera estaba inundada de vendedores que ofrecían broches, dibujos, limones con sal, anillos, manillas y cientos de chucherías que Arturo compraba a costa de sus colaciones para ponerlas en manos de la Coqui. En el tiempo que duró esa relación, Arturo compartió con ella las espumillas y ponches del Centro Histórico, las tardes de verano y cometas, las golosinas y mistelas de La Marín, el paseo por la Basílica, la complicidad de unos dedos enlazados, algún beso furtivo y los primeros destellos de la pasión. Como siempre, Arturo acompañaba de música sus emociones y por esos días, mientras caminaba por las calles de vuelta su casa tarareaba: “Los labios que no besan son pétalos muertos, son himnos sin notas, son astros sin luz. Los pechos que no aman son noches polares, sarcófagos tristes do alberga el dolor”.

Al cabo de un año y un poco más de relación con la Coqui, Arturo terminó por alejarse. Su espíritu coqueto, su actitud bromista, su talento para conquistar y seducir hizo que se ganara más de una regañada de sus hermanas y su madre. Las fiestas seguían y a él le gustaba bailar, bailar y gastar bromas gracias a su poder de convencimiento. Un día, casi al salir del colegio, no se sabe cómo, convenció a sus primos para que se coman hojas de achira. “Tendría en esa época unos 16 o 17 años y los otros también. Unos primos de su edad o mayores casi se mueren pero igual se comieron las hojas”, recuerdan sus hermanos.

Por aquella época, la imagen de su abuelo iba adquiriendo para él una fortaleza que solo años más tarde habría de cobrar sentido. Su madre estaba orgullosa de que su hijo haya sido el mejor estudiante de su promoción, y organizó una fiesta que resultó muy concurrida entre amigos y vecinos. Por esos días, su hermano Miguel se despedía para ir a estudiar Meteorología en Rusia. Terminaba la secundaria y, junto con su cuerpo, su espíritu empezó a cambiar: las lecturas lo mantenían mucho más tiempo en su habitación, el jolgorio de la fiesta iba menguando, el silencio se volvió su cómplice y las largas horas dedicadas al equipo de los “Puros Criollos” quedaban atrás, dando paso a intrincadas pugnas de ideas. Sin casi notarlo, el adolescente se convertía en hombre.

Capítulo IV

El llamado de la historia

Allí vivimos horas llenas de otro sentimiento, horas de una imperfección vacía y, por eso, tan perfectas, tan diagonales a la certeza rectangular de la vida... Horas imperiales depuestas, horas vestidas de púrpura gastada, horas caídas en ese mundo de otro mundo más lleno del orgullo de tener más angustias dismanteladas.

FERNANDO PESSOA, *El libro del desasosiego*

La literatura ecuatoriana creada por la Generación del Treinta es la más estudiada y difundida en los ámbitos educativos del país. Escuelas, colegios y hasta universidades se sirven de sus letras para dar cuenta de ese episodio de la historia del Ecuador en que los negros, montubios e indios fueron maltratados por los capataces opresores y las leyes desiguales. El peso de la Revolución rusa y las propuestas estéticas de sus propagandistas, el surgimiento de las vanguardias de la posguerra, el surrealismo en particular, y los descubrimientos de Freud sobre la naturaleza del inconsciente, hicieron de la literatura ecuatoriana un objeto distinto de aquel que hasta entonces había sido, mucho más vinculada al costumbrismo.²⁴

Alrededor de los años 30 del siglo XX, el Ecuador vivía uno de los momentos más importantes de sus letras: veía crecer un movimiento preocupado por plasmar en la literatura los problemas, necesidades y sufrimientos de su tiempo y su entorno. El realismo social se instaló en el país y alcanzaría su máxima expresión en los escritores

guayaquileños conocidos como Grupo de Guayaquil, entre quienes se cuentan Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Alfredo Pareja Diezcanseco, José de la Cuadra y Demetrio Aguilera Malta. Cinco como un puño.

El relato ecuatoriano se encaminó hacia el realismo atravesando una serie de etapas, que van desde el realismo costumbrista, pasando por algunos momentos naturalistas, ciertas gotas de modernismo y un indianismo romántico, hasta el realismo social, que encuentra su efigie principal en *Los que se van*, libro de veinticuatro cuentos escrito por tres jóvenes autores: Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. “Frente al lenguaje castizo de la literatura colonial y decimonónica, la Generación del Treinta propició la producción de un lenguaje nacional y popular a partir de la creación del habla del pueblo”.²⁵

Fue José de la Cuadra quien bautizó a la literatura de la Generación del Treinta como una literatura de denuncia y protesta, y la crítica internacional reconoce que “las transcripciones de su dialecto son las más atrevidas que existen en la literatura hispanoamericana”²⁶. Esas formas del dialecto puestas en papel, las tensiones sociales expresadas con ese lenguaje que Adoum calificaría de nuevo, descarado, insolente, incluso terrorista, contra la forma académica y el colonialismo lingüístico, perturbaron la conciencia de Arturo Jarrín, quien por entonces, apenas salido del colegio pasaba horas de horas charlando con su abuelo, a quien califica como “un alfarista verdadero”, imposibilitado para la lucha por el agobio de los años que traía a cuestas. De él aprendería que si quería conocer la realidad del país podía empezar por acercarse a su literatura, aprendió quiénes eran los liberales y, por primera vez, escucharía con curiosa pasión ese nombre que marcaría su existencia: Eloy Alfaro.

Recordé que me aconsejó leer la literatura ecuatoriana y casi a la carrera empecé: A la Costa, Nuestro pan, Los animales puros, Huasipungo, El cojo Navarrete, El último río, Cuando los guayacanes florecían, Polvo y ceniza, otra vez Montalvo, otra vez Espejo, otra vez Mejía Lequerica, Los Sangurimas, El chulla Romero y Flores, El pueblo soy yo, otra vez Pareja Diezcanseco, Juyungo, Las cruces sobre el agua, Demetrio Aguilera y que gran encuentro, Pablo Palacio. El panorama se aclaraba cada vez más, las raíces de las que surgimos las sentía cada vez más profundas.²⁷

Arturo pasaba largas horas encerrado en su habitación leyendo y conversando con su madre y su abuelo. Ninguno de sus familiares recuerda de qué versaban esas charlas, pero en la retina de todos quedó la imagen del mozuelo, que de repente tenía el verbo claro, la palabra ajustada a la realidad y los argumentos con los cuales defender sus posturas. Del niño bromista, querendón y enamorado quedaban algunos rastros en su mirada, pero la barba, que ya se anunciaba, le daba un aire de adulto que Arturo se empeñó en respaldar con lucidez argumental. Alexandra, su hermana menor, conserva aún en el hogar la fotografía en la que, con una copa de champagne y un cigarrillo casi consumido en la mano derecha, vestido con un saco de lana a cuadros y su lacio cabello surcándole un ojo, Arturo improvisaba un emotivo discurso para sus padres, que cumplían 25 años de matrimonio.

El bicho de la política y las ciencias sociales había tocado su corazón. Pese a haberse graduado en la especialidad Físico-matemático/Químico-biólogo en el colegio, Arturo quería estudiar Sociología. De modo que, debió rendir nuevos exámenes de grado y preparar una nueva tesina para obtener el título de Bachiller en Ciencias Sociales y así poder entrar a estudiar la carrera que deseaba. En esos meses, hasta conseguir el nuevo título, ocupaba casi todos sus días en leer y estudiar

pero también encontraba tiempo para ayudar en las tareas de la casa: colaborar en la cocina, rasquetear el piso, encerarlo o sacar los muebles al patio.

Con la misma pasión con la que meses antes se había dedicado a la fiesta y al baile, un buen día decidió que aquello no daba para más. Lejos ya de los acordeones de la cumbia colombiana, fuera de casa empezó a frecuentar grupos de estudio con Fausto Molina –profesor de Arturo en el colegio–, en tanto que dentro de su habitación sufrió una verdadera metamorfosis después de incalculables horas de lecturas sistemáticas.

Tuvo una etapa de solo estudiar y estudiar, estudiar, estudiar, estudiar. No paraba de estudiar. Tenía una biblioteca bastante grande en su cuarto. Todo su cuarto era una biblioteca y cada uno de los libros los tenía, primero, súper ordenados y organizados, todos muy bien forrados del mismo color, todos tenían una ficha bibliográfica, todos tenían una ficha nemotécnica y todos estaban subrayados... Bien ñoño era. Creo que eso sería por lo menos unos tres años que solo leía y estudiaba.²⁸

Corría el año 1975 y para Arturo Jarrín se acabó el tiempo de la jarana. Tres años antes, sin que se disparara una sola bala, Velasco Ibarra fue derrocado y su lugar lo ocupó el General Guillermo Rodríguez Lara, a quien, dada la disposición de sus carnes, el pueblo bautizó con el mote de “Bombita”. Él gobernaría, con no pocas dificultades y un intento de golpe de Estado de por medio, hasta 1976, cuando la presión de sus compañeros de armas lo obligaron a renunciar.

Para entonces, Arturo hacía ya sus primeras pintas en las paredes de Quito. Armado de un espray, caminaba por las calles en medio de la noche para pintar las consignas de la primera organización

política en la que participaría desde octubre de 1975, la Democracia Cristiana, donde conoció a personajes como Oswaldo Hurtado –años después, presidente de la República- y a Ramiro Rivera, con quien también hacía trabajo político militante.

‘Papá Alberto’, como conocían al abuelo, murió el 4 de junio de 1979. Sin embargo, el eco de su voz seguiría resonando en Arturo que, casi como una oración, repetía fragmentos de *Baldomera*, la novela de la recia mujer enamorada del cuatrero ‘Lamparita’, que denunciaba el sufrimiento y el dolor de los más desposeídos de Guayaquil. Su abuelo le habló de los rebeldes alfaristas y quería ser como ellos, como Pedro Montero, como Ulpiano Páez, como Luciano Coral, como Flavio Alfaro o Medardo Alfaro.

Las inquietudes y preocupaciones de mi abuelo las hice mías. Y yo tenía una ventaja: era (soy) joven y sano. Nada me impedía luchar. Había entendido a Alfaro y al alfarismo; sentía las raíces de las que surgimos; tuve el privilegio de estudiar en la universidad; no era momento de palabras. La angustia de mi pueblo y el dolor de mi patria demandaban y demandan acción. Había que dar el paso. Creo haberlo dado.²⁹

El primer paso que da Arturo en ese camino es desafiliarse de la Democracia Cristiana. Lo hizo a través de una carta dirigida al entonces presidente del partido, Oswaldo Hurtado Larrea. Él respondió a la misiva con algunas frases que han quedado en la memoria de la familia:

El lenguaje radical de la Democracia Cristiana, no correspondía con las cosas que hacía. La Juventud Demócrata Cristiana publicó un periódico (...) en el que se hablaba sobre todo de seguir el ejemplo de Camilo Torres. Pero el lenguaje tan radical no tenía nada de concordancia con los hechos: conversaciones reservadas con el

“conservadurismo progresista”, de manera especial con Julio César Trujillo, para fraguar la unión; planes para conservar el control sobre la CEDOC a como dé lugar, incluso dividiéndola si era el caso; arreglos y arreglos que distaban mucho de las palabras. Yo empecé a lamentarme de la equivocación [de pertenecer a la democracia Cristiana]. (...) Para junio o julio escribí una carta a Osvaldo Hurtado, Presidente del Partido, manifestándole mi decisión de desvincularme, señalándole las inconsecuencias y la no viabilidad de las veleidades de la Democracia Cristiana en el Ecuador. Que no hay terceras posiciones: o que se está con el pueblo o se está con la oligarquía, y que yo consideraba que para la liberación de la patria y de su pueblo, el marxismo leninismo es una guía para la acción. Este fue mi gran delito.³⁰

Quienes lo conocieron en aquella época, concuerdan en que la lectura se volvió una adicción para Arturo Jarrín. Su cuarto se convirtió en una biblioteca, la apariencia original de las paredes cedió el paso a los libros que –todos forrados y con su ficha– llenaron de color marrón claro todos los espacios. Mientras afuera la dictadura hacía de las suyas, Arturo leía ávido e indetenible la literatura del marxismo como las *Tesis sobre Feuerbach*, *El origen de la familia la propiedad privada y el Estado*, *El imperialismo fase superior del capitalismo*. A esas lecturas le seguían sendas reflexiones en cuadernillos que aún se conservan. La letra pequeña y corrugada salida de la mano de Jarrín habla de su precisión, de su economía y concreción a la hora de exponer sus ideas. Su formación se complementó con textos de José Carlos Mariátegui, lecturas sobre Augusto César Sandino y algunas ideas sobre lo que había sido la experiencia chilena, en donde, hacia 1970, triunfaba la candidatura de la Unidad Popular, representada en el presidente Salvador Allende, que –con intervención de la CIA, según los documentos desclasificados

por el Departamento de Estado de los Estados Unidos— sería derrocado el 11 de septiembre de 1973 para dar paso a una dictadura fascista que dejó un saldo de más de 40.000 víctimas, entre los que se cuentan oficialmente 3.065 muertos y desaparecidos. Esas lecturas y el conocimiento profundo del país fueron mutando el carácter de Arturo: seguía jovial, sí, pero algo había cambiado ya para siempre en su talante, había decidido transformar la realidad de los cholos, negros, indios y mestizos que la literatura le mostró y que la cotidianidad le escupía a la cara con la crueldad de la miseria, la pobreza, la desigualdad y la injusticia social.

Fue una época compleja. El Arturo pasaba leyendo y leyendo. No podíamos hacer bulla porque se enojaba. Esa es la única época que podría llamar la del Arturo difícil. Escuchaba Radio La Habana. Definitivamente, cambió: ¿farras? Algunas... Sus prioridades ya fueron otras, ya las guambras no le interesaban. Decía que la patria era su esposa.³¹

Sin decir mucho, sin ser aún el que con los años devendría, ya empezaba a reclutar en su entorno a personas en las que podía confiar. A ellos les llegaba sutilmente, sin imposiciones, con libros como pretexto para conversar. Sin embargo, él sabía que no todos estaban dispuestos a enfrentar la crudeza de una lucha cuyo objetivo es transformar la realidad, pero no por eso se distanciaba ni perdía el cariño. A su hermana Mónica, poseedora de un carácter ajeno a la política, con prioridades más ligeras, le regaló un LP de Rubén Blades que incluía la canción *Chica plástica*. “Te lo regalo con todo cariño, ñañita, para que reflexiones. Yo no quiero que seas una chica plástica pero te me estás haciendo plástica”, le dijo entre risas.

La literatura ecuatoriana y la música fueron herramientas de las que se valía en casa para sumar a sus hermanas en un proyecto que ellas desconocían, que él intuía y que sería su razón de vivir: hacer la revolución. “Ya parte el galgo terrible a matar niños morenos (...) Ya matan a los chilenos en la mitad de su sueño, ay, qué haremos, ay, qué haremos”, canturreaba por la casa, en el tiempo en que ya era estudiante de la Universidad Central, donde cursó la carrera de Sociología. A esas canciones, que por fuerza escuchaban todos en casa, acompañaba con libros para sus hermanas y hermanos. Títulos como *Yujungo*, *Nuestro pan*, *Las cruces sobre el agua* o *Los animales puros* eran parte de la colección de textos que pasaban de mano en mano entre los Jarrín. Su afán era tal que le envió una caja de libros de literatura ecuatoriana a su hermano Miguel para que los leyera durante su estadía en Rusia.

La universidad fue un nuevo espacio para la reflexión, el debate y la coalición política. En medio de las clases y las discusiones, Arturo encontraría a varios de sus aliados. El hombre ya era todo política, ella lo habitó y ya nunca se abandonaron. Su primera aparición en plaza pública tiene lugar cuando gana la presidencia de la Asociación Escuela de Sociología, imponiéndose a los llamados “Chinos”, una facción del extinto Movimiento Popular Democrático (MPD), que operaba en la política universitaria. Esa victoria le significó recibir una paliza de los “chinos”, quienes, a decir de los amigos, por poco lo matan. Pese a ello, no se amilanó y continuó con su trabajo, cada vez más silente, cada vez más misterioso, muy reservado en todo lo concerniente a la política y a aquello que su corazón ya preparaba desde entonces.

El Arturo nos fue llevando por distintos grupos. En la Universidad Central creamos el grupo llamado Movimiento Universitario de Izquierda (MUI). Ahí empezamos a actuar en la universidad. Con

Arturo, más allá de las aulas, siempre estábamos pendientes entre nosotros. Nos interesaba la situación de los trabajadores, de los sectores populares. Entonces, nos íbamos a respaldar las huelgas de los trabajadores de la fábrica *La Internacional*. Siempre estábamos ayudando en las huelgas que hacía cualquier sector obrero.³²

En los primeros días de 1979, Arturo viajó a la ex Unión Soviética como parte de una comitiva de estudiantes. Miguel, su hermano mayor, pasaba unos días de vacaciones en Ecuador y ya lo encontró distinto, mucho más serio, más aguzado en las reflexiones, cambiado en su forma de ser y tajante en sus determinaciones:

Cuando yo lo veo, lo encuentro ya muy diferente de aquel muchachito que dejé cuando me fui a estudiar Meteorología. A mí incluso me dio como vergüenza contarle que había un mercado negro donde podía cambiar los dólares que llevaba a mucho mejor precio, porque él era súper disciplinado en esas cosas. Cuando llega veo que trae dos cajas grandes, que nosotros creímos que era un equipo de música, porque allá eran baratos. Total, han sido las obras completas de Lenin escritas en ruso. Eran como sesenta tomos. Yo le digo que para qué trae en ruso y me dijo que él iba a aprender el idioma para traducir.³³

Ese mismo año, cuando cursaba el cuarto semestre de la carrera, ocurre un suceso que cambiaría radicalmente las expectativas de millones de jóvenes en todo el continente: el 19 de julio de 1979 triunfa la Revolución Sandinista, que derroca al dictador Anastasio Somoza y pone fin a decenas de años de atropellos de esta familia perennizada en el poder, desde los años 50. Arturo Jarrín siente el llamado de la historia. Nicaragua solicitaba voluntarios de todo el mundo para su reconstrucción y sin dudarle, sin avisar a nadie, sin nadie que lo despida, guardó sus ahorros en un sobre, escribió una

carta a su madre, dejó dinero y una misiva en su escritorio, tomó su camino y partió en busca de ese otro sueño.

A su llegada al aeropuerto Augusto César Sandino de Managua, Arturo Jarrín se vio de pronto envuelto en un aroma a alegría y fiesta, de pólvora y sudor, se topó con hombres y mujeres que, siempre con su fusil en la mano, sorteaban los enormes cráteres dejados por las bombas que se lanzaron contra el dictador, las paredes del Recinto Universitario Rubén Darío daban cuenta de la victoria: “PLOMO” eran las siglas que por doquier se leían, cinco letras que representaban aquello que en Nicaragua se había vuelto realidad: “Patria Libre o Morir”.

En Nicaragua no paramos un segundo, pasábamos todo el día en reuniones con trabajadores del campo, con obreros. Fue una experiencia súper rica después de la que nos fuimos aclarando y tomando posiciones. Ahí hicimos nuestros primeros contactos en el país, con gente del CEPA [Centro de Educación y Promoción Agraria] –Ricardo Zúñiga, Edgardo García–, con gente de la ATC [Asociación de Trabajadores del Campo] –con Aldo Aranda, del Ejército Sandinista–, y con la familia Espinosa, con la que el Arturo vivió mucho tiempo.³⁴

Su dedicación al trabajo militante en Nicaragua no lo detuvo en su afición por la cocina. Una mañana de ardiente calor en Managua, salió de la casa de la familia Espinosa y se fue al mercado. Al volver, calzado unas botas y una pantaloneta jean, llevaba en su espalda unos pescados a los que les quitó las escamas y cocinó con su particular sazón. La familia le guardaba mucho cariño por detalles como este, pero también por charlar con ellos hasta la madrugada, por disfrutar de las anécdotas que contaba Juan, el hombre más viejo de la familia,

sobre cómo hacer para que una mujer jamás lo olvide. Arturo le preguntaba ansioso sobre el tema, le llevaba la corriente y bromeaba al respecto. Esos encantos sedujeron a Francis, la joven y bella vecina de los Espinosa, que se enamoró al instante del flaco quiteño aunque jamás se lo hizo saber. Él, aunque prendado, tampoco dijo nada. Para entonces ya había hecho el juramento de que no habría en su vida más amor que la Revolución.

Después de varios meses de trabajar allá como voluntario, organizando sindicatos de obreros, preparándose física y militarmente, nutriéndose de la experiencia sandinista vuelve al Ecuador, convencido de que el camino para transformar a su patria solo se podía hacer de un modo: a través de la lucha armada.

La generación que Arturo lideró fue una generación hartada del verbalismo y la verborrea, auténtica y convencida de que la lucha armada triunfó en Cuba, triunfó en Nicaragua (...) y que podría triunfar en América Latina. Además, cuando el socialismo se alza con el poder en Chile en 1970 por la vía pacífica, y después lo derrocan con una dictadura con más de 40.000 víctimas, era un ingenuidad pensar que podías llegar al poder por medio de las elecciones.³⁵

Pero no solo su camino había cambiado, su personalidad era más fuerte, más decidida, apasionada y entregada en defensa de los desposeídos. Empezó a trabajar clandestinamente. Para ese tiempo, su hermano mayor, Miguel, había vuelto de estudiar de la Unión Soviética. Un día, llamaron a la casa para proponerle un trabajo. Miguel fue y descubrió que no se trataba de ninguna entrevista, sino que por fin después de cinco años, veía nuevamente a Arturo. Pidió que no diga nada aún a sus padres, que ya verá el momento en que deba regresar.

Ese momento llegó muy pronto. Todavía recuerda la familia aquella Navidad de 1982, cuando Ricardo Arturo apareció cerca de la medianoche y les recriminó por qué estaban ahí cenando, que si no habían visto cuántos niños deambulaban en ese momento por la calle, sin zapatos, sin regalos y sin nada que comer. Ese era el nuevo Arturo, que sin saberlo, surcaba el último lustro de su vida. Pese a esa dureza en la que había preparado a su espíritu para la lucha que se avecinaba, no dejó de pasar tiempo con su familia, era un hombre que gustaba de juntarlos a todos y compartir los quehaceres y la cocina, aunque precisamente ahí no radicaba su talento.

Un día le dijo a papá que le traiga una cabeza de plátanos, que iba a hacer un rico dulce que había aprendido a hacer en Nicaragua. Lo vimos poner los plátanos en una olla grande que mi mamá utilizaba para preparar la fanesca. Se acabó el gas y nunca estuvo el famoso dulce. Mi papá incluso se fue a ver otro tanque de gas. Creo que terminó la receta pero no como dulce, era otra cosa, menos dulce.³⁶

Quienes serían sus compañeros más adelante también recuerdan que era un entusiasta de la culinaria pero que esos proyectos no terminaban bien. “Cuando estábamos en la casa, antes de irnos a Libia, el Ricardo molestaba con que quería sopa de bolas de verde. Jodía y jodía con eso pero nunca le salió. Se le desmenuzaban las bolas. Nos tocaba comer sopa de sopa”.³⁷

Su regreso también estuvo acompañado de canciones, de los ritmos que habían nacido en el fragor de la batalla sandinista y que ahora resonaban en los radios de transistores de alguna emisora que se animaba a soltar una que otra de aquellas canciones. “Estas son las coplas de la libertaria, de la gigantona revolucionaria, que con su comparsa de liberación, va, de calle en calle, llamando a las masas a la

insurrección”, cantaba Arturo, que para entonces ya era un profundo conocedor de la música popular del continente. Los hermanos Mejía Godoy, Quilapayún, Mercedes Sosa, Inti Illimani, Savia Nueva, eran solo algunos de los grupos que día y noche sonaban en la casa de los Jarrín.

Arturo viaja a Nicaragua pocos días después del triunfo de la Revolución nicaragüense; hasta que viaja a Nicaragua es un marxista, un marxista que ha estudiado y sistematizado el marxismo. Su experiencia con la Revolución nicaragüense, su encuentro con el proyecto sandinista, donde el guía y conductor ideológico no es un Marx ni un Lenin –con todo el respeto que merecen por su aporte a la humanidad– sino un proceso que rescata la historia y la tradición de lucha de un pueblo, le inspira para que en Ecuador también se plantee recoger la historia.³⁸

La Revolución Sandinista estremeció a aquellos que ya en 1959 sintieron el llamado de la Revolución que desde la Sierra Maestra hicieron Fidel Castro, El Che Guevara, Camilo Cienfuegos y cientos de barbudos más que dieron al tacho con la dictadura de Fulgencio Batista. En Ecuador, la dictadura militar que operó en la década del 70 intentó modernizar el Estado y hasta se animó a emprender una reforma agraria que debió detener dado el profundo enfrentamiento entre terratenientes y campesinos. Pese a ello, y gracias a valiosos luchadores populares como monseñor Leonidas Proaño –a quien el pueblo llamaba “el obispo de los indios”– hubo un intento de repartición de tierras improductivas a la par de una permeabilidad de la ley para ocupar tierras baldías. La industria tampoco creció demasiado y aunque cuadruplicó su producción, esta no llegaba el 20% del PIB, además de estar concentrada en pocas manos.

La mayoría de las industrias eran o de bienes muy básicos, como bebidas o cigarrillos, o se dedicaban a las meras labores de ensamblaje, terminando productos sobre la base de piezas importadas. El sueño de la industrialización nunca se materializó acaso porque el mercado interno ecuatoriano seguía siendo pequeño o por el carácter tardío de la industrialización que cobró fuerza los procesos industriales se habían tornado demasiado sofisticados para ser replicados con facilidad.³⁹

La política de la dictadura había acentuado los círculos periféricos de miseria en torno a las grandes ciudades, la presión popular, sumada a la de gremios y representantes de sectores productivos, habían limitado su poder de acción orillándola a convocar a un referéndum constitucional, para reformar la Constitución de 1945. Finalmente, en enero de 1978, el 43% de los ecuatorianos decidió escoger una nueva Carta Magna, tras la que vino la convocatoria a elecciones después de muchos años. En esa contienda electoral se enfrentaron tres posiciones: las del Partido Conservador y los Socialcristianos, la del reformismo representado por Rodrigo Borja (Izquierda Democrática), el binomio de Jaime Roldós (Concentración de Fuerzas Populares) con Oswaldo Hurtado (Democracia Cristiana), y las del ala marxista representada por el Frente Amplio de Izquierda (FADI) y el Movimiento Popular Democrático (MPD).

El voto popular rechazó el modelo oligárquico representado por Sixto Durán Ballén y, en cambio, favoreció la gran virtud oratoria del joven Jaime Roldós Aguilera, que llegó en alianza con Oswaldo Hurtado. La política de Roldós incluyó el restablecimiento de relaciones con Cuba –denostada como el terror de la democracia por parte del gobierno de los Estados Unidos–, una clara posición de respeto a Nicaragua y su proceso, a la autodeterminación de los pueblos, y

un paternalismo difícil de sostener por parte del Estado. En su corto periodo presidencial, Roldós debió enfrentar la guerra de Paquisha, contra el Perú, cuyos soldados habían detectado la incursión de tropas ecuatorianas en una zona no delimitada por el fallo arbitral de Braz Dias de Aguiar. Superado el conflicto, el presidente ecuatoriano daría un memorable discurso el 24 de mayo de 1981, en el Estadio Olímpico Atahualpa. Nadie hasta entonces sospechaba que sería el último, pues un accidente de avión sobre el que aún se ciernen dudas, acabó con su vida horas más tarde.

La muerte de Roldós dejó al país en manos de Oswaldo Hurtado, que enfrentó de la peor forma la enorme deuda externa que pesaba sobre el país: devaluó el Sucre, entonces la moneda de curso legal, derrumbó la balanza de pagos, y tomó medidas de ajuste para pagar cumplidamente la deuda externa. Esas medidas incluyeron la devaluación de 25 a 33 sucres por cada dólar, la reducción de los subsidios de los combustibles y a los productos de primera necesidad. Hurtado siguió al pie de la letra la receta del neoliberalismo.

Una de las respuestas más controvertidas de Hurtado a la crisis de la deuda externa fue la llamada sucretización de la deuda en manos de empresarios privados. Por decisión del presidente Hurtado, el Estado asumió la deuda en dólares que las grandes empresas privadas del país tenían con bancos internacionales. Los deudores se comprometieron a saldar sus deudas en sucres con el Banco Central, mientras que el Estado efectuaría el pago de la misma a la banca internacional en dólares. Hurtado tomó esta medida por consejo del Fondo Monetario Internacional (FMI) que veía al Estado como un pagador más fiable que cientos de deudores individuales. La sucretización fue un enorme premio para los grupos empresariales ya que el sucre se estaba devaluando rápidamente por lo que repagar las deudas en

sucres resultaba más cómodo para los deudores que en dólares. El Estado inevitablemente cubrió las obligaciones incurridas a raíz de la sucretización imprimiendo dinero, lo que ocasionó mayor inflación.⁴⁰

En la práctica, el Estado asumió la deuda de los sujetos privados –comerciantes, banqueros y terratenientes– trasladando el peso de esas deudas a todo el país. Oswaldo Hurtado salvó a los acreedores de la banca internacional, endeudando al Ecuador. Afectado además por el descontento popular, su gobierno resultó un caos que benefició principalmente al sector privado, el agro y los sectores obreros, sindicales, quedaron marginados en su forma de hacer política. Sin embargo, dado que conocía el trabajo que Arturo Jarrín ya desarrollaba en el campo y algunos sectores sindicales, Hurtado quiso sumarlo a su equipo de trabajo.

Ramiro Rivera fue un alto funcionario en el gobierno de Oswaldo Hurtado, que buscó a Arturo para que trabaje con ellos, para que ponga su accionar con los obreros y campesinos a favor del gobierno. Mamá le dijo tendría un buen futuro con él, que trabajaría con el presidente de la República. El Arturo se enojó. Le dijo ‘Mamita, ¿usted, que me ha dado los principios, me dice esto a mí? ¿Usted cree que soy de esos perros sabuesos que le dan un hueso y se va a quedar feliz? Cuando vuelva a llamar, dígame que muchas gracias pero que seguiré haciendo lo que he venido haciendo, como lo sigo haciendo y con más fuerza.’⁴¹

Aquello que Arturo venía haciendo –e iba a hacer con más fuerza– era la articulación de un movimiento político militar capaz de imponer un programa de gobierno popular. En los días de su estancia en Nicaragua, Arturo Jarrín conoció a Jaime Bateman, el líder del Movimiento 19 de Abril (M-19) de Colombia, con quien trabó una

gran amistad después de trabajar juntos en la organización de la Central Campesina Nicaragüense. El espíritu de las luchas latinoamericanas impulsaba el eje articulador del movimiento que Jarrín quería construir: que si en México es Emiliano Zapata, en Cuba es José Martí, en Nicaragua es Augusto Sandino, en Ecuador debía ser Eloy Alfaro. En su búsqueda, Arturo Jarrín da con Jorge “El Toro” Chiriboga Guerrero, que tuvo una experiencia guerrillera y tenía contacto con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), de Colombia. Los nostálgicos de la Organización de Chiriboga toman contacto con miembros de “La O” – un movimiento clandestino que operaba principalmente en Esmeraldas, Guayas y Manabí– y con el Comando Obrero Revolucionario (COR) – que aglutinaba a disidentes comunistas, socialistas, ex miembros de VM y de los Aushyris, otro movimiento que operaba político militarmente–. Uno de esos compañeros contacta a Arturo con Pedro Moncada, que tenía su oficina en la ciudad de Guayaquil, entre las calles 9 de Octubre y Pichincha. Pedro Moncada junto a Edgar Frías reciben al menudo hombre y ahí empieza otra historia.

Lo vi sencillo, descomplicado, sin poses, humilde... Yo lo llevé a mi casa, conversamos, nos tomamos un café, salimos a caminar y, como el compañero de Esmeraldas nos había pintado como los súper guerrilleros y revolucionarios –y Arturo le creía casi a todo el mundo, porque la gente buena cree que los demás son iguales–, él nos propone –a Pedro Moncada y a mí– sembrar de fierros el país. Nosotros nos quedamos sorprendidos porque después de pasar un poco de años en la cárcel, uno venía convencido que había que organizar a las masas, a los trabajadores (...) para levantar la insurrección popular y tomarnos el poder. Arturo viene y nos cambia el chip totalmente: nos dice que hay que construir un ejército popular, superar el esquema del marxismo leninismo y construir una propuesta política. Él ya tenía clara la cosa.⁴²

Tener clara la cosa no bastaba, era necesario aterrizar el proyecto político en acciones pequeñas que fueran dándole forma a ese ejército popular que requería la propuesta política de Arturo y su primera experiencia, Los Chapulos, un grupo –cuyo nombre nace en homenaje a los liberales rebeldes conducidos por Nicolás Infante Díaz que, en 1884, protagonizaron el “levantamiento de Los Chapulos”, que marcó el inicio de la lucha de Eloy Alfaro a fines del siglo XIX– que aglutinaba a algunos miembros del Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana (MRIC) entre los que estaban Ketty Erazo, Teresa Mosquera, Alejandro Andino, Myriam Loaiza y alguien que hace un tiempo había desaparecido de su casa y de sus amigos sin dejar rastro: Hamet Vásconez.

El Hamet entró a la Facultad de Medicina. Eran muy amigos con el Arturo, se quedaba a dormir, se pegaba sus tragos en las farras. Después, un buen día el Hamet desapareció. En eso el Arturo era bastante reservado y nunca le dijo a nadie a dónde se fue. Mamá le preguntaba, le decía, ve la mamá del Hamet está desesperada. El Arturo solo le contestaba: mamita, usted dele ánimo como buena madre, dígame que ha de estar bien porque las malas noticias vuelan.⁴³

Las primeras recuperaciones que hacen como grupo son insignificantes pero los van fogueando para el fragor de la lucha que vendría poco después. Hacia 1980, Los Chapulos ya activan en la Universidad Central y producen un documento titulado *Mientras haya que hacer nada hemos hecho*, que sería la base del posterior programa de gobierno propuesto por AVC. Pero la tragedia los golpea desde el inicio: mientras desarrollaban su trabajo de masas en la provincia costera de Esmeraldas –trágicamente escogidos por sorteo–, dos de Los Chapulos fueron asesinados a machetazos en esta región, después de haber entregado medicinas y de haber dado clases a los campesinos

esmeraldeños. Alejandro Andino y Myriam Loiza murieron violentamente en la zona y su caso aún hoy no conoce sentencia. El 8 de enero de 1981, *Roberto y Carmen*, como se los conocía clandestinamente, publicaron un manifiesto titulado *Cumpliremos el mandato del pueblo y de la historia*, que termina dando el carácter y el talante de la lucha que se proponían realizar en el país:

(...) enarbolar la BANDERA ROJA DE LA REVOLUCIÓN POPULAR ECUATORIANA; desenterrar los fusiles libertarios y empuñarlos con la mira puesta en la mañana de libertad, de justicia, de democracia, de soberanía, de paz y felicidad plena para las generaciones futuras; este mandato lo cumpliremos teniendo al frente el ejemplo de Rumiñahui y Julián Quito, de Espejo y Olmedo, de Bolívar y Sucre, de Daquilema y Montalvo, de Montero y Páez, de Alfaro y Concha, de Naula y Quevedo, de la “Gloriosa” y de marzo de 1966, de Pajuña y Pachacamac, de Condo y Perugachi de los luchadores que yacen en la ría del Guayas y de aquellos que están presentes en cada trabajador de Aztra, este mandato lo cumpliremos, el realizarlo permitirá la continuación de la larga marcha hacia el triunfo popular.

La decisión de cumplir este mandato la expresamos serena y tranquilamente, lo asumimos firme y decididamente, proclamando con los obreros riobambeños: “Que estamos dispuestos a marchar al sacrificio con tal de salvar pueblo y a la Patria”.⁴⁴

Las primeras reuniones son vertiginosas, el impulso por cambiarlo todo se apodera de los militantes, que aprovechan la noche, que discuten sobre la cuestión política, que critica a Hurtado por haber subido el precio de la gasolina y del transporte público, que leen al Che, se enamoran de Abel Santamaría, que escuchan a León Gieco y a Víctor Jara. El recuerdo de Alejandro Andino y Myriam Loiza, su

ejemplo, los motiva para avanzar por las trochas, para estudiar mejor las problemáticas a las que se enfrentaban y así continuar su camino. Después de la muerte de sus compañeros, Los Chapulos deciden iniciar un nuevo proceso de formación y se van del país. En Nicaragua, después de integrarse por varios meses al trabajo de los Comités de Defensa Sandinista, en las milicias y en la vigilancia revolucionaria, el grupo decide que Hamet Vásconez y Ketty Erazo se incorporen a la guerrilla de El Salvador, Teresa Mosquera debe quedarse en Nicaragua fortaleciendo la retaguarda de la lucha ecuatoriana, y Arturo Jarrín debe regresar al Ecuador para retomar e impulsar el proyecto político militar.

Los libros van de mano en mano y el sueño de Arturo es crear una biblioteca popular. Ha reunido más de tres mil títulos que se reparten en distintas casas de seguridad. Los primeros objetivos a la hora de dotarse de armas son los guardias de seguridad, operación que recibirá el nombre de “recuperación”. Muchas veces las armas incautadas no sirven para nada, pero la adrenalina de ser parte de quienes harán la revolución se apodera de ellos y guía cada acto de su vida. Myriam Loaiza resumió la sensación: “Ser revolucionario es ser profundamente humano, profundamente comprometido, con la violencia del fuego y la serenidad de las montaña”.⁴⁵

Ese espíritu contagiaba a los jóvenes recién organizados, pero aquellos militantes estaban lejos de tener un sentido romántico de la lucha, aunque algo de eso siempre ronda la historia de los revolucionarios del mundo. En tanto armaban las primeras células, los contactos hechos en Nicaragua ya daban sus frutos: Juan Carlos Acosta Coloma, Jaime Bateman (Colombia) y Víctor Polay Campos (Perú) esperaban un desembarco de armas provenientes de Libia que

servirían para emprender la liberación de sus respectivos países. Hacia 1982, el vínculo entre el M-19 y algunos miembros de la naciente guerrilla ecuatoriana ya eran sólidos.

A mediados de febrero [Jaime Bateman] tomó desde Quito un vuelo a Lago Agrio, en el Oriente; posteriormente un vehículo hasta llegar a La Punta. Desde allí se embarcó en una lancha, y tras dos horas y media por el río San Miguel encontró a la gente que lo esperaba en el lado colombiano. En esa ocasión viajó acompañado por *Amaranta* y *Emilio*, Juan Carlos Acosta. *El Flaco* [Bateman] depositó en ellos una gran confianza. No se equivocó. Ecuador comenzaba a ser una pieza importante en las actividades del M-19.⁴⁶

Arturo hizo los contactos necesarios, sus días y sus noches estaban dedicadas enteramente a tejer las redes que articularían ese gran movimiento nacionalista y de amplio contenido popular con el que soñaba y al que ya había visto triunfar en Nicaragua. El sueño parecía posible. De modo que, después de una serie de reuniones ampliadas, determinó que era “la hora de la acción, no de las palabras”. Las personas que reunió en torno a la idea de la liberación eran casi todas menores de treinta años, que venían de experiencias previas de los años 70, de militancia en gremios secundarios y universitarios, de miembros del MIR –como Fausto Basantes– y de un grupo de jóvenes que ya eran parte de las estructuras del M-19 –como Juan Cuvi y el propio Juan Carlos Acosta–, una generación que estaba convencida de que el único camino para lograrlo era la lucha armada, sin negar las otras formas de lucha. El talento de Arturo para juntar a un grupo tan diverso de gente no pasa desapercibido para el líder colombiano del M-19, Jaime Bateman, quien le propone a Jarrín ser parte de sus estructuras.

Bateman, que era un genio de la política, le propone a Arturo que sea comandante de una columna en Colombia. Arturo le dice ‘No, porque creo que en el Ecuador no hay que hacer un M-19, sino que debemos hacer una organización con identidad propia. Yo en el Ecuador quiero trabajar con los compañeros para construir una organización con identidad nacional’.⁴⁷

Para llegar a la Primera Conferencia, Arturo pasaría mucho tiempo en conversaciones con compañeros de tendencias políticas tan diversas y con caminos tan divergentes que realmente era un mérito haberlos juntado. En esas charlas se topó con gente que planificaba una ‘democracia en armas’, aglutinados en el llamado Frente Progresista, marxistas-leninistas, demócratas cristianos, es decir, un cúmulo de visiones discrepantes que buscaban construir, cada quien por su lado, un proyecto político militar de alcance nacional. Arturo, un ideólogo con mucha experiencia ya, no llega con las manos vacías a sus contertulios sino que les propone trabajar en torno a un proyecto político-militar de cinco puntos: soberanía nacional, independencia económica, justicia social, democracia y Patria Grande latinoamericana.

Esos postulados fueron trabajados tiempo atrás con Los Chapulos, pero Arturo había participado además en la planificación de estructuras que se resumían en la constitución de un ejército popular, un frente político de alianzas –que tan buen resultado había dado en Nicaragua–, la consolidación de la Organización Político Militar (OPM) y un frente político de masas. De modo que, cuando Arturo llegaba con su propuesta a los grupos que activaban por su cuenta, ellos sumaban algo más al proyecto y se enrumbaban sabiendo que todas las formas de lucha eran válidas, pero teniendo siempre claro que el camino a seguir era la lucha armada. Así, con sus ideas claras y la certeza de la victoria en la voz, reclutó a decenas de hombres y

mujeres a la causa de la liberación en el Ecuador. A decir de quien años más tarde sería su lugarteniente, Marco Troya, Arturo era un seductor que usaba todo lo que estaba a su mano para atraer nuevos miembros al naciente movimiento. Esto le ocasionó algún problema operativo, como revela el extracto de una carta enviada a Fausto Basantes, fechada el 26 de agosto de 1985:

HERMANO:

Saludos y adelante.

Quiero ponerte al tanto de tres asuntos:

(...) Yo he escrito a Consuelo, hace mes y medio más o menos, planteándole que profundice su compromiso. Inicialmente respondió un verdadero shampoo (mezcla de criterios políticos y resentimientos personales hacia mí por no corresponder a “sus sentimientos de amor”). La semana pasada recibí una carta, absolutamente clara y que refleja serenidad, en ella expresa su decisión de incorporarse como combatiente a la O. y manifiesta la voluntad de superar sus sentimientos hacia mí.

Creo que, en caso de que salga para fines de septiembre como señalan, puede ser útil para muchas tareas. Serás tú quien determines esto. En todo caso me parece bueno que le escribas un papel dándole “respuesta oficial”, mira yo creo que ella en este período demostró lo que vale y se ganó un puesto en esta O. y en esta lucha. Yo le escribiré una nota señalándole que me parece muy bien su decisión y que desde afuera le escribirán. No abandones la buena costumbre de ser ágil.

Marco Troya era un obrero de imprenta con algunas inquietudes rebeldes que le habían quedado de su paso por la secundaria. El dueño de la imprenta era David López (†) y él es quien, después de conversar sobre Guatemala y Nicaragua, le dice a Marco –para entonces un muchacho menudo, de cabello rizado, ojos juguetones– que le presentará a un amigo. La cita es en un restaurante en los alrededores de la Plaza del Teatro. Marco recuerda que esa tarde corría un viento fresco que daba tregua a los potentes rayos solares que caían sobre la capital ecuatoriana. Al ingresar al restaurante, Marco no sabía quién lo esperaba. Vio la revista *Vistazo* que era la señal por la que habría de reconocer al amigo de su jefe, un muchacho bajito como él, de hablar sutil pero certero, era Arturo Jarrín.

Me cayó súper el Arturo, me dio confianza, lo vi sincero, convencido. Yo trabajaba en la imprenta y estudiaba primer año de Derecho en la Universidad Central. Claro, no me dijo su nombre real pero simpatizamos. Me habló de la guerrilla, de la necesidad de hacer la revolución y sin más, yo le dije ‘de una, me sumo al grupo que tú quieres hacer’. Entonces, yo dejo mi casa, mi trabajo, dejo todo y me voy con él (...) Yo era obrero en ese tiempo y me gustaba chupar [beber alcohol] pero cuando empecé a trabajar con él, no chupé más durante varios años. Ahora me estoy desquitando.⁴⁸

Contactar a los potenciales miembros de la Organización fue un trabajo de hormiga, lento, con mucho tino, inicialmente sutil sobre la cuestión de las revoluciones en el continente y finalmente profundas y directas a la hora de plantear el proyecto político. En los meses previos a la Primera Conferencia, Arturo tiene en torno de sí a un grupo de jóvenes por los que se preocupa y busca que se preparen, tanto a nivel físico como a nivel intelectual: leían artículos

sobre Nicaragua, del movimiento guerrillero centroamericano, salían de excursión a las montañas cercanas como el Ruco Pichincha, donde la exigencia física resultaba extenuante.

Entre el año 1982 y 1983, el país se enfrenta con una deuda pública muy fuerte, en parte originada por las graves inundaciones en la costa ecuatoriana y la pérdida de cosechas en todo el país. Los daños totales por el fenómeno de El Niño superaron los 650 millones de dólares. Los medios de comunicación, aliados al poder, dispersan la información y crean un clima de opinión que distrae sus titulares de los temas de fondo. Días antes de la Primera Conferencia sucede el primer caso de persecución a la familia Jarrín. La trampa se tiende desde el gobierno pero quienes amplifican el estigma, que desde entonces se cernirá sobre los subversivos, son los medios de comunicación.

La primera vez que salió la noticia de que el Arturo y el Miguel supuestamente estuvieron en el asalto al Banco de Lago Agrio, mi mamá lloraba y se desesperaba en parte por el dolor y, en parte, por la vergüenza. Pero, de ahí en adelante, mamá se convirtió en una leona, defensora de sus hijos. Luego ya defendía las ideas políticas del Arturo, ¿no?⁴⁹

“Pandilla se llevó tres millones de Banco de Fomento de Lago Agrio”, titulaba *El Comercio*, el 13 de enero de 1983. Al día siguiente ya afirma que se trataría de un grupo guerrillero. Su titular del 14 de enero dice: “Guerrilleros habrían asaltado al Bco. de Fomento de Lago Agrio” y para el siguiente día “Guerrilleros colombianos podrían ser los asaltantes de Lago Agrio”, juzgaba ya en su titular. El 26 de enero *El Comercio* anuncia “Indicios de presunta culpabilidad en contra de hermanos Jarrín Jarrín”:

La Comandancia General de la Policía Nacional, informó que luego de las investigaciones realizadas en torno al asalto al Banco de Fomento, sucursal de Lago Agrio, perpetrado el 12 de enero por cinco delincuentes que actuaron con precisión y huyeron a la montaña, llevándose tres millones de sucres, se han encontrado los primeros indicios comprometedores en contra del ingeniero Miguel Ángel Jarrín Jarrín y su hermano Arturo Jarrín Jarrín.⁵⁰

Arturo Jarrín sabía desde hace algún tiempo que los hombres fuertes de la Democracia Cristiana, ahora en el Gobierno, lo acechaban. De hecho, el mismo Ramiro Rivera que antes lo había tratado de convocar a ser parte del gobierno, ahora recibía la acusación de Arturo de ser él quien encabeza esa persecución.

Esta acusación ni me sorprendió, ni me asustó. Sirvió únicamente para ratificar una vez más la actitud del gobierno de la Democracia Popular: provocar a la guerrilla con acusaciones oficiales y pretender resolver los problemas sociales con medidas policiales. Es que es difícil enumerar los casos de guerrillas y guerrilleros que “descubrió” ese gobierno: en el Oriente, en Quevedo, en Esmeraldas, en Manabí, en Chimborazo, en manifestaciones callejeras, en Imbabura. En todas partes y en todos lados. Tanto se habla y se ha hablado de la guerrilla, que uno se pregunta: ¿Por qué es que los poderosos y sus defensores tienen tanto miedo a la guerrilla?⁵¹

Ahora, se sabía perseguido. Su nombre aparecía en los medios y en su casa la noticia había caído tan drásticamente que su mamá Beatriz se descompuso al escuchar los nombres de sus hijos en los noticieros. Todavía nadie sospechaba que ese sería el comienzo de una intensa persecución que tuvo lugar también en el campo mediático. Era el tiempo de dar el paso a la clandestinidad.

El Arturo, aun estando en la clandestinidad siempre procuraba tener espacios de encuentro no solo con mamá o solo con papá, sino con papá, mamá y todos los hermanos porque así nos criamos, así nos juntamos, así fue la familia desde que éramos muy pequeños.⁵²

Superado momentáneamente ese imprevisto, la preparación para la Primera Conferencia estaba en marcha. Además de su proyecto político, Arturo lleva ya un gran terreno avanzado en la búsqueda de la guía, del icono que represente al naciente movimiento y a sus ideales. En las charlas con su abuelo ya lo había intuido, pero con la revisión de su historia, Arturo quedó cautivado por la imagen política del General Eloy Alfaro Delgado, a quien definía como el “constructor incansable, el forjador genuino de la nacionalidad ecuatoriana, el eterno luchador de las causas nobles”.⁵³

El sentimiento alfarista encontraba tierra fértil en esos jóvenes que aisladamente conocían algo del accionar del Viejo Luchador. Las semanas anteriores a la Primera Conferencia, y en una reunión ampliada celebrada en agosto de 1982, los miembros del nuevo movimiento decidieron anunciar el nacimiento de la Coordinadora guerrillera pintando las paredes de algunas ciudades del país. Por doquiera caminara en Quito, Guayaquil, Esmeraldas, Tulcán, Ibarra, Atuntaqui, las paredes tenían una sola consigna: “1983. Año del pueblo. ¡Alfaro Vive Carajo!”.

Alfaro nos mostró lo justo que es levantarse en armas contra los tiranos. Nos mostró que de la lucha armada no se hace un objetivo ni una apología sino simplemente un medio necesario para derrocar a un régimen oligárquico que se basa en la fuerza para garantizar las transformaciones que un gobierno de las mayorías impulse.

Alfaro ordenaba no perder por la politiquería y los votos lo que se había conquistado con la sangre de las montoneras en armas de campesinos e indígenas.⁵⁴

El camino estaba trazado, los contactos hechos. 1983 era el año del pueblo para los alfaristas pero también era el inicio de un sueño de libertad, justicia social y equidad para quienes iniciaban la lucha armada más visible que tuvo el Ecuador en los últimos dos siglos. En esa historia aparecieron varios nombres pero quien lideraba era uno, Ricardo Arturo Jarrín.

Capítulo V

Es hora de que las manos hablen

*¡Mirad! ¡Tengo un arma! Nunca una
mejor pendió del muslo de un soldado.*

*He visto el día en
que, con este débil brazo y esta buena
espada, me abría un camino a través
de obstáculos veinte veces más
potentes que vuestra resistencia...
Pero ¡oh, alarde inútil! ¿Quién puede
oponerse a su destino?*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

El sábado 7 de agosto de 1982, el comandante Jaime Bateman dirigía la VIII Conferencia del M-19. Por primera vez hizo pública su intención de organizar un ejército popular revolucionario y de la unidad guerrillera en una coordinadora que llevaría el nombre de Simón Bolívar. Para entonces, un grupo de jóvenes ecuatorianos ya era parte de la estructura operativa del movimiento colombiano. Su militancia consistía en servir de abasto a la Organización y dar rutas de salida a Bateman, por entonces muy afectado en su pierna izquierda —herencia de un atropellamiento que sufrió de niño— y acorralado por los servicios de inteligencia de su país y de los Estados Unidos. Después de esa conferencia, Bateman Cayón viajó desde Panamá hacia Libia, en una ruta que lo llevaría por Madrid, Roma y Frankfurt, para entrevistarse

con *El Líder*, como llamaban a Muhammad Gaddafi en su país. Al cabo de tres semanas, el líder revolucionario no pudo concretar la cita pero, a cambio, acordó el entrenamiento de guerrilleros colombianos en Libia. La única condición puesta por Bateman fue la de que los libios les iban a dar solamente instrucción militar, “nada de seguir su política ni su *Libro verde*”.⁵⁵

La primera semana de noviembre, treinta guerrilleros colombianos se reunieron en Quito para pulir los temas de carácter político que habían tratado en la VIII Conferencia. Luego, Bateman viaja a La Habana para pasar Navidad y fin de año junto a su familia. En esos días, la amistad con Fidel Castro se estrecha. Anonadados por su talante, los guerrilleros colombianos le preguntaban cómo había sido tal o cual batalla, hablaban de estrategia, de táctica y de la necesidad de crear un ejército popular latinoamericano. En enero de 1983, Bateman viaja a Libia y, por fin, puede entrevistarse con Gadafi.

A la semana de estar en Libia, lo recogieron en el hotel y lo llevaron a un campamento donde había varias tiendas de campaña. En una de ellas esperó unos minutos y de pronto apareció *El Líder*. El saludo fue muy afectuoso, como si se conocieran de tiempo atrás. Fue una charla de media hora. Bateman le explicó a fondo sobre su movimiento y la idea de un proyecto latinoamericanista. Gadafi estaba impresionado con el personaje y le ofreció todo su apoyo. Le brindó jugo y se tomó unas fotos para su archivo personal.⁵⁶

En esas reuniones participó también un ecuatoriano, a quien Darío Villamizar denomina *El Conde*, a quien no se ha podido identificar. Aquellos encuentros fueron el espacio propicio para solicitarle a Gadafi que los apoye con logística y entrenamiento militar. Lo segundo estaba asegurado, lo primero no tuvo eco. Esos contactos eran parte de la

estrategia que ya se dilucidaba en Tonsupa, provincia de Esmeraldas, donde sesenta revolucionarios se habían dado cita desde el 12 de febrero para iniciar la Conferencia, que empezó con la solemnidad del canto del himno nacional, veintitres de ellos conformaron un cónclave que dos días más tarde, es decir el 14 de febrero de 1983 –día que celebra el amor y la amistad en Ecuador– se anunció oficialmente el nacimiento de las Fuerzas Revolucionarias del Pueblo Eloy Alfaro (FRP-EA), cuya principal consigna recoge un grito popular de larga data: “¡Alfaro Vive Carajo!”. Aquel día nació una organización cuyo mentor definiría en estos términos:

La Organización se define y se caracteriza en primer lugar como una organización democrática, en segundo lugar nacionalista, de amplio contenido popular, de contenido anti imperialista, por lo tanto internacionalista, es decir, una organización de alfaristas, de hijos de Luis Vargas Torres, de Nicolás Infante, de Amador Viteri, de Modesto Rivadeneira, de Juan Montalvo, de Marcos Alfaro, de Pedro José Montero, de descendientes de Los Chapulos, de los hermanos Cerezo, de Jaramijó, de Colorado y de Gatazo, de la montonera alfarista y de sus campañas heroicas desarrolladas durante los largos años de la lucha alfarista.⁵⁷

La Primera Conferencia, además de determinar la identidad de la Organización y sus militantes, tomó algunas resoluciones importantes, una de ellas, que *Ricardo* sería el comandante de la Organización, él ejercería como mando único en el que se aglutinaba lo político y lo militar. La reunión no está exenta de conflictos: las posiciones divergentes continúan pero todos convienen en la aprobación de un reglamento que norma la vida de sus militantes. Otro aspecto fundamental es que la visión política de sus dirigentes –especialmente de Arturo y Fausto–

rompe con el “grupismo” con el que algunos dirigentes pretendían mantener su control sobre los pequeños grupos que lideraban.

La izquierda se había enfrascado en la pugna de carácter ideológico, debatiendo tesis de que si la revolución debía ser democrático burguesa o socialista, de que si la lucha debía ser armada o no, que si la sociedad ecuatoriana era semifeudal o semicapitalista. Alfaro Vive decidió dar un salto cualitativo que supere esas pugnas.⁵⁸

La reunión configura además los elementos de la construcción y consolidación de la guerrilla, sobre un trabajo de masas, que considera una estructura selectiva de cuadros aliada al trabajo con los sectores populares.

El Arturo se convirtió en una especie de catalizador porque, en cierta manera, tenía un prestigio y buenas relaciones, pero también contó con el compromiso [de la gente]. Por ejemplo, en el caso nuestro, le pusimos como respaldo para el proceso, para que él lo condujera, todo el contingente que nosotros manejábamos, todos los recursos. Eso fue fundamental para que él pudiera negociar al interior de estos espacios diversos y lograr aglutinarlos.⁵⁹

El gobierno de Oswaldo Hurtado pasaba por la peor de sus épocas: la deuda pública continúa en ascenso y el Estado no responde con premura. El modelo neoliberal de la Democracia Cristiana no permite que los sueldos cubran la canasta básica. En 1982, el sueldo básico real era de 2.298 sucres y para 1983 bajó a 1.875 sucres, es decir, un decrecimiento de 18.41%. En el mes en que tiene lugar la Primera Conferencia, el gobierno enfrenta una huelga nacional de grandes proporciones que despierta un fuerte clima de desestabilización. El FRP-EA nació precisamente para combatir aquel modelo y dar una

respuesta a las necesidades del pueblo. Las diferencias de criterio en torno a cómo iban a desarrollar ese objetivo hizo que varios miembros tuvieran recelo desde el principio.

Pese a las diferencias, la Primera Conferencia Nacional del FRP-EA organizó una estructura basada en comandos regidos por el principio de Unidad de mando y Mando único, que se concentró en Arturo Jarrín. Ese mando solo podía revocarse en las conferencias plenarias de la Organización –que se realizarían cada dos años–. Asimismo, eligió una Dirección Nacional (DN), compuesta por miembros de los grupos reunidos en la Conferencia. El Comando Central, regido también por Jarrín, se encargaría de la operatividad de la Organización y de la obtención de recursos económicos para su manutención.

Decidimos desarrollar actividades a nivel nacional. Se realizaron las primeras pintas con la consigna “¡Alfaro Vive Carajo!”. Decidimos que la Organización tendría un carácter político–militar: conformamos comandos político-militares a nivel de la Costa, la Sierra y el Oriente. Se estructuró el Comando Central, donde estaban representantes de cada uno de los grupos citados en la Conferencia, y procurando también que haya representantes de todas las provincias del país. Los lineamientos serían dados a nivel nacional a partir del Comando Central.⁶⁰

El siguiente paso entonces es poner en marcha la maquinaria para la liberación. “Ya vendrán otros que hablarán de nosotros, que nos definirán. Es hora de que las manos hablen”, le dijo entonces Jarrín a Luis Vaca, un joven alto, bien parecido, que por ese tiempo estudiaba Psicología en la Universidad Central. Él había participado de

movilizaciones dentro de su facultad por lo que fue expulsado junto a un hombre que, muchos años más tarde, llegaría a la Vicepresidencia de la República: Lenín Moreno Garcés. Después de este suceso, ambos irían a estudiar en la Facultad de Administración de la *alma mater*.

Mientras aquello sucede en la vida estudiantil, la situación económica del Ecuador es cada vez más compleja. El gobierno de Hurtado solicita un desembolso al FMI por alrededor de 85 millones de dólares, al mismo tiempo que pide renegociar la deuda con el Club de París. La ONU ofrece ayuda humanitaria para la reconstrucción en las zonas afectadas por catástrofes naturales que habían tenido lugar en el último año, cuyo costo superaba los 11 millones de dólares. Existe además un grave desabastecimiento en el país, que acarrea un alto precio de la canasta básica familiar. El gobierno promueve la importación de víveres para abastecer a la población, especialmente de azúcar. La devaluación del sucre empieza desde junio un proceso acelerado, a razón de 0,04 sucres por día laborable. Los créditos que consigue Hurtado benefician a los banqueros y entonces la Organización decide que es momento de recuperar ese dinero de los bancos y ponerlo al servicio de la causa popular.

En abril de 1983, Edgar Frías y Patricio Baquerizo viajan desde Guayaquil a Quito para participar en una de las primeras acciones de recuperación económica, cuya semántica alude a la idea de recuperar el dinero que la oligarquía ha obtenido del pueblo. Las nueve horas que recorren en auto son eternas para Baquerizo, que empieza a ser parte de la estructura operativa que AVC intentó crear con células mixtas a nivel nacional. Él llega a la ciudad y se concentra en una casa de seguridad que tenía la Organización en el barrio La Kennedy, en el norte de la capital. Una casa de seguridad es una casa común y corriente, arrendada por miembros de la Organización, que tenía

una cobertura hacia el exterior para pasar desapercibidos, pero en cuyo interior se cumplían actividades con normas y reglas de estricta seguridad y disciplina. En esa casa se encontró con Rosa Rodríguez, Marco Troya, Antonio Rodríguez, Manuel Cerón y Miguel Jarrín. Dadas las condiciones del operativo que se avecinaba, lo primero que hacen es descompartimentar sus rostros, por primera vez se veían las caras, sin capuchas. Arturo no solo organiza el operativo sino que también participa de él.

Arturo era el Comandante de la Organización. Su concepto de la formación de los cuadros era integral, es decir, debía ser político-militar. Esto permitía concretar uno de los conceptos básicos de AVC, el mando único y la unidad de mando. Es ése aspecto él constituía el mejor ejemplo, era el mando político y militar de la organización.⁶¹

La Cooperativa Andalucía en la que iban a hacer esa recuperación tenía cinco ventanillas y contaba con una caja fuerte que solo podía abrir el gerente de la institución. En la casa de La Kennedy pasaban tres días con sus noches repasando el plan operativo, memorizando las tareas que cada uno debía cumplir: Patricio reduciría –esto es inmovilizar– al personal de las cajas y tomaría el dinero, Arturo obligaría al gerente a abrir la caja fuerte. “El operativo es un acto que debe funcionar como un reloj, es casi mecánico, cada quien cumple su función y eso garantiza que todo salga bien”, recordará Baquerizo años más tarde. Al tercer día, en horas de la mañana, el comando sale a cumplir con su misión después de dejarlo todo previsto: la entrada, el desarrollo y la salida. Con sus 23 años apenas iniciando, *Fernando*, nombre de combate de Patricio Baquerizo, debía dejar de lado los nervios y enfrentar aquello que hasta entonces había sido solo un montón de simulacros, revisión de mapas, de croquis y de retirada. De modo que, armado con un revolver calibre 32 corto, se dio su bautizo revolucionario.

Es la sensibilidad social y política, es la formación, son los sueños, las utopías las que te llevan a hacer eso. No hay ningún otro elemento. Uno, en otras circunstancias, sería absolutamente incapaz de meterte a un banco con una pistola. Es el compromiso político revolucionario y la conciencia social lo que te mueve en esos momentos. El miedo que sientes en ese momento es hasta necesario. Sabes que vas a jugarte la vida pero lo más importante es superar ese miedo.⁶²

En ese operativo, participaron gran número de miembros de AVC: unos en la contención, conductor y cinco hombres que operaban dentro de la cooperativa. Era un operativo mediano que presagiaba las grandes acciones del futuro. *Ricardo*, nombre de combate de Arturo Jarrín, somete al gerente de la cooperativa y logran abrir la caja fuerte, pero estaba vacía. *Fernando* era “mono”, apelativo dado a los ecuatorianos que habitan en la Costa, y no conocía en lo más mínimo la ciudad capital, de modo que Arturo le dio la orientación de que, una vez culminado el operativo, o si se da alguna circunstancia que no esté en la planificación, corra junto a Manuel Cerón, el otro compañero con el que participaron de la acción. Los ocho o diez clientes –entre las que se encontraba una mujer embarazada– que estaban en las instalaciones de la institución financiera vieron como en menos de dos minutos el comando operativo de AVC realizó una de sus primeras acciones de recuperación económica. Esa misma noche, *Fernando* regresó a Guayaquil y al día siguiente ya estaba trabajando en el departamento de informática del Ministerio de Finanzas afincado en esa ciudad.

Los operativos de recuperaciones económicas eran muy importantes para la lucha que se habían propuesto. Los bancos, aliados del gobierno y casi todos beneficiados por su política económica, fueron los blancos seleccionados. Junto con las acciones políticas,

los jóvenes integrantes de la naciente Organización debían hacer inteligencia a algunas entidades financieras, de las que pudieran nutrir la ingente operatividad que se avecinaba.

Aparte de estas acciones políticas, se realizaban recuperaciones económicas. La lucha popular tenía que ser financiada por la oligarquía. Cuando un comando del movimiento realizaba una recuperación en un banco, siempre llevaba un trasfondo político: eran bancos de los cuales se conocía malversación de fondos, y se tenía las respectivas pruebas. Se dejaban pintas y luego con la prensa se reivindicaba el hecho. Nunca el grupo negó acción alguna que haya realizado en un banco, siempre reivindicaba las recuperaciones.⁶³

El nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo Eloy Alfaro estuvo acompañado también de una serie de acciones político militares entre las que se cuentan la colocación de bombas panfletarias, sin víctimas humanas, contra algunas instituciones del Estado. El 26 de mayo de 1983, tres bombas de esta naturaleza reventaron en las puertas de los ministerios de Salud, de Bienestar Social y de Relaciones Exteriores. Los artefactos explotaban y las consignas impresas que tenían adheridas volaban por los aires. Los contactos hechos con la guerrilla colombiana les dieron cierto entrenamiento para instalar este tipo de instrumentos sin que su accionar pudiera causarle daño a nadie.

Con el fin de perfeccionar estas acciones a nivel militar, se avecinaba un viaje importante para las entusiastas huestes de las FRP-EA y el dinero escaseaba. Las casas de seguridad se mantenían con poquísimo dinero y la alimentación de los rebeldes era cada vez más escueta, con una dieta basada en arroz con huevo frito. Era necesaria otra recuperación para solventar aquellos gastos, sobre todo los del viaje.

El objetivo, la casa “Multicambio”. El miércoles 6 de julio de 1983, la Plaza Grande, donde está la sede de Gobierno del Ecuador, estaba cercada por miembros de la Policía Nacional. La Unión Nacional de Educadores (UNE) había llegado hasta ese lugar y apedreó la fachada del Palacio de Carondelet. Oswaldo Hurtado, urgido por la presión popular, ordena una cerca policial de tres cuadras a la redonda. Quienes participaron ese día en el operativo –Arturo Jarrín, Fausto Basantes, Luis Vacas y Patricio Baquerizo– no desayunaron. Era una precaución que tomaban por si les disparaban en el estómago para evitar una infección más rápida. Al paso de los años, Baquerizo se pregunta si era por precaución “o porque estábamos chiros”. Sin desayuno y mal nutridos, ese día, bajo aquellas circunstancias, en medio de la masa de policías, un comando revolucionario entraría a operar:

La cuadra en la que estaba ubicada la casa de cambio estaba rodeada de policías. Era un operativo en el que debías estar más que convencido de lo que ibas a hacer. Arturo iba con traje de Mayor o Coronel, un traje distinto al que teníamos los demás que éramos como su guardia. Tanto me acuerdo que nosotros pasábamos lento en el auto y los policías se le cuadraban a Arturo porque llevaba un traje de militar de alto grado. Sabíamos que los policías estaban a nuestro alrededor: Fausto [Basantes] estaciona el auto en la acera –porque no había dónde más– de la calle Venezuela, que entonces tenía sentido norte sur. Arturo nos queda viendo y dice ‘Vamos’. Entramos. Arturo iba a cambiar un billete de diez dólares –que era lo único que teníamos–, Luis Vacas bajó la *lanfor* [puerta enrollable], y en ese momento entramos a operar. Era un operativo en el que no podíamos permitir ni un grito. Redujimos a todos, abrimos la caja fuerte y salimos. Fue un operativo muy importante a nivel económico para la organización.⁶⁴

Al salir, Fausto los esperaba con ropa para que se cambien, avanzaron en dirección al parque Itchimbía. Al bajar ya tenían otra vestimenta y cambiaron de auto para ir hasta una nueva casa de seguridad, ubicada en el sector de El Inca. La eficacia del operativo sigue sorprendiendo a sus protagonistas. Concluía así una jornada que incluyó un operativo inesperado y que ocurrió el día anterior a estos hechos. Se trató del primer rescate de un alfarista de las manos de la Policía.

El 11 de marzo de ese mismo año, cayó preso Ricardo Merino –que para entonces ya era miembro de la Organización– al tratar de asaltar en una motocicleta al pagador de la empresa Quito Motors. Mientras está detenido en el Penal García Moreno, su padre fallece. La familia, junto a miembros del FRP-EA, gestionó que el director del centro penitenciario le permitiera salir al velorio. La misa de réquiem se realizaría en la iglesia del Colegio San Gabriel, entre la avenida América y Mariana de Jesús. Era una mañana gris para Merino, que por estar preso no había participado ni de las discusiones ni de la conformación de la Organización, no sabía nada de lo que iba a suceder:

Teníamos un alto nivel de entendimiento. Nos avisaron que lo estaban trasladando a la iglesia y armamos el operativo ahí rapidito mientras llegábamos al lugar en una camioneta. En el balde íbamos Arturo, Manuel [Cerón] y yo, Fausto manejaba. Luis Vaca no podía entrar porque la familia de Ricardo Merino lo conocía. Había un compañero –al que llamábamos ‘Troncoso’– que nos tenía que indicar quién era el compañero al que íbamos a rescatar. Ricardo Merino estaba con dos guardias: el chofer y un guía. A mí me tocaba encañonar al tipo que manejaba el carro. Lo encañono y él trata de sacar su arma –un calibre 38–, entonces yo lo amenazo. ¡Qué le habré dicho que soltó el arma! Al otro guía lo está encañonando Arturo. Merino no sabía qué pasaba. Pero al final fue rescatado.⁶⁵

Después de ese operativo, Ricardo Merino sostiene una charla con Arturo Jarrín y deciden –dado que debía pasar a la clandestinidad– enviarlo a Cuenca y hacer que encabece el comando sur de la Organización.

La complicidad a la hora de operar era tal que casi con una mirada o un gesto se podía ordenar que se reduzca a alguien. Tal era el grado de compenetración dada la convivencia y el riguroso entrenamiento de este equipo operativo. Había llegado la hora de hacer y ya habían empezado. “Se me hace que fuimos nosotros los que pusimos las rieles para que la Organización camine y se vaya reproduciendo”.⁶⁶

Esa misma noche después de la operación, Arturo y Patricio Baquerizo viajan a Guayaquil, tenían una nueva misión: recuperar la espada del General Eloy Alfaro ya que el 8 de julio estaba planificado que un comando entrara a la sede del Partido Liberal en Quito y se llevara el busto de Alfaro, dos acciones que inauguraban simbólicamente el accionar político militar de la Organización, además de su identidad.

Elena se había adelantado a una pequeña covacha, dónde vivía una pareja de esposos jóvenes que eran los conserjes del local; ella debía mantenerlos distraídos mientras nosotros sacábamos el busto y las fotos de Alfaro, para evitar así el empleo de la fuerza con personas humildes que nada tenían que ver con el liberalismo oligárquico.

Y ella cumplió el papel perfectamente. Para eso fueron suficientes tres frascos de aceite, previamente quitados el papel de la marca; *Elena* convenció a la pareja de conserjes de que estaba promocionando una nueva marca de aceite, y que si le permitían comprobar las bondades del producto, les dejaría de regalo un frasco. Efectivamente, mientras hacían ceremoniosamente la fritura de un huevo, nosotros entramos,

nos hicimos del botín revolucionario y salimos con toda tranquilidad de local.

(...) *Juan* y yo ingresamos al local, nos dirigimos a donde estaba el busto, tratamos de meterlo en una funda que habíamos confeccionado para tal efecto, pero nos habían fallado los cálculos por unos centímetros y no entró, entonces *Javier*, que estaba en la puerta de entrada, tomó el busto y lo metió rápidamente en el carro y trató de camuflarlo. Inmediatamente, *Juan* bajó unas fotografías históricas que colgaban de la pared, y conforme quedaba descubierta la pared, yo dejaba impregnadas con spray las consignas alfaristas que reivindicaban la acción: ¡Alfaro, hemos rescatado tu heredad! ¡Tu ejemplo en pie de lucha! ¡Libertad o muerte!⁶⁷

Fue una acción realmente sencilla pero la recuperación de las espadas suponía algo más de riesgo. El comando Luis Vargas Torres partió de Quito a las 23:00. Lloviznaba por tramos y la carretera llena de baches no disimulaba el sonido de las armas que llevaban en la parte posterior, el metal chocando contra el balde los mantenía alerta y en zozobra. Durante el trayecto, en el desvío de Aloag, los detiene un retén policial: la luz direccional derecha no funcionaba. Los ocupantes de la camioneta temían una requisita del auto. Después de que el oficial pasara la luz de su linterna por dentro del vehículo, el conductor le ofreció diez sucres. Saldado el asunto, continuaron con la consigna de turnarse para dormir la mitad del camino. Arturo dormiría hasta Quevedo para que Patricio converse con el chofer y así entretenerlo. Lo cierto es que Arturo tenía el sueño pesado y jamás se despertó. “Arturo arrimaba la cabeza y se quedaba dormido. Era un tronco. Así que le dije al conductor que le dé no más, que yo me aguantaba todo el viaje”, recuerda Baquerizo, a quien al otro día lo esperaba la noticia del despido definitivo de su trabajo. Para entonces ya nada importaba,

los viajes eran más frecuentes, la Organización demandaba todo su tiempo y el símbolo del alfarismo los esperaba.

El primer intento de tomar la espada de Eloy Alfaro tiene lugar el sábado siguiente a la recuperación económica en el Centro Histórico de Quito, es decir el 9 de julio de 1983, justamente cuando se cumplían cien años de la entrada triunfal del Viejo Luchador a la ciudad de Guayaquil, al mando de un ejército popular. Arturo Jarrín, Patricio Baquerizo, Jimmy Solórzano, Manuel Pérez, Garcín Nazareno y Édgar Frías formaron parte del operativo. Todo estaba listo para que apenas abriera el Museo Municipal de Guayaquil, ubicado entre las calles Sucre y Pedro Carbo, el comando entrara a operar. La inteligencia del operativo estuvo a cargo de los entonces colaboradores de la Organización, Rubén Ramírez y William Ávila (†). Cuando se aproximaban a su objetivo, llega un bus escolar repleto de niños –de entre diez y once años– que se parquea frente al museo. Los infantes entran al recinto. El operativo se suspende.

Antes de emprenderlo nuevamente, dos días después del intento fallido, el 11 de julio, la tragedia toca por primera vez la puerta de la familia Jarrín: el *Boeing 737-200 Advanced* de la aerolínea *Tame*, con matrícula HC-BIG y de nombre Ciudad de Loja, se estrella contra una montaña, apenas a un kilómetro de la pista, cuando intentaba aterrizar en el aeropuerto de Cuenca. Tras la colisión, el fuselaje rodó peña abajo dejando un saldo de ciento diez y nueve personas fallecidas: ocho de la tripulación, noventa y cinco ecuatorianos, once colombianos y cinco estadounidenses. Mónica Jarrín era parte de la tripulación del avión siniestrado. Arturo, clandestino desde que lo acusaron del robo al banco de Lago Agrio junto con su hermano Miguel, envió un emotivo saludo a la familia a través de una grabación magnetofónica, en la que, pese a la serenidad, su voz se escucha lacerada por la tristeza.

Hago un pequeño alto en el trabajo diario, en el trabajo cotidiano que tenemos, para hacerles llegar a todos en casa un saludo muy grande, muy afectuoso, de manera muy especial a papá, mamá y también a todos a Sonia, Octavio, Rodrigo, Bacha, Alexandra y Edwin. Realmente para mí fue muy [ininteligible] conocer aquella noticia en la que se informaba sobre el avión de *Tame* [ininteligible] y del fallecimiento de la inolvidable Mónica. Seguro que aquello debió causar un impacto muy grande en todos en la casa (...) Desde el día en que yo conocí la noticia he pasado pensando y recordando muchas cosas de Mónica y pensando también en el vacío que deja en la casa, ese vacío es muy grande. Entiendo el dolor de perder a una hermana o a una hija pero creo que debemos sobreponernos a ese dolor y seguir siempre para adelante, no dejarnos vencer por las penas, sean grandes o pequeñas. Debemos seguir para adelante. Esto de manera especial para mamá y papá.⁶⁸

La muerte de Mónica golpea emocionalmente al entonces número uno de AVC. Mientras espera el momento del operativo, pasa sus días cabizbajo, silente. En un momento de debilidad busca el oído de un amigo para contarle la pena que lo agobia y encuentra a Patricio Baquerizo. “Me contó lo del accidente en Cuenca y yo solo traté de darle ánimo. Arturo pasó muchos días afectado por la muerte de su hermana y por el estado de sus padres. Él no podía verlos porque estaba clandestino”, recuerda Baquerizo. En su casa el dolor no era menor y su madre le hizo llegar una carta en la que decía que ya había perdido tres hijos, pero que al menos a la una podía ir a llorarla al cementerio pero que de los otros no sabía nada, ni dónde ni cómo estarán. Ante esta observación, Arturo la conmina a la reflexión:

En referencia a lo que nos dice mamá, quiero decirle que en el caso de Mónica cierto es que no contaremos con la presencia física de ella

pero su espíritu, esa voluntad y ansias de vivir, creo que siempre nos acompañará por más que pasen los años. En lo que a mí y a Miguel se refiere, tienen que saber que no estamos tampoco muertos, estamos vivos, estamos vivos y luchando por una causa que es realmente es noble, realmente es justa, realmente es digna, que va a dignificar no solo a un grupo de personas sino que va a dignificar a todo el pueblo y a todo el Ecuador. Desde ese punto de vista, le pido a mamá especialmente que comprenda que no estamos muertos, que estamos vivos, que podemos tener muchas limitaciones, que podemos tener muchas penalidades pero son limitaciones y penalidades propias de las condiciones de la lucha rebelde desarrollada y que no es una lucha que hemos escogido sino que nos han impuesto quienes se benefician de este sistema social.⁶⁹

Pasados los días de la tragedia, el 11 de agosto, a poco que den las 17:00 y antes de que cierren las puertas del museo, el comando que tenía planeado recuperar las espadas entró en acción. Baquerizo estaba en la contención, entra Arturo junto con *El Chino* Solórzano, Jorge Albán, Pablo Morán y –al mando de una camioneta vieja que se apagaba– Víctor Loor.

Putra madre, la memoria no me va a traicionar ahora (...) Yo estaba afuera, con un maletín donde tenía una subametralladora, cuando escucho el ‘chililín’. ‘¡Vesahuevái!’, dije, ya rompieron el vidrio’. La espada de Eloy Alfaro y Pedro J. Montero estaban juntas. Como no sabíamos cuál de las dos era la de Alfaro, Arturo decidió que nos lleváramos las dos, por si acaso. Luego las identificamos fácilmente por la leyenda en la empuñadura: “No me saques sin razón, no me envaines sin honor”. Teníamos el símbolo de la revolución en nuestras manos.⁷⁰

Arturo Jarrín fue quien, en un acto que la Policía atribuyó a “sujetos extremistas, con fines netamente políticos”⁷¹, tomó la espada del *Indio* Alfaro —como lo llamaban despectivamente sus enemigos—. Al agarrarla se dio cuenta de que su mano sangraba, lacerada por los vidrios del mostrador. Envolvió los hierros como pudo en una tela verde y salió del lugar. Al subirse nota que la camioneta color celeste que tenían disponible estaba apagada justo en la puerta del museo. Por más que el conductor bombeaba el embrague, no encendía el cacharro. Don Humberto Pala, celador del museo que había sido reducido en el inicio del operativo, tenía tiempo de levantarse y pedir ayuda. Jarrín se baja de la camioneta y empieza a correr. Guardadas las espadas en sacos de yute, sale disparado por la calle Chile con el peso de la historia chirriando al chocar en el inicio de esta otra batalla. Finalmente, el carro enciende y alcanzan al líder del movimiento, tres cuadras más adelante. Las espadas de Alfaro y Montero iniciaron aquella tarde un inverosímil recorrido que las mantendría ocultas durante 10.606 días, hasta el 28 de enero de 2012.

Llegué hasta el Cristo del Consuelo para dejar las espadas. Imagínate la emoción. Sentir que eso lo había cargado Alfaro y todo. Es más o menos como cuando los católicos van a ver al Papa, o algo así. Las espadas tenían un significado. En la noche, el noticiero *Telemundo*, con Alberto Borges, anunciaba que en pocas horas se descubriría a quienes se adueñaron. Un compa que había participado viene asustado a preguntar y yo le digo ‘no le hagas caso a ese viejo, que van descubrir ni mierda’.⁷²

El comando del FRP-EA dejó un comunicado en el que reclamaba para sí, y para el pueblo, este símbolo de rebeldía. “Las espadas de Alfaro y Montero, que combatieron en los campos de batalla por la libertad, pretendieron ser convertidas en piezas de museo por

los mismos que traicionaron a la Revolución Alfarista”, anunciaba el panfleto. Finalmente, en el cierre del comunicado escribieron el grito de combate que luego, gracias a la influencia mediática, sería su nueva denominación: Alfaró Vive Carajo (AVC).

Las espadas de Eloy Alfaro y Pedro José Montero ya no están guardadas, hoy están a la vista de todos los ecuatorianos en la lucha diaria de los trabajadores, los desocupados, los campesinos, los empleados, los profesionales, los demócratas y antimperialistas, los hombres dignos de un Ecuador que se desangra por la responsabilidad directa de la garra oligárquica y el colmillo imperialista. Las espadas libertarias vigilan la lucha popular, nos llaman a la acción, a la lucha y a la Organización en la aspiración de derrotar a la oligarquía y su amo del norte.⁷³

La recuperación de las espadas, pese a que escandalizó a propios y extraños, no tuvo mayor repercusión política sino hasta el 22 de septiembre, cuando AVC convoca a su primera rueda de prensa. Poco antes de las 6:00, el sonido del timbre de su casa fue para Félix Narváez como el anuncio de algo importante. “Estas no deben ser buenas noticias”, pensó mientras caminaba aún en pijama por el corredor que daba a la puerta de su departamento ubicado en el sector de La Gasca. Al abrir se encontró con un joven de mediana estatura que por todo saludo le mostró una foto en la que aparecían el busto y las espadas de Eloy Alfaro. El diálogo fue breve y, aunque Narváez estaba intrigado, rechazó la oferta de esa perla informativa. Ante la insistencia del joven y la fría presencia de un arma dentro de la gran chompa negra que le cubría el cuerpo, el periodista aceptó, lo dejó pasar a una pequeña sala de espera y fue, temblando de emoción y susto, hasta su habitación para cambiarse de ropas. Antes de salir, tomó un papel y escribió: “No se preocupen. Voy a un trabajo especial y seguramente volveré muy

tarde”. Empezaron a caminar hasta que un Volkswagen conducido por Mireya Cárdena les cortó el paso. Abordaron el automóvil, vendados los ojos del comunicador, emprendieron la ruta que durante semanas habían planificado, alzando el volumen de la radio para que Narváez no se percatara de nada al momento de pagaban el peaje:

Para este operativo, Fausto Basantes y yo nos hicimos pasar por una pareja de recién casados que iba a disfrutar de su luna de miel en el balneario Pululahua. Allí montamos todo lo necesario para la rueda de prensa, incluyendo el busto y las espadas de Alfaro y Montero. Estábamos alrededor de diecisiete compañeros dentro de este lugar. Los periodistas llegaron, tuvimos la rueda de prensa y permanecemos conversando alrededor de siete horas. Al salir, como había tanta gente, le dijimos al dueño del lugar que nos habían venido a visitar unos amigos y que nos habían incomodado, que de todos modos estaba pagado y que los dejara salir en cuanto quisieran. Arturo y los demás compañeros se regaron alcohol sobre la ropa y fueron saliendo de uno en uno. Nadie se dio cuenta de lo que ahí adentro había acontecido.⁷⁴

Félix Narváez fue impedido de publicar lo acontecido en aquella ocasión. Dos días después, recibió una carta de la Organización firmada por *Alejandro* en la que expresaban su comprensión por la censura de la que había sido víctima el periodista por parte del medio en el que trabajaba: Radio Quito, ubicada en el edificio El Comercio. Sus otros colegas, Carlos Vera y Marcelo Cevallos, también fueron conducidos hasta el mismo sector, al norte de la capital ecuatoriana, para escuchar de labios del propio Arturo Jarrín que en Ecuador ya operaba una organización político-militar a la que presentaron con el nombre de Alfaro Vive Carajo Ante la pregunta de parte de Narváez sobre la fecha en la que devolverían las espadas, Arturo contestó:

“Cuando sea liberado política y económicamente el Ecuador, y se convierta en un país democrático. Serán devueltas al pueblo cuando se cumpla su programa”.

El mismo día de la rueda de prensa también se hace pública una carta al pueblo ecuatoriano, que suscribía: “¡Viva la lucha antioligárquica! ¡Por la democracia y la justicia social! ¡Por una patria libre y un pueblo soberano! Montera Alfarista, Juramos vencer. Libertad o Muerte ¡Alfaro Vive Carajo!”, y que en su parte sustancial afirmaba:

Hermanos ecuatorianos: “No me saques sin razón, no me envaines sin honor” nos demanda la espada libertaria de Alfaro. Hoy, hora angustiosa para todos los ecuatorianos y la patria, la razón asiste al pueblo ecuatoriano para desenvainar la espada alfarista y poner fin a la amenaza de la garra oligárquica, causante y beneficiaria del hambre del pueblo y la miseria de la patria, que nuevamente aparece con su furia y prepotencia características, intentando copar el poder del Estado e imponernos, como siempre, un gobierno de palo y miseria que sirva a sus exclusivos intereses.

En la hora presente, el pueblo y la patria exigen el concurso de sus mejores hijos para cumplir con el mandato histórico de que “mientras haya que hacer, nada hemos hecho”, mandato del pueblo, la patria y la historia que exigen a todos los hombres honestos poner el máximo esfuerzo para cumplir con la obra libertaria del alfarismo.

Los alfaristas, hijos de la montonera alfarista e identificados con el anhelo democrático del pueblo ecuatoriano y la vocación libertaria, soberana e independiente del Ecuador, en esta hora angustiosa para el país y su pueblo, empuñamos las espadas libertarias de Alfaro y de Montera para proclamar con orgullo que no descansaremos en

el afán de derrotar a la oligarquía y hacer realidad en nuestra patria la justicia social y la democracia. Empuñando las espadas libertarias, con el ejemplo de Alfaro y la decisión de un pueblo que sabrá responder a quienes estén dispuestos a cumplir la gran tarea de esta época. (...)

El Partido Conservador y los traidores del Partido Liberal no sólo que tienen como insignia el asesinato de Alfaro y del pueblo ecuatoriano, sino que son las raíces más profundas de la crisis actual. El Partido Social Cristiano, el P.N.R. y el C.I.D, ya fueron gobernantes y nada hicieron por el pueblo del Ecuador. Ahora todos ellos se unen para imponernos un gobierno oligárquico y proimperialista. ¿Qué confianza podemos tener los ecuatorianos en Febres Cordero, el potentado de la sal, del trigo y la exportación? ¿Qué confianza podemos tener en individuos de la calaña de Blasco Peñaherrera, colaborador y funcionario de toda dictadura, desde la Junta de 1963, hasta la última dictadura, pasando por el Ministerio de Gobierno en la dictadura de Velasco Ibarra? ¿En 1963 no fue Blasco Peñaherrera uno de los gestores de la Junta Militar y por lo tanto enemigo de Carlos Julio Arosemena? Hoy los vemos juntos y unidos por un proyecto oligárquico y proimperialista. ¿Qué confianza vamos a tener en redentores millonarios que en los últimos años desde la Legislatura nada han hecho en beneficio del pueblo del Ecuador? (...)

El gobierno de Hurtado ha sido cómplice de este puñado de ladrones que se han beneficiado del poder y de la guerra que han desatado en contra de nuestro pueblo. Es la hora de la justicia para las mayorías, es la hora de golpear a los oligarcas e imperialistas en todos los sectores. Las espadas libertarias de Alfaro y Montero les harán pagar todos sus crímenes, robos, especulaciones, enriquecimientos ilícitos, evasión de impuestos e incumplimiento de leyes laborales que cometen y que han cometido.

Las espadas libertarias están vigilantes y serán empuñadas sin vacilación para defender al pueblo y a la patria. Si por las maquinaciones oligárquicas o por falta de unidad antioligárquica se instaurara un gobierno antipatria del Frente de Reconstrucción Nacional, en ese momento estaremos con la unidad de todas las fuerzas antioligárquicas que sean consecuentes con el mandato alfarista de no envainar las espadas sin honor.

Con el ejemplo del General Libertario de América, Eloy Alfaro, con su guía, empuñando las espadas, decimos que no desmayaremos hasta hacer realidad la proclama alfarista del 5 de junio. Luchamos por implantar un nuevo régimen que se levante sobre bases sólidas que ofrezcan garantías de paz y libertad a todos los ecuatorianos a fin de que florezcan las artes, las industrias, la agricultura y el comercio.⁷⁵

La proyección política de la Organización ya vislumbraba el posible triunfo de León Febres Cordero y antes de que se realice la primera vuelta electoral ya enfilaba sus críticas contra él, su binomio y partido. Febres Cordero jamás perdonaría esta afrenta.

Luego de las recuperaciones económicas, los operativos simbólicos y apenas tres días después de la rueda de prensa en la que se anunciara públicamente la existencia de AVC, el 25 de septiembre de 1983, un grupo de dieciseis integrantes de la Organización se embarcaron en el vuelo 922 de la compañía *Iberia*, que cubriría la ruta Quito-Santo Domingo-Madrid-Trípoli. Su destino eran los campamentos que Muhammad Gadafi había acordado con Jaime Bateman facilitar a los revolucionarios latinoamericanos.

Trípoli en esos días era la meca de la subversión. Hombres y mujeres de todos los confines, portadores de todos los “ismos” en que se debatía la izquierda mundial, conspiradores inspirados ante un encuentro de esa magnitud (...)⁷⁶

En tanto los noticieros ocupaban sus espacios con el inicio del quinto periodo de sesiones de la legislatura, con la elección de Gary Esparza como presidente del Congreso, y con la pugna política entre los candidatos más opcionados para alcanzar la presidencia de la República León Febres Cordero y Rodrigo Borja, los revolucionarios que viajarían a Libia se concentraban en las casas de seguridad de La Kennedy y El Inca. La organización del viaje fue compleja, no todos los que debían pudieron ir.

Yo estaba en la lista pero Arturo me dijo que debía quedarme a organizar lo que se venía. La cagué porque empezamos a tener unas reuniones con los grupos de los compañeros que quedaron y empezaron a nacer una serie de discrepancias que luego genera la formación de Montoneras Patria Libre (MPL). Concretamente, con Ricardo Merino, que estaba en Cuenca.⁷⁷

Merino se oponía a la línea de propaganda armada que implementó la Organización después de la recuperación del busto y la espada de Alfaro. Él, proveniente de una formación en el marxismo clásico, quería mantener acciones en silencio hasta lograr un crecimiento a largo plazo de AVC.⁷⁸ Mientras tanto, los demás militantes que viajarían hasta Trípoli cumplían exigentes jornadas en las casas: tomaban precauciones respecto a la seguridad, cocinaban, tenían entrenamiento físico e ideológico, cumplían horarios. Llevaban una vida castrense que los había obligado a separarse de sus familias. Marco Troya salía de aquella concentración para encargarse de algunas tareas encomendadas por *Ricardo*. En una de esas salidas, aprovechó para pasar por su casa materna y despedirse de los suyos. Esa tarde vio cómo su madre lloraba desconsolada cuando le dijo que se iba a vivir a otro lado, ella no podía entender lo que pasaba ni de las proporciones de la acción que iba a desarrollar su primogénito.

Era fuerte la preparación que teníamos antes del viaje a Libia. Salíamos a trotar, pero largo y a buen paso. Nos íbamos de caminata ‘enmochilados’ al Pichincha, ahí pasábamos dos, tres días. Teníamos una *Winchester 30-30* viejita y un *Garand*. Entonces, ahí practicábamos arme y desarme hasta cerrados los ojos. Supongo que no había más que hacer y por eso lo hacíamos vendados, para matar el tiempo.⁷⁹

Los miembros de Alfaro Vive Carajo que ocuparon el avión *Boeing 727* de *Iberia* no sabían del todo quiénes eran, seguían compartimentados, aunque ya se habían visto las caras en algunos operativos. Solo Arturo Jarrín conocía la identidad de todos, él era quien manejaba los pasaportes hasta el último momento. Clareaba la mañana quiteña, el frío parecía difícil de espantar y se confundía con los nervios. Para muchos de los guerrilleros era su primer viaje en avión, otros jamás habían salido del país. En asientos distantes, llevando solamente una maleta de mano, separados unos de los otros, ahí estaban, según los registros de la Policía, Ricardo Arturo Jarrín – que viajó bajo la identidad de Jorge Albán–, Manuel Cerón, Santiago Rivera, Luis Vaca, Patricio Baquerizo, Washington Borja, Pedro Moncada, Jimmy Solórzano, William Ávila, Rubén Ramírez, Edwin Piedra, Rubén Aguirre, Manuel Nazareno, Kléver Espinoza, Julián Alemán, Marco Troya, Pablo Morán y Sacramento Nazareno. Fausto Basantes quedó al mando de la Organización mientras Arturo estaba en Libia.

Cuando se iba a Libia, yo estaba haciendo un trabajo en un barrio. El Arturo llegó a despedirse, a decirme ‘me voy, me voy a ausentar algún tiempo. Salúdame a mamá. Cuídate y continúa con el trabajo’. Me dijo también que les diga a mis papás que cuando regrese buscará la forma de comunicarse y que desde ese momento y por unos meses no iban a tener ningún tipo de contacto.⁸⁰

Al llegar a Trípoli se encontraron con un contingente de revolucionarios de todo el mundo que se alojaba en campamentos ubicados en los alrededores de la capital libia, Belgrado, en pleno desierto. Los planes internacionalistas marchaban con exactitud: el colombiano M-19, el peruano Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) –al mando de Víctor Polay Campos– y el ecuatoriano AVC se juntaron en Trípoli para preparar la rebelión del continente. Ahí nació la Unidad Jaime Bateman Cayón, en homenaje al líder colombiano cuya muerte en un extraño accidente de avioneta había ocurrido el 28 de abril de ese año.

Además de colombianos y peruanos, en Libia se encontraron con militantes panameños, saharauis, congoleños, pakistaníes, afganos, libios y, por supuesto, latinoamericanos de Chile, Uruguay y Argentina. Los meses allá fueron complejos, física y militarmente extenuantes. Arturo se levantaba a las 5:00 de la mañana y tras él todos sus compañeros para hacer preparación física hasta las 7:00. Luego venía el desayuno para empezar con la táctica militar y estudios de terreno. En las noches había reuniones de discusión. “Todo era muy ordenado y muy estricto, pero fue una experiencia bien bonita”, recuerda, con los ojos encharcados, Marco Troya. Acaso fue bonita porque no todo era flexiones y trote y preparación, también los momentos de convivencia les permitían conocerse en otros espacios a nivel humano, sobre todo cuando jugaban fútbol. Para entonces las pasiones de Arturo habían cambiado, seguía cantando “Los campos verdes que yo dejé, bellas historias que nunca olvidaré: tu rostro triste y el brillo de tu piel, cada minuto llorando pienso en ti”, de Jinsop, pero ya su equipo de fútbol no era El Nacional –representante de los militares, que habían gobernado al país en dictadura durante la última década–, ahora decía ser hinchas del Everest, “El ciclón rojo” de Guayaquil.

El Arturo era bien disciplinado y recio. Jugábamos fútbol allá, era bueno. Él jugaba de medio campo y yo le decía “ya, pues, chucha, mete un gol”. Pero él era de los que ponía los pases. En ese tiempo era hincha del Everest de Guayaquil, nadie le creía ni sabía por qué pero era hincha del Everest. También desde esa época yo lo escuchaba cantar a Jinsop: *Los campos verdes* era su canción.⁸¹

Arturo era el primero en levantarse y el último en acostarse. Un día, incluso, quedó en segundo puesto en una carrera de doce kilómetros que se hizo en medio del desierto. Sin embargo, en Libia, los dolores por el reumatismo —que lo perseguían desde sus años universitarios— se agudizaron. Mientras estaba en Ecuador lo combatía comiendo ajo en grandes cantidades y, aunque en Trípoli también había esta planta, la distancia que era necesario recorrer para conseguirla era difícil de sortear dada la rigurosidad del entrenamiento. Sus compañeros recuerdan que hubo noches en que hasta las sábanas le producían un malestar espeluznante. En el campamento hacía mucho calor en la mañana y la tarde, pero en las noches el frío del desierto lo consumía en dolor.

Algo que descubrí de él en Libia fue que el Arturo siempre le encontraba el lado bueno a la gente, siempre encontraba una tarea para la que eras bueno. Hasta de gente uno decía ‘este pobre no va a durar’, él le encontraba el puesto, le encontraba lo bueno, lo que podía hacer. No dejaba escapar a nadie. Pero también era recio, muy estricto. Un día con el Washington Borja no le hicimos caso en una tarea y me dijo: “Estás fusilado”. Yo pensaba ‘este hijueputa, si tuviera un arma me fusilaría’.⁸²

El acuerdo de los libios con Bateman no incluía el entrenamiento, de modo que ahí se dieron formas de resolverlo gracias a los manuales vietnamitas que la delegación del M-19 tenía. Las charlas con los

libios eran pocas aunque también recibieron algo de formación militar. Sin embargo, la comunicación entrañaba una dificultad: el instructor hablaba en árabe, alguien de allá lo traducía al inglés y luego un miembro del M-19 lo traducía al castellano. El batallón ecuatoriano se dividió en tres escuadras: una a cargo de Patricio Baquerizo, la segunda a cargo de Manuel Cerón y la tercera, al mando de Luis Vaca. Arturo era el mando de las tres divisiones.

Uta, eso era súper raro, hermano. En cada intento pasábamos media hora. Pero, además, el libio hablaba cinco minutos, el que traducía al inglés se demoraba tres minutos y el intérprete al castellano decía tres palabras. Nosotros nos preguntábamos quién nos estará mintiendo. Así más o menos pasamos nuestros días.⁸³

La cotidianidad fue acercando a los miembros de AVC y solidificando la unidad internacionalista de los futuros ejércitos populares con los que soñaban. Pese a que tanto colombianos como peruanos tenían su planificación y su formación, cada mañana cantaban el himno de la Unidad Jaime Bateman Cayón, que habían escrito para ese curso de formación, aprovechando las dotes de poeta de algún compañero:

*América Latina se ha levantado
rompiendo las cadenas de opresión
mirando con orgullo el futuro
rompiendo la miseria, el gran dolor.
El camino empezó a ser marcado
Desde el indio con su flecha y cerbatana
Con Tupac Amaru y Galán el comunero
Con los hombres de la historia enterrada.
Adelante Unidad, adelante con las armas al poder.
Viva Alfaro, carajo, viva Alfaro,
cumpliremos, es nuestro deber.*

El curso también incluyó detalles sobre inteligencia y contrainteligencia, elaboración casera de explosivos, fabricación de granadas de manera artesanal, revelado de fotografías, emboscadas urbanas. A todo esto, se sumaba la consolidación de la identidad del grupo, que el alfarismo se meta en la médula de los combatientes fue de las principales preocupaciones de Jarrín.

Los colombianos se levantaban 6:00, 6:30. Nosotros nos levantábamos 5:00 de la mañana, en pleno invierno del norte de África, con temperaturas de dos o tres grados bajo cero y unos vientos que levantaban arena (...) Quien jalonaba eso era la voluntad de Arturo Jarrín. Te digo la plena. Si no está Arturo ahí –y eso tengo que reconocerlo–, muy pocos nos hubiéramos levantado a esas horas. Yo creo que Arturo tenía un espíritu muy estoico, en cuanto a las condiciones del sacrificio, de la voluntad, de la decisión, en eso era incomparable. Con una voluntad política a prueba de todo. Él era el que trotaba adelante, rompiendo el viento. Era fuerte.⁸⁴

Desde ese tiempo, la Organización resolvía sus diferencias a través del consenso, de modo que, a veces, las discusiones políticas se alargaban pasada la media noche y al otro día había que estar listo para ejercitarse. Fue un entrenamiento complejo que sirvió, en unos casos, para fortalecer el espíritu ideológico de los combatientes y ansiar con intensidad la vuelta, o, en otros, para desertar y tener claro que ese no era su camino. “Nos fuimos diecisiete compañeros, de los cuales regresamos a operar solamente once. Los demás parece que se habían ido a pasear no más. Bueno, al menos es un buen porcentaje, ¿no? Peor hubiese sido al revés”, reflexiona Luis Vaca, treinta años más tarde, al recordar ese momento en la humilde casa que habita en la ciudad de Ibarra.

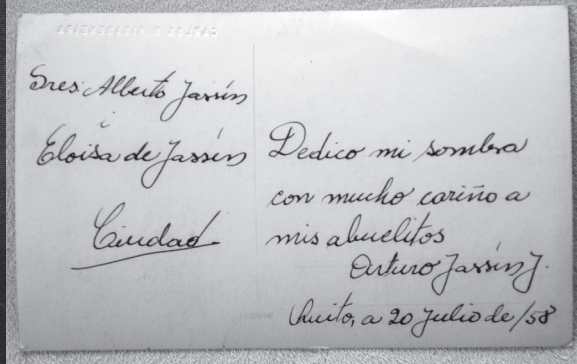
La Policía tenía ya informes respecto de lo que sucedió en Trípoli, aunque de modo muy vago y no siempre con los periodos de tiempo adecuados:

En los cuatro meses que duró el curso, tenían instructores libios que hablaban inglés. El curso tenía dos partes: Técnica Militar y Técnica Política; contaban también con los traductores colombianos: MATÍAS, PEDRO y PEITON. En la Instrucción Técnica Militar les enseñaron montaje y desmontaje de la basuca [sic] RPG7 de fabricación rusa, la subametralladora HKMP5, la pistola Browning, el fusil Fal, la ametralladora GPMG calibre 7.72 de fabricación belga, cómo cebar una carga de explosivos, el uso de TNT, el cordón detonante, las cápsulas eléctricas y manuales, los estopines, el circuito en serie y paralelo; en Instrucción Formal les enseñaron diferentes tipos de emboscadas, patrullaje, trinchera, manejo de brújula. En Instrucción Política estudiaron el Alfarismo en el Ecuador, Historia del Ecuador, Historia de las Luchas Campesinas y Obreras, Política en el Ecuador. Los libros que sirvieron para estos estudios fueron llevados en el primer viaje y, para dictar las clases, se turnaban entre ellos divididos en tres escuadras: Alfarismo, Historia y Luchas Campesinas.⁸⁵

El entrenamiento recibido en la tierra de Gadafi moldeó el carácter de quienes en él participaron, pero también sirvió para que aquellos que no estaban dispuestos a soportar el rigor de la lucha armada se despidieran del proyecto. Quienes volvieron de Libia con la intención de poner en práctica lo aprendido, al cabo de tres años estaban presos o muertos. Iniciaba una nueva etapa para Alfaros Vive Carajo.



Arturo Jarrín cuando cumplía un año. Su madre, Beatriz, tenía a costumbre de tomarles esa foto a todos sus hijos.
Archivo familiar.



Arturo dando sus primeros pasos en el Centro Histórico de Quito, bajo la mirada de su madre. *Archivo familiar.*



Los hermanos Jarrín jugando en el campo con un invitado inesperado. De izquierda a derecha: Miguel, Arturo, Sonia y Beatriz. *Archivo familiar.*



El pequeño Arturo era conversador y preguntón pero a la hora de las fotos... De izquierda a derecha: Miguel, Ernesto Albán Jarrín, Rodrigo, Beatriz y Arturo. *Archivo familiar.*



De abajo hacia arriba y de izquierda a derecha: Rodrigo, Arturo, Ramiro, Fabián, Mariana, Miguel, Beatriz, Vladimir, Mónica, Sonia. *Archivo familiar.*



A la izquierda el pequeño Arturo, junto a Beatriz, Inés, Miguel, Mónica, Rodrigo, la tía Ligia, mamá Bachita, Sonia, Ernesto e Ivonne. *Archivo familiar.*





Arturo momentos antes de hacer
su Primera Comunión.
Archivo familiar.

Mamá Bachita junto a sus
hijos Rodrigo, Miguel,
Beatriz, Arturo y Mónica.
Archivo familiar.



El joven Arturo junto a Ernesto Albán Mogollón. *Archivo familiar.*



Arturo sostiene a un niño entre sus piernas, mientras su amigo Hamet Vásconez (de lentes) sonríe en el vano de la puerta. *Archivo familiar.*



La cautivadora sonrisa de Arturo Jarrín. *Archivo familiar.*



Paola, Arturo y Karina. *Archivo familiar.*



Hasta en los momentos más complejos de su lucha, Arturo buscaba espacios para estar junto a su familia. En esta imagen aparece su abuelo, Alberto, quien le mostró el ideal alfarista. De izquierda a derecha: Alexandra, mamá Bachita, papá Alberto (el abuelo), Sonia, Miguel (padre de Arturo), Edwin, Verónica y Arturo.

Archivo familiar.



Los años juveniles le dieron paso al amor.

De izquierda a derecha y de arriba hacia abajo: Ernesto Guerra, Beatriz, mamá Bachita, Hamet Vásconez, Miguel Jarrín Carrera, Arturo, Mónica y Gladys Mogollón.

Archivo familiar.



Arturo juega con su sobrina Gabriela. *Archivo familiar.*



Los hermanos Jarrín en pleno. De izquierda a derecha y en orden de nacimiento: Ernesto Albán Jarrín, Sonia, Miguel, Arturo, Beatriz, Rodrigo, Mónica, Alexandra y Edwin. *Archivo familiar.*



De izquierda a derecha: Rodrigo (apenas aparece), Miguel Jarrín (padre), Arturo, mamá Bachita, Sonia, Edwin, Beatriz, Mónica y Alexandra. En la foto que sostiene Beatriz aparece Miguel, que entonces estudiaba en Rusia.

Archivo familiar.



Los padres de Arturo. Dueño de una fortaleza y alegría a prueba de todo, Miguel se quedó para siempre en el corazón de la orgullosa Beatriz.

Archivo familiar.





Arturo mientras hace el brindis en la celebración de los 25 años de matrimonio de sus padres.

Archivo familiar.

El muñeco que Arturo usó como correo entre la cárcel y los compañeros que estaban fuera. Le sacaba la cabeza y metía ahí adentro cartas con orientaciones. ©Marco Salgado



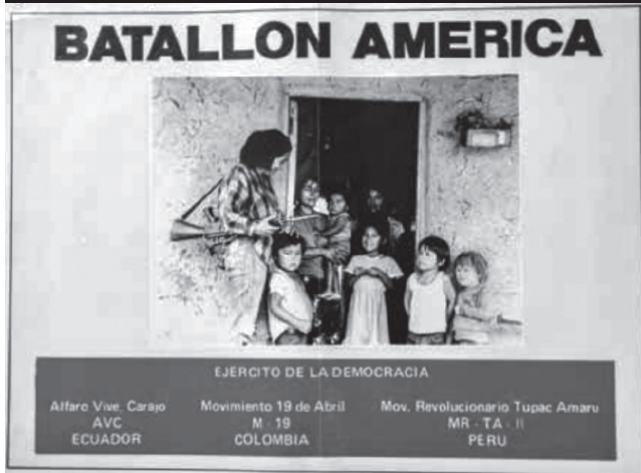
El periodista Carlos Vera, posa junto al busto y las espadas de Eloy Alfaro y Pedro J. Montero, que fueron recuperadas días antes por un comando de Alfaro Vive Carajo.



Miembros de Alfaro Vive Carajo posan mostrando el busto y las espadas de Eloy Alfaro y Pedro J. Montero. Como se ve en la bandera de atrás, su nombre inicial era Fuerzas Revolucionarias del Pueblo Eloy Alfaro. La prensa los bautizaría como Alfaro Vive Carajo y decidieron asumir ese nombre.

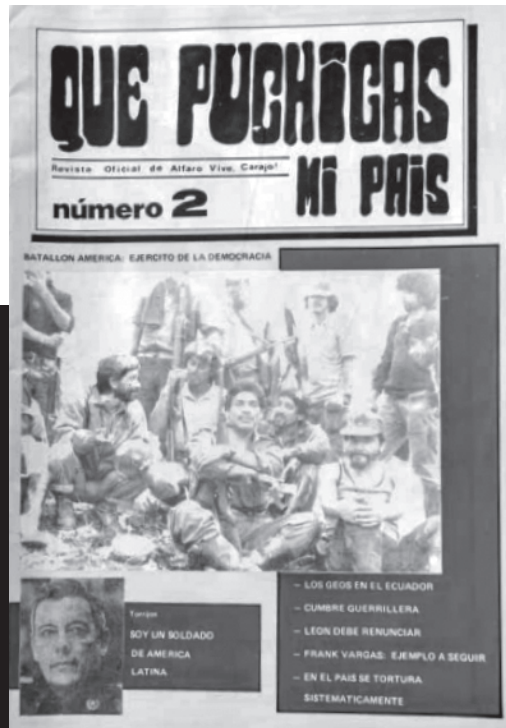


La edición de ¡Qué púchicas, mi país! incluía un poster firmado por AVC, el M-19 y el MRTA. ©Marco Salgado



Portada de la segunda edición de la revista ¡Qué Púchicas, mi país! En ella se recogen las vivencias en el Batallón América.


©Marco Salgado



Familia y amigos despiden a Arturo Jarrín. Su cuerpo guarda las huellas del odio y la sevicia de sus asesinos. *Archivo personal.*



**LUCHADORES
POR LA VIDA**
EN SU HOMENAJE CANTAN
JAIME GUEVARA
SUSANA REYES
SANDRA BONILLA
CANTO BRAVO
HUIPALA



VIERNES 28 DE OCTUBRE 6 P.M.
PARANINFO CHE GUEVARA
ENTRADA LIBRE CODHU

Afiche promocional de un homenaje a los militantes caídos de Alfaro Vive Carajo, al cumplirse 10 años del asesinato de Arturo Jarrín.

Cédula de Ciudadanía de Arturo Jarrín.

REPUBLICA DEL ECUADOR
Dirección General de Registro Civil
Identificación y Cedulación

CEDULA DE CIUDADANIA No. 17-0490256

Nombres: RICARDO ARTURO

Apellidos: JARRIN JARRIN

Nacido el 10 de ENERO de 1. 957

En: QUITO PICHINCHA
LUGAR PROVINCIA

Reg.Civil: Tomo 7dr Pág. 273 Acta 817

Ins. Del Nac. QUITO PICHINCHA 1957
LUGAR PROVINCIA AÑO

Nacionalidad: ECUATORIANA

[Firma manuscrita]
FIRMA DEL CIUDADANO

[Huella dactiloscópica]
PULGAR DERECHO



Estado Civil: SOLTERO

Profesión: ESTUDIANTE

Instrucción: SECUNDARIA

Estatura 1 m 60 cm Cédula anterior No. _____

Individual dactiloscópica 8333312222

Nombre del Padre: MIGUEL JARRIN

Nombre de la Madre: BEATRIZ JARRIN

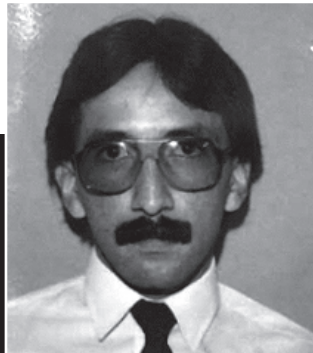
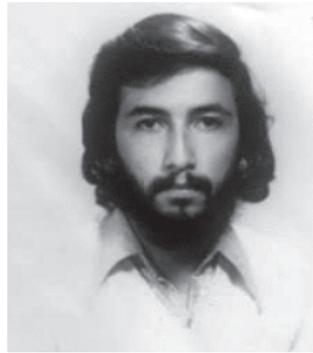
[Firma manuscrita]
FIRMA DE LA AUTORIDAD

Lugar y Fecha: QUITO JULIO 28 de 1975

Válida hasta el: SEGUN DCTO 172 - A

CIUDADANOS
VALOR \$: 10,00

Los rostros de Arturo Jarrín



Capítulo VI

No somos más que historia

*La obra humana es colectiva;
nada que no sea colectivo es ni sólido ni durable.*

MIGUEL DE UNAMUNO, *Niebla*

Mientras todo lo hasta aquí contado se cocinaba debajo de las piedras, el escenario económico del Ecuador no mejoraba, al contrario, parecía hundirse cada vez más en un profundo abismo de endeudamiento externo –para entonces Ecuador debía ya 2.300 millones de dólares–, falta de financiamiento para las hidroeléctricas que suscita un alza en las tarifas eléctricas, el invierno prolongado que causa una crisis alimentaria en el país –especialmente escasea el alimento para los animales de granja–. Por si fuera poco, la proximidad de un nuevo periodo invernal pone en alerta al gobierno y la población que revive el temor ante la escasez de alimentos y la destrucción de los pueblos costeros. Sube el precio del gas a 10,60 sucres la bombona. Oswaldo Hurtado solicita un nuevo crédito de alrededor de 431 millones de dólares. El periodo de la Democracia Cristiana está por terminar y el país sigue endeudándose pero los réditos físicos de esa deuda no logran satisfacer las enormes necesidades que aquejaban a los ciudadanos de a pie.

Los violentos mítines políticos de León Febres Cordero pregonaban orden, paz y trabajo, pero metros atrás de las tarimas sus guardaespaldas trataban violentamente a quienes se oponían a la candidatura del representante del Frente de Reconstrucción Nacional, movimiento en el que confluyó lo más rancio de la derecha ecuatoriana: el Partido Liberal, el Conservador, restos agonizantes del velasquismo, del Partido Nacionalista Revolucionario y del Partido Social Cristiano. “Salvar al Ecuador del comunismo” era a consigna que Febres repetía, siguiendo el manual de la CIA, que por entonces dictaba la política y financiaba las campañas de derecha en América Latina. Su oponente, Rodrigo Borja Cevallos, era constantemente acusado de comunista.

En tanto esto sucedía, AVC continuaba su trabajo. A finales de 1983, el 27 de diciembre, un comando de la Organización recuperó alimentos preparados de un local de la cadena *Kentucky Fried Chicken* para entregarlos a los obreros de las fábricas *Valls Marti*, *Cyrano* y *Lacman*, que se encontraban en huelga.

Nos solidarizamos así con la lucha de los trabajadores, que no pudieron celebrar tranquilamente las Navidades en sus hogares, porque estaban definiendo sus derechos de mejores salarios y estabilidad en sus puestos de trabajo. Con esta acción, los alfaristas renovamos nuestra decisión de luchar por una Patria libre y soberana donde todos los niños tengan acceso a la educación, a la salud, a la recreación. Una nueva Patria donde la Navidad sea la fiesta de la alegría y regocijo para todos los hombres, mujeres y niños de nuestro país y no de unos cuantos afortunados.⁸⁶

El 29 de enero de 1984, 2,2 millones de ecuatorianos acudieron a las urnas para darle la victoria al binomio de Rodrigo Borja y Aquiles Rigail, con un 28,7% de los votos. Al no alcanzar más de la mitad de

la votación fue necesaria una segunda vuelta en la que se enfrentaban Borja y Febres Cordero. El socialcristiano se impuso al representante de la Izquierda Democrática con un margen de apenas 3^o%.

Para nadie es un secreto que en muchas empresas del Ecuador a sus trabajadores se les señaló el día viernes víspera de las elecciones del 6 de mayo, que si ganaba Rodrigo Borja, era mejor que el lunes no regresaran a la empresa pues la empresa cerraría sus puertas y ellos se quedarían sin trabajo.⁸⁷

Mientras las amenazas de la oligarquía ecuatoriana se cernían sobre las cabezas de los trabajadores, AVC les mostraba su respaldo y los convocaba a sumarse a su lucha. El 1 de mayo de 1984, después de su tradicional marcha, los obreros capitalinos se concentraron en la plaza de San Francisco, en el centro de la ciudad. *Óscar*, como se hacía llamar en ese momento Rubén Ramírez, sube las escaleras del Hotel Sucre, que estaba ubicado en la esquina sur de la plaza. Junto con Manuel Cerón, Santiago Rivera y un hermano de Fausto Basantes, despliegan un telón gigante que decía “A derrotar a la oligarquía / Alfaro Vive Carajo” acompañada de la fotografía del General Alfaro.

Cuando salimos, después de desplegar la bandera, nos agarran unos “pesquisas” –que era como llamábamos a los agentes vestidos de civil– y nos llevan a una oficina de seguridad política. No nos torturaron pero nos sacaron la madre con ejercicios. Yo les dije que soy costeño, pasaba por ahí, me ofrecieron un billete para que les ayude a bajar una tela y ya, pues, que no sabía nada. Ellos no me creían, me decían tú estás en algo grave, esto es peligroso, no te metas ahí. Después nos mandaron al CDP y completamos quince días detenidos por una contravención.⁸⁸

Dos días antes de que se diera esta elección, el 6 de mayo, un comando de Alfaro Vive Carajo se tomó las instalaciones de la Agencia EFE para transmitir un mensaje llamando a votar por Rodrigo Borja y en rechazo a la candidatura de Febres Cordero, a quien consideraban nocivo, oligárquico e irracional. AVC había llamado en septiembre de 1983 a “conformar de inmediato, con las fuerzas populares, sectores sociales progresistas, organizaciones populares y partidos democráticos, un gran frente antioligárquico”. Llegó la hora de hacerlo realidad.

El 24 de mayo de 1984, cuando se conmemoraban tres años del asesinato del presidente Jaime Roldós Aguilera, explotó una bomba panfletaria tras de la cual volaron por los aires las páginas de un juicio que hizo la Organización contra los asesinos de mandatario. En esta cartilla declaraban como juez al pueblo ecuatoriano, en tanto que “los acusadores particulares: los deudos de Jaime Roldós, el escritor perseguido Jaime Galarza Zavala y la Organización Alfaro Vive Carajo”. Como abogado defensor fungía la oligarquía ecuatoriana y los sindicatos: Ronald Reagan, presidente de los Estados Unidos, la CIA, el gobierno de Oswaldo Hurtado. Los encubridores, la administración de justicia ecuatoriana. La sentencia, esgrimida en seis puntos y escrita en máquina de escribir, sostiene una consigna que poco más adelante se haría realidad:

(...) Hacer un llamado de atención al gobierno norteamericano, a la CIA, al Comité de Santa Fe y al Pentágono (...) Llamado de atención para que entiendan que en el Ecuador existe un pueblo que no está dispuesto a seguir siendo su esclavo y que con el ejemplo del General Eloy Alfaro está dispuesto a entregar sus mejores hijos para detener los planes imperialistas en cualquier parte de América Latina y del mundo, donde pretendiera desarrollar guerras injustas y cobardes contra pueblos hermanos.⁸⁹

La Organización no se equivocaba al señalar a quienes infiltraron la política y los aparatos de seguridad del Ecuador. En el gobierno de Hurtado ya la persecución en contra de Arturo Jarrín era importante, pero con Febres Cordero las condiciones se agudizaron. Para AVC el triunfo de la ultraderecha significaba tener que acelerar todos sus movimientos y adelantar a meses un trabajo que tenían planificado hacer en años. El ambiente era tenso a nivel popular, dadas las profundas secuelas que dejaron las movilizaciones sociales que con violencia enfrentara en sus últimos meses el gobierno demócrata cristiano.

Los operativos de la Organización continúan: decenas de jóvenes son atraídos por la imagen del grupo subversivo, quienes han estado por fuera formándose en las guerrillas de Centroamérica regresan y se empiezan a sumar a la lucha, la propaganda adquiere cada vez más importancia. Los primeros ejemplares del periódico *Montonera* –órgano oficial de Alfaro Vive Carajo– aparecen misteriosamente debajo de las puertas de los barrios populares: la suma de ocho páginas de papel periódico en tamaño A4, que contiene análisis de la realidad ecuatoriana, anécdotas de los alfaristas, reflexiones en torno a la necesidad de la lucha armada, consignas y tareas para el pueblo. De *Montonera* se publican cerca de cuarenta ediciones, en varias de ellas se realiza un homenaje a los caídos.

Era todo un operativo. Nosotros trabajábamos en algunas etapas del periódico, desde conseguir papel, la impresión, a veces los gráficos y, por supuesto, la distribución. Esto se hacía de modo sencillo, ahí empleábamos a los militantes que iniciaban recién su camino en AVC. Alguien hacía de campana, vigilaba que no venga la Policía y alertaba si veía algún movimiento sospechoso, mientras tanto dos compañeros empezábamos con la distribución del *Montonera* por debajo de los

portales. De modo que la gente se levantaba en la mañana y veía que a su casa había entrado, de algún modo, la Organización.⁹⁰

Antes de despedirse de su gobierno, Hurtado se lleva un preciado trofeo que buscaba desde que Arturo Jarrín firmó la carta de salida de la Democracia Cristiana pero que entraría en su recta final la mañana del jueves 14 de junio de 1984. Ese día, Alfaro Vive Carajo había planificado una recuperación económica en el Banco del Pacífico de la Villaflores, un barrio ubicado en el sur de Quito. Quien comanda ese operativo es *Ángel*, seudónimo de Arturo en ese momento. El comando ingresa, uno a uno, toman sus posiciones. Ante un gesto de *Ángel* inicia el operativo, se cierra la puerta y quienes operan cumplen su función. En el fragor de la situación todo parecía ir sobre ruedas hasta que algo sucede, hay un descuido y un guardia logra escapar de la fugaz retención. Él se escabulle en una pequeña tienda aladaña al banco y alerta a la Policía que empieza a rodear el sector.

El operativo se hace, salimos. Yo no conocía la ciudad y tenía que seguirlo a Santiago Rivera, que era de Quito y sabía por dónde ir. Sin embargo, falla la serenidad. Salimos en el primer carro y al hacer el cambio al otro auto de salida, Santiago no lo ubica. Yo empiezo a seguirlo, con una funda de plata en la mano. Nos metimos por entre las casas del barrio y llegamos a una tienda, compramos unas fundas para cambiar el dinero ahí, tomamos una cola y justo entra un tipo a decir que quiénes somos que por qué hemos pasado por dentro de su casa, que va a llamar a la Policía.⁹¹

Patricio Baquerizo junto a Marco Troya escuchan espantados —en una radio de onda corta que intervenía las comunicaciones de la Policía— e imaginan como una película todo el operativo policial que se desplegaba en contra de sus compañeros, conjeturando soluciones pero impotentes en su casa de seguridad —a la que llamaban La Esperanza—

ubicada en el sector de la Biloxi, también en el sur capitalino. Ellos escuchaban por qué calles se movían las patrullas. Ramírez, viendo la reacción del hombre que los increpaba, le pide a Santiago Rivera que huya con el dinero de la recuperación, desenfunda su arma y los hace retroceder, reduce al ciudadano y a los dueños de la tienda, espera unos minutos hasta que se aleje su compañero, baja la puerta enrollable –que no llega al piso porque le estorba una jaba de cervezas– y sale corriendo. Para su sorpresa, Santiago lo esperaba en la esquina. La Policía está cerca, Ramírez se queda en la contención y Rivera sale corriendo, pero es tarde: los agentes lo aprehenden. *Óscar* empieza su propia retirada, huye por entre los escondrijos del sur pero de pronto, por su desconocimiento de la ciudad llega a una calle sin salida.

Cuando me veo en esa calle sin salida, trato de escapar pero la Policía ya me rodea. Yo les grito que si ellos dejan de disparar, dejo mi arma o, si no, ahí seguíamos. Entonces, ellos me dijeron que sí que me respetaban la vida y dejaban de disparar pero que dejara el arma en el suelo. Lentamente, voy bajando mi pistola, y ahí fue que ellos se me abalanzaron y, de una, al tarro.⁹²

El grupo que rompió el cerco llegó a la casa de La Mena. Uno tras otro fueron apareciendo Luis Vaca, *El Chino* Solórzano, Fausto Basantes, Manuel Cerón y Arturo Jarrín que, al tanto de lo que acaba de suceder, da instrucciones para que el dinero se guarde. A nivel económico fue un operativo importante para la Organización pero a nivel político y de estructura resultó devastador: en primera instancia caen presos Rubén Ramírez, Guido Llamuca y Santiago Rivera. En la fuga del lugar, Arturo Jarrín y Fausto Basantes dejan escondido el dinero por la cima de la Libertad y, ya sin evidencias, vuelven a la casa de seguridad. Fausto dispone limpiarla y emprender la retirada hacia una casa que supuestamente ninguno de los tres capturados conocía.

De modo que recogieron todo lo que podía incriminarlos y, ya entrada la noche, salen hacia a una casa en el norte de la ciudad, en Cotocollao, donde vivía Consuelo Benavides. No se trata de una casa de seguridad sino del domicilio de la joven contadora. Ansiosos por dentro pero calmados exteriormente, Manuel Cerón, Patricio Baquerizo y Jimmy Solórzano se acuestan a dormir en la segunda planta de la residencia.

Es jueves 14 de junio de 1984. Dos de la tarde. Algunas radios interrumpen sus transmisiones regulares y con grandes anuncios emiten al aire: “Flash informativo, noticia de última hora: espectacular asalto al Banco del Pacífico de la Villa Flora en Quito. Los asaltantes se llevaron varios millones, la policía los tiene cercados, pronto más informaciones”. En la noche, la radio y la TV repiten la información y señalan que “han sido detenidos tres individuos, los mismos que están siendo investigados profundamente”. Dejan ver sus rostros por la TV, están sangrando y se les ve golpeados. A pesar de ello, reconozco sus rostros. Con certeza me convenzo que dos de ellos son miembros de la Organización. Pena, ira, rabia, era un sentimiento difícil de describir. Enseguida me pregunto ¿qué puedo hacer?⁹³

Nada hay que pueda hacer. Dentro de las instalaciones del Regimiento Quito, los tres detenidos eran sometidos a innumerables torturas. Rubén Ramírez intentó usar la misma coartada del despliegue del telón en San Francisco y eso lo mantuvo por un tiempo pero sus compañeros empezaron a dar datos.

Ni bien vas llegando empieza la garrotiza interminable y, de una vez, te empepan [desnudan]. Esa es una cosa que hasta ahora no logro superar de ese tiempo: el estar todo el día desnudo, sin tu ropa. Hasta ahora, me pongo un calzoncillo y ya me siento protegido pero desnudo no eres nada. Y así nos tenían antes, durante y después de la tortura.

La noche se vuelve más espesa y la electricidad en el cuerpo,

los ahogos en tinas de agua sucia y el gas lacrimógeno en los ojos, van haciendo mella en los detenidos. Guindados de sus pulgares, recibiendo descargas eléctricas, palazos en el cuerpo, patadas, endureciendo los músculos mientras intentan adivinar de dónde vendrá el próximo golpe, víctimas de la tortura, en fin, Rivera y Llamuca dieron direcciones, nombres, casas... Al pasar unos segundos junto a Ramírez, Guido Llamuca le susurró: “Ya no aguanto, hermano, ya no doy más. Me están sacando la puta”. Un policía que recién llegaba al turno de la noche, observa a Rubén Ramírez que está en el suelo lastimado pero sin golpes visibles en el rostro. “¿Y? A este hijueputa no le han hecho nada. Ya vengo por vos”, amenazó el policía. Ramírez, con el poquito de fuerza que le quedaba después de la tortura, empezó a golpear su rostro con el cemento hasta reventar uno de sus pómulos. Quizás así se detengan, quizás así no se cumpla la amenaza.

En el norte de Quito, Baquerizo, Cerón y Solórzano intentaban, con dificultad, conciliar el sueño, pensando también en sus compañeros detenidos, en lo que estarían pasando. Después de mucho cavilar, cierran los ojos y se dejan arrastrar por el cansancio sin sospechar que uno de los detenidos sí conocía la casa de Consuelo Benavides. Quizás sin saberlo, uno de los detenidos los había entregado:

Yo siento es que prenden la luz y me quitan las cobijas. Cuando quiero reaccionar me levantan y tras, tras, rastrillan armas (...) En ese momento mi cerebro empieza a actuar a cien kilómetros por hora. Traté de mantener la calma y escuchar qué decían para empezar a armar mi mentira, ganar tiempo. Cuando me preguntan el nombre yo les digo ‘Jaime Fernández’. ‘Qué haces aquí’, me dicen. Y yo les digo ‘estoy de visita, ¿por qué me apuntan?’. Y *El Chino* haciéndose el pendejo y Manuel también. Les dije que yo estaba ahí porque tenía que hacer un papeleo en el registro civil y yo conozco a la dueña de casa que me dio posada. Me preguntaban por *El Chino* y Manuel. ‘Yo

no los conozco', les dije. Hasta que llegó un capitán y me preguntó cómo se llamaba la dueña de casa. Ahí sí no supe, sabía el nombre de combate de Consuelo Benavides, que era Consuelo mismo, pero yo no lo sabía. Ahí se dieron cuenta y nos llevan al SIC a Consuelo, sus dos sobrinas, Jimmy, Manuel y yo.⁹⁴

Nadie, excepto los que cayeron en ese operativo policial, sabía que la casa de Cotocollao había sido entregada, que la Policía había allanado el lugar. En la madrugada del 15 de julio, Luis Vaca, Fausto Basantes y Arturo Jarrín van en busca de Consuelo para emprender la tarea de conseguir abogados e intentar sacar a los compañeros que cayeron. El reloj de pulso que llevaba en su mano izquierda marca las 4:30 de la mañana. Al llegar al condominio, con el frío dándoles en el rostro como un látigo al bajar del auto, Luis sospecha que algo raro está pasando allí: la puerta del condominio está entreabierta, sugiere que se regresen pero Arturo ya estaba saludando: “¡Buenas noches!”, gritó sin recibir respuesta. Empieza a subir las gradas. Luis se queda al pie de la escalera. La puerta está sostenida por un sillón, la empuja y encuentra la casa desordenada: ropa, cartones rotos, libros, cuadernos, cobijas jabones, muñecas, todo por el suelo. Camina con lentitud, midiendo sus pasos, buscando explicaciones en medio del desconcierto. De pronto, gira la cabeza hacia su izquierda y se da de bruces contra el cañón de una carabina sostenida por un agente. Otro le apunta desde la puerta de un cuarto. Percibe el miedo en los ojos de los policías, están nerviosos. Preguntan por el dinero, por las armas, que si vino solo, que cuántos más faltan. Tras cada pregunta recibe un golpe, se niega a hablar si no es en presencia de un abogado.

Nosotros estábamos sin armas, sin nada: estábamos lluchos. Cuando escucho que le dan la voz de alto, cogí, me di media vuelta y salí, no más. Yo pensaba, ahora que el guardia de la puerta no me abra, me friego. Antes me abrió, no más, y más allá me estaba esperando

el Fausto. Le dije ‘vamos, hermano vamos, no más, que el Ricardo cayó’. Así cayó el *Ricardo*, como novato. Y nosotros sin armas. ¿De andar armado, no? ¡Qué huevones!⁹⁵

Buscaban armas en sus bolsillos, en el cinturón, entre las piernas. Sobrevienen los golpes con culatas. Arturo permanece callado hasta que ve que uno de los policías abre un libro de Simón Bolívar. Entonces, pregunta si lo ha leído. Explica los ideales que perseguía el Libertador. “Ya vamos a ver si en el SIC estás tan machito”, escucha que le dicen, mientras ponen una pistola a cinco centímetros de su cabeza. Al lugar ingresan al menos una decena de agentes vestidos de civil que siguen las órdenes de alguien a quien llaman “mi capitán Vaca”, que lo mira con desprecio desde su posición de poder y autoridad.

- ¿Vino solo?

- No, estuvo acompañado.

- ¿Y qué pasó con los otros?

- Era uno y se fue corriendo.

- Qué lástima. Por lo menos era que le dieran un tiro. Con éstos no hay que tener reparo. Y estito –se refiere a mí– ¿les causó problema o estuvo tranquilo?

- Tranquilo, mi capitán. Pero está hecho el machito y no quiere hablar.

- Esperen y van a ver lo que le pasa.

Se dirige a mí nuevamente:

- Los héroes ya se acabaron. Ahora sólo hay pendejos que se dejan maltratar mientras otros gozan de la plata. ¿Tú sabes que ya todos están presos? También ya hay desaparecidos. Pronto a vos también te haré desaparecer.⁹⁶

Sin dejar de golpearlo, le atan las manos con una cuerda. Lo dejan descalzo y lo obligan a caminar. En medio de los gendarmes y como en una procesión, sale sintiendo el frío del piso en los pies. Observa cómo se llevan libros, cobijas, joyas y dinero de la familia. Las llamaban “pruebas” y se reían cada vez que alguien tomaba algo. Mientras camina, más patadas, más puñetes en el cuerpo y en el rostro. Arturo no mira al suelo sino al frente, con sus ojos detenidos en un punto fijo, pensando en Eugenio Espejo, Eloy Alfaro, Luis Vargas, José Montero, Milton Reyes y cientos de hombres y mujeres de todo el continente que han dado hasta la vida por sus ideales. No quiere compararse con ellos pero no deja de pensarlos. Por un momento, cierra los ojos y viene la imagen de su madre, de su padre y hermanos. Le han dicho que también los llevarán detenidos y que los torturarán frente a él. Guarda silencio. En tanto sube a la camioneta que lo transporta al SIC, las amenazas crecen y la fuerza de los golpes, las preguntas, todo se incrementa. Guarda silencio. Sabe que lo llevarán al cementerio de los vivos. La camioneta se detiene. Suena el claxon. Se abren las puertas del infierno.

Capítulo VII

Son los sueños, todavía

El amor fraternal se basa en la experiencia de que todos somos uno.

ERICH FROMM, *El arte de amar*

Beatriz Jarrín preparaba la mesa para el almuerzo familiar, apuraba sus movimientos para que el más pequeño de sus hijos, Edwin Leonardo, hallara la comida lista y así pudiera alcanzar a jugar su partido de la tarde. Sin embargo, ese día algo había en el aire que la inquietaba, algún resplandor en el sol, algún viento fuerte que chocaba contra las ventanas de la casa de La Magdalena, que entrañaban un presagio. Arturo había vuelto a casa pero por momentos, por días. Tomaba ropa, pedía medicinas de la farmacia de su hermana Sonia o alimentos que no se necesitaran en casa y se los llevaba a quién sabe dónde. Nunca dijo nada. Beatriz, inquieta por la sensación, prendió la radio y empezó a escuchar las noticias. Supo entonces que el electo vicepresidente Blasco Peñaherrera creía que el aumento del número de estudiantes en la universidad era un problema, que el Fondo Monetario Internacional preparaba un préstamo de 164 millones de dólares para el Ecuador, que ante la crisis el gobierno estudiaba una nueva devaluación del Sucre y que la Comunidad Económica Europea reducía los aranceles de importación a treientos veinte productos ecuatorianos. Nada de eso llamó su atención, sabía que la cosa estaba mal. De pronto, detienen la programación, y los periodistas informan del asalto al Banco del

Pacífico de la Villaflora: hay tres detenidos, la Policía investiga. Beatriz cierra los ojos, suspira, lanza una bendición al aire, buscando a su hijo y sigue con su tarea.

Los muros del Regimiento Quito No. 1 son suficientemente altos y anchos, a través de ellos no entra ni sale ningún ruido, grito, eco de algún golpe, llanto, pero tampoco alcanzan a entrar las bendiciones. Arturo lo sabe, espera. Los golpes no han cesado desde que llegó: a los puños le siguen las patadas y a estas un palo. Le preguntan su nombre. *Ángel*, responde. No sospechaba que podía haber otros seres humanos que disfrutaran de infringir dolor a su semejante. Pero sí. Tras cada nuevo golpe hay risas, humillaciones, burlas. Quiere decir algo pero le ponen una bola de periódico en la boca, llenan una funda con gas lacrimógeno, le envuelven la cara con ella. Respirar es una condena. En medio del caos escucha el grito de uno al que llamaban *El Abuelo*, un tipo déspota y sanguinario, con una frialdad para torturar que asustaba hasta a sus superiores. Arturo mira a su alrededor y reconoce a aquel que habló. Calla.

“Cuando quieras hablar mueves la cabeza, sino, ahí mueres asfixiado”, me dice alguno, mientras otros me desgonzan. El uno me tira de los brazos hacia atrás (las manos siguen amarradas) y el otro de las piernas. Mientras tanto *El Abuelo* me da golpes con palo y puños a la altura de los pulmones. Siento la asfixia, el aire me falta, la funda suda y se pega al rostro, siento y quiero desfallecer, pero me quitan funda, ¡qué alivio! Uno de los tantos que me “investiga” (para hablar en lenguaje oficial y gubernamental), parece que se pone histérico. Agarra un palo y me cae a palazos. Otro le acompaña en su histeria y, jalándome del pelo, golpea con fuerza mi cabeza con el filo de una silla. Lamentan que este pendejo no hable. Me aconsejan:

“de gana te vas a hacer maltratar más, habla, colabora y nosotros te ayudamos en el informe”. Traen una foto para que reconozca a los que ahí aparecen. Yo a nadie conozco.⁹⁷

A empujones lo sacan del lugar en el que lo maltratan, pasa por el patio, mira el sol, quisiera sonreír y alegrarse por el calor. No se lo permiten. Cruza el patio y baja unas gradas que ya anuncian lo helado del calabozo que empieza al pie del graderío. Ahí están otros presos, su aspecto es similar al que él debe tener en ese momento, imagina: llenos de moretones, desgarrados, estrujados en el alma y el cuerpo, con la mirada sombría, asustada. Caminan por el piso tapizado por manchas de sangre hasta llegar al estanque que se encuentra al fondo. El olor pútrido de la tinaja es el anuncio de lo que vendrá. Lo obligan a desnudarse.

Con la camisa que llevaba puesta me amarran los tobillos, después de haberme hecho sentar en el filo del tanque y de haberme amarrado otra vez las manos. Mientras lo hacen, no paran los golpes, los gritos, ni las exigencias de que hable. Luego sacan una soga de una de las paredes de los “servicios higiénicos”. Hacen una amarra a la camisa, la tiran hacia arriba de tal manera que atravesie la viga para hacerla rodar. Con amenazas y anuncios de algo fatal, el tipo alto, de bigotes, empieza a jalar la soga hasta dejar mi cuerpo “patas arriba” sumergido en el tanque. Entre tanto, hay golpes en las piernas. Dos manos me sujetan del pelo para que no intente sacar la cara de ese tanque de agua sucia. Abren la llave. El ruido del agua surte un efecto psicológico, desesperante. Es horrible, siento que me ahogo, el instinto me hace flexionar el cuerpo pero hay manos y un palo que me obligan a permanecer en el agua. Cuando casi estoy desmayado, jalan cuerda para que salga el rostro del agua; vuelven los gritos, las puteadas, las preguntas.⁹⁸

Todo es borroso, vomita. La desesperación por la asfixia es tan fuerte que ya no siente el dolor de los palazos. Le gritan que se vista. Toma la camisa, se la arranchan. Toma el pantalón y a tientas se lo pone. Todo es borroso. Camina firme aunque siente el dolor en cada paso. Otra vez pasa el patio y sube unas escaleras de madera, el piso cruje y huele a aceite quemado. Al pisar, las tablas se quejan. Un policía que camina a su lado le anuncia que aquí viene lo peor, que nadie aguanta más de diez minutos, que debe hablar si no quiere que lo maten. “Por última vez, habla, maricón, o verás lo que les pasa a los héroes”, le grita *El Abuelo*. Calla. Dos agentes le quitan la chompa y empiezan a envolverle una tela roja en los dedos pulgares. Entre ellos atraviesan un cordón de zapatos. “Tranquilo, si pasas de esta, tenemos ocho técnicas más para que hables”, escucha con pavor. Mira a su alrededor, ve las caras ansiosas de los guardias. Huele la adrenalina en sus movimientos, el hambre en sus bocas.

Tengo las manos atrás. Veo que de la escalera sacan una sogá, la atraviesan por unas vigas y la amarran a los pasadores o a la franela, no sé. Jalan la cuerda. Siento que los brazos se me van. Otra vez los gritos y preguntas: “¿Dónde está la plata? ¿Dónde está el carro? ¿Qué, eres sordo que no oyes?”. Con furia en los ojos, dándome palazos, son cuatro o cinco los que me golpean.⁹⁹

Ya no siente los brazos, pero el dolor en los hombros se vuelve insoportable. Entra a escena un enano que aún sin conocerlo lo mira con odio. Tiene enanismo pero es pesado. Con sus escasos centímetros salta sobre el cuerpo guindado de Arturo. Siente que pronto arrancarán sus extremidades pero el delgado tórax es resistente, se niega a desintegrarse, las células se mantienen unidas, la piel soporta. Escucha risas, insultos. El lánguido cuerpo aún siente el dolor de los golpes que le propinan en el abdomen, en el pecho, en la espalda. Calla. Sus captores enfurecen, no han podido sacarle una palabra. Cansados del

maltrato, lo bajan, lo esposan y de vuelta por el corredor. Un tipo de bigotes, alto, fornido, lo agarra del cabello y golpea su rostro contra la pared. “Ya vas a ver cómo terminan los héroes”, le grita antes de encerrarlo en un cuarto oscuro y maloliente. Se van “los malos” y es turno de “los buenos”. Un tipo al que no alcanza a definir le dice “Ve, habla. Yo te doy la libertad pero dime dónde está la plata, dónde está el carro y dónde tienen las armas”. El silencio es la única respuesta que obtiene y deja de ser bueno: pisa los pies descalzos del detenido, los pisa con saña, con rabia. Termina por patearlo. Se va. Arturo sabe que su cuerpo no resistirá mucho tiempo, que el poquito de fuerza que le queda le servirá para poder mantener el silencio, pero la jauría no está saciada y viene por más. Regresa al cuarto donde estaba guindado y mira a Consuelo Benavides frente a la sogá. La van a guindar. Lo chantajejan. Calla.

Son feos esos momentos. El corazón se calienta hasta arder y la cabeza se enfría como el Polo Norte. Veo que la guindan. Oigo sus primeros gritos, también le dan palazos, le preguntan de la plata. Ese llanto duele en la razón y en el corazón. Uno de ellos grita: “sácale el pantalón y el calzón para verle a esta gran puta”.¹⁰⁰

Lo sacan de la habitación, escucha los alaridos que da Consuelo. Ella nada tenía que ver en la recuperación del banco, estaba con sus sobrinas en casa. Se pregunta por qué está ahí. Lo arrojan al piso con violencia y allí se queda, como si de un bulto se tratara. Aprieta los dientes que aún le quedan y alguna lágrima de impotencia se escabulle por entre los moretones y la sangre que le tiñe el rostro. Escucha a alguien a quien sus subalternos llaman “mi capitán Vaca” que hará varios partes policiales para que vean “la eficacia de la institución”. Empieza a recitar los nombres de los detenidos y escucha uno que le duele más que todas las heridas y los golpes juntos: Beatriz Jarrín.

Las clases en el Jardín de Infantes Lucía Albán de Romero, ubicado en la ciudadela La Ecuatoriana, van con normalidad, los niños juegan, pintan, arman rompecabezas, cortan papeles de colores, se llenan las manos de pegamento y escarcha. Beatriz trabajaba también con normalidad, hasta que un comando de la Policía llegó preguntando por ella. Mientras la llevaban detenida, se preguntaba qué pasó, qué salió mal, qué decir. No llegaba aún el mediodía del soleado 15 de junio de 1983, cuando entre insultos atraviesa las puertas del Regimiento Quito. Pese al vértigo en el que la llevan, con la cabeza inclinada, un vendaje improvisado con su propio saco, ella alcanza a distinguir la apocalíptica imagen del general Édgar Vaca. Bacha sabía del operativo del Banco del Pacífico y tuvo la certeza que todos tenían: alguien cantó. Hasta ahora no sabe lo que ha pasado, quiénes son los detenidos. Los golpes también se ciernen sobre ella, le piden que hable que diga nombres, que quién es Arturo Jarrín, le muestran fotos. Debía decirles que era su hermano. La jauría ríe y le muestran al hombre de la foto.

Yo entonces no lo sabía, pero resulta que Arturo estaba detenido y con otro nombre. A él lo habían estado golpeando para que diga su verdadera identidad. Después de un rato, lo sacan al patio, súper golpeado, y me dicen ‘él es el que está en la foto’. Yo me sentí mal porque pensaba que lo había traicionado. Para mí fue una carga que he tenido muchos años. Después a él lo golpeaban delante de mí y a mí delante de él. Ahí lo vi al Patricio Baquerizo, Consuelo Benavides, Manuel Cerón. Escuchaba cómo los torturaban, después venían por mí. Para mí es imborrable la imagen del general Vaca y otro de apellido Vinuesa. Tenían los ojos llenos de odio, endiablados. Fue horrible.¹⁰¹

En ese momento, pese a que habían perfeccionado mucho la represión y la tortura, todavía los policías y militares no se cubrían el rostro. Así de confiados se sentían de su poder. El odio se les salía por los poros, se desfiguraban. El tiempo que pasaron en ese lugar permanecieron incomunicados, pero un día los sacan al patio. Beatriz y Arturo pueden verse de frente, casi en el piso, tumefactos los rostros y el cuerpo. Con el sabor acre de la sangre recorriéndoles aún las encías, escapándose entre los dientes, Arturo tiene fuerza para darle ánimo a su hermana: “No cedas a las presiones de estos hijueputas”, le dijo segundos antes de que los separaran de nuevo. Esa fue la última vez que Beatriz vio a su hermano.

Entro a la casa de mi hermana y estaba todo raro porque la puerta estaba abierta, o sea era todo extraño y resulta que estaba la Policía, habían allanado. Entonces, me toman preso también a mí –15 años tenía yo en esa época, eso era totalmente ilegal– y me llevan al SIC. Todo el tiempo me preguntaban por mi hermano Miguel y por mi hermano Arturo (...) Finalmente, como a las doce de la noche o un poco más me dejaron salir, estaba sin zapatos, estaba en camiseta, no tenía llaves de la casa. Vivíamos en La Magdalena hasta donde llegué caminando. No había nada. Me fui a San Bartolo en donde vivía mi hermana, ahí estaban todos que me buscaban a mí y buscaban a los otros. Yo les dije ‘el Arturo está preso, yo lo acabo de ver, está preso él y está presa la Bacha. A mí me estaban preguntando por los dos pero ahí está él y no sé por qué me siguen preguntando por él.’¹⁰²

A Bacha la levantan a empujones, se la llevan a la oficina del jefe, que la acusa de haber asaltado un banco, disfrazada de monja. Al negarse volvían las amenazas: “Los vamos a desaparecer como a perros. Nadie sabe que ustedes están acá”. En ese momento de angustia y aun negándose a firmar, alguien le llevó un vaso de agua, era el sastre que

tenían ahí los agentes. Bacha le pide que, por favor, llame a cierto número y diga que los hermanos están presos ahí. Al principio, el hombre se negó, pero a las 17:00, cuando ya estaba a punto de salir a su casa, se regresó de la puerta y le pidió el número. Hizo la llamada.

Los golpes que le propinaron le habían dejado las mandíbulas destrozadas, las esposas le estaban carcomiendo la carne de las muñecas. No podía comer y casi ni abrir la boca para fumar alguna colilla a punto de desaparecer que le ofrecían los detenidos, entre los que estaba un grupo de travestis cuyo delito entonces era su identidad de género. Uno de ellos, que se hacía llamar Gisela, le ofreció su ayuda.

De pronto aparece el guardia y ve que Gisela me estaba ayudando. La reta y amenaza. El homosexual se disgusta y le responde al guardia que yo le gusto como hombre y que no le joda. Yo estaba hecho mierda, solo podía estar sentado, pero me causó risa la discusión entre Gisela y el guardia. Claro, ganó el último, pues obligó a Gisela a retirarse, señalándole que a los guerrilleros no se les puede dar papaya.¹⁰³

La tortura no cesa. Ya alguien delató que su nombre no es Ángel Albán sino Ricardo Arturo Jarrín. Los agentes lo llevan ante alguien a quien llaman “mi mayor Vinuesa”, un tipo canoso, de bigote, que lo recibe con golpes y gas lacrimógeno. Le pregunta por el busto, por las espadas, que quiénes son los jefes, que dónde están, que si él tiene el dinero, que quién era el que se vistió de cura y asaltó el Banco de Los Andes, que quién era la que se disfrazó de monja. A las preguntas le siguen descargas eléctricas, patadas, desgonzadas. Lo amenazan con “hacerlo maricón”, escucha que piden vaselina y crema. Cae al piso. Calla. Está de espaldas contra el suelo, mira la luz amarilla del techo que lo enceguece. Un pie se posa sobre su cuello asfixiándolo.

Es el mayor Vinuesa que le arroja todo el peso de su cuerpo sobre la garganta mientras con el otro pie pateo el abdomen de Arturo. Saltan sobre su cuerpo y los huesos crujen. Por toda respuesta los agentes solo escuchan gritos, alaridos de dolor. Lo sientan con dificultad sobre una silla. Ante su silencio le dan con una pistola en la cabeza, que se raja. Siente la calidez de su sangre corriéndole por la cara, por el brazo izquierdo, su sangre que le llega al pecho. Le dicen que tienen a su padre en la prevención, que su madre está siendo buscada. Arturo imagina a su padre hundido en el tanque, a su madre recibiendo electricidad en el cuerpo.

- Está bien, -le digo al Mayor- usted haga todos los escritos que quiera, acusándome de todo lo que quiera, que yo acepto la responsabilidad, pero ya deje tranquila a mi familia.

- No, no, ¿qué te has creído pendejo? Tú tienes que decir todo lo que has hecho y con quiénes. Si no, ya sabes lo que va a pasar. Y prepárate para esta noche. Ve, ya está oscuro. A vos y a tu hermana les voy a sacar la chucha.¹⁰⁴

Al final le hacen firmar varias hojas con una supuesta declaración que había dado, acusándolo de todo. Las amenazas continúan, ahora el monstruo eran los militares y que a ellos lo van a entregar para que le hagan decir todo, pero los golpes no cesan, pero el odio no cesa, y vienen más palazos de “mi mayor”. Por momentos se le acerca un agente y le dice que está de acuerdo con su lucha, que después de la guindada lo mejor es estirar los dedos, darse un masaje en los brazos. Pero con qué fuerzas, se pregunta Arturo, pero con qué ganas. Otra vez, hecho un guiñapo lo arrojan por el suelo, en una celda, solo, aislado, quiere dormir pero no puede, los gritos de la tortura a otros presos no lo dejan. Pese a todo, genera respeto y temor entre los

policías que lo custodian. Con el dolor en el cuerpo y en el corazón, aún tiene tiempo para pensar en aquellos contra quienes se levantó la Organización, piensa en Icaza Candell, en Sevilla, en los diputados acusados de vínculos con el narcotráfico, pero también en la gente con la que emprendió la tarea, en la rigurosidad del entrenamiento y en lo mucho que le sirvió en estas circunstancias. Él sabía todo, absolutamente todo de Alfaro Vive Carajo y de sus operativos, pero nada dijo.

Pensaba en el daño que hace la delación y hasta el momento me parecía increíble que un compañero hubiera sido capaz de hacerlo; simultáneamente, entendía en toda su magnitud la validez de la compartimentación, norma organizativa de Alfaro Vive, ¡Carajo! Quien nada conoce, nada puede delatar, era ese mi caso. Pensaba ya no tanto en mí, sino en la Organización, tiene que seguir adelante.¹⁰⁵

Amanece y vuelve la tortura. A él no lo cuelgan una sola vez sino durante varias sesiones en varios días. En medio de la guindada, la soga se rompe y cae pesadamente al suelo. Viene una nueva soga y arriba otra vez. Silencio, de nuevo. Más preguntas: ¿Dónde hacen los periódicos? ¿Quién los escribe? ¿Dónde se reúnen? Contesta que en la calle, en las plazas, en los mercados. No le creen. Más palazos. Le ponen ante los ojos la cuarta edición de *Montonera*. “No somos treinta, como dicen ustedes, somos tres mil los que nos estamos formando en anti subversión. Vas a ir a Parcayacu y de ahí no sales vivo, te vamos a pegar un tiro como a un perro”, escuchaba aún colgando de la cuerda. Firma una declaración en la que debe asumir más cosas que no hizo pero también expresa los principios por los que se rige la lucha que lleva a cabo.

Finalmente, cuando yo lo veo ya tenía un día entero de torturado y mi hermana unas horas de estarle torturando. Lo que decidieron mis papás fue denunciar el caso, que se haga público para que no los desaparezcan porque capaz no se hace público y los matan. Eso fue lo que papá y mamá hicieron, hacer público el caso. Después de un mes y medio lo vimos al Arturo hecho pedazos, no podía mover los brazos, no tenía movilidad en las manos, tenía moretones que le quedaron para siempre, cicatrices... realmente estaba mal, estaba golpeado.¹⁰⁶

Patricio Baquerizo también fue parte de las torturas en ese trágico fin de semana. El domingo 17 de junio lo llevan frente Arturo Jarrín. Estuvieron en Libia. Ambos compartieron el campamento, cantaron juntos el himno de la escuela de formación, participaron en varios operativos. Cuando los ponen frente a frente les preguntan al uno por el otro. Se niegan. Dicen no conocerse. Se miran ambos destrozados —el mayor Vinuesa sacó “a pasear” a Patricio a punta de patadas y de puñetes—, un guiño invisible de complicidad los envuelve, se miran los zapatos raídos que les dieron, las heridas frescas, la sangre que los baña. Nunca antes se vieron, afirman. Rubén Ramírez y Manuel Cerón también estaban destrozados, pero no delataron ningún detalle. La amenaza para ellos entonces era que los llevarían ante los militares y que de allí no saldrían con vida. En una mañana, una semana después de su detención, los sacan esposados. “Nos vamos a Parcayacu”, fue la amenaza. En medio de un operativo que incluyó una ambulancia, varios patrulleros, una tanqueta y refuerzo militar, los trasladaron al Penal García Moreno, ubicado en el barrio de San Roque, uno de los primeros en instalarse en la ciudad de Quito. Empezaba una nueva etapa de Alfaro Vive Carajo, con presos visibles y un escenario de lucha no previsto por ellos en el corto plazo.

La puerta de rejas se abre a los alfaros, como les decían ya por entonces, y el frío de las celdas les da la bienvenida. El pabellón F es su primera estancia: un estrecho agujero maloliente, con los ladrillos a la vista, húmedo, el piso de piedra, lleno de ratas. Ese era el calabozo, el pabellón de los castigos, sin agua, sin luz, sin camas, sin baños. La tapa de una alcantarilla que daba a la celda era la letrina que ocupaban los presos.

A ese lugar que nos llevaron también le llamaban “El reservado”. Puta, nos recibieron unas ratas que parecían perros, hermano. Un frío intenso, una pestilencia tenaz. Me recuerdo que la primera impresión que tengo es la de las celdas en las que tenían a los patriotas del 2 de agosto de 1810. Así con la puerta en arco y con ese ambiente gélido.¹⁰⁷

Adentro inicia una guerra de supervivencia escalofriante. Además de la incomunicación entre los miembros de la Organización, deben enfrentar el asalto de tres bandas de atracadores que operaban dentro del Penal: *los negros*, *los montubios* y *los serranos*. El preso que caía en ese lugar era desvalijado sin piedad, sus ropas eran cambiadas por harapos mugrientos. Los miembros de AVC tuvieron que pararse firmes, debieron enfrentar a los caporales incluso con sus mismas armas. Tenían que enfrentarlos y contaban con la ventaja de ser siete: Arturo Jarrín, Patricio Baquerizo, Manuel Cerón, Jimmy Solórzano, Rubén Ramírez, Santiago Rivera y Guido Llamuca. A Consuelo Benavides la trasladaron a la cárcel de mujeres de El Inca. Con los restos de cuerpo que les había dejado la tortura, los alfaros se impusieron y hasta trabaron amistad con el más duro de los reos, *Cocoliso*, un quevedeño que estaba condenado a 25 años de cárcel por asesinar a una comerciante. Fue él quien al final dio la orden de que con los guerrilleros no se metía nadie. También conocieron a *Tarzán* y

Terremoto, dos presos cuya misión era asaltar a los recién llegados a las celdas.

Con *Tarzán* y *Terremoto* ya habíamos cedido. Esa tarde quisieron llevarse una de las cobijas que nos habían prestado, nos paramos duro y a punto estuvimos de ir a la pelea: ellos con cuchillos, nosotros con manos. Había curiosidad por nosotros. Algunos visitantes de los otros detenidos nos llamaban para que nos acercáramos a la puerta, para vernos por una rendija, conocernos. Esa tarde, me llama una muchacha. Me acerqué, ella se dio cuenta del “trobo” [problema] que había y muy enojada gritó (...): “¡Cuidado! Con ellos no se metan, ellos no son delincuentes comunes, son revolucionarios, y si les llega a pasar algo, van a tener que vérselas con mucha gente. De inmediato cambió la actitud de ellos. “Así que ustedes son revolucionarios, era que dijeran antes”, dijo *Terremoto*. Nos pidieron disculpas, estrechamos las manos, hasta cigarrillos nos regalaron.¹⁰⁸

El Pabellón F guardaba momentos de humanidad, no todo eran amenazas ni peleas. Por ahí, como un alma en pena, caminaba Caicedo, un negro alto y fornido, ex futbolista, con una gruesa biblia que parecía apenas un folletín en sus manotas, predicando “la palabra del Señor”, pidiendo arrepentimiento a los mortales y clamando al cielo porque se les quite las cadenas a los detenidos. Por esos mismos pasillos pasaba *El Tío*, pequeño, barbado, con malicia en la mirada. El mito decía que él fue quien arregló ese pabellón, que antes de su llegada había sido aún más inhumano. Por ese servicio cobraba “una quina”, es decir, cinco sucres. También rondaba esos oscuros rincones el *Hermano Minda*, famoso por tumbar el muro de su celda a punta de patadas y con la ayuda de un tubo del desagüe. Muchas veces debieron usar tranquilizantes para contener la fuerza descomunal de este hombre, preso porque su esposa –celosa al descubrir un engaño– lo acusó de

violación. Arturo trabajó amistad con estos singulares personajes que marcaron el inicio de su paso por el Penal García Moreno, los escuchaba e intentaba comprender las motivaciones de su supuesta locura, pero para entonces ya sabía que ellos jamás podrían rehabilitarse en aquel hueco de suciedad y violencia al que los había condenado el Estado.

Pasados diez días de estar en el calabozo, los presos de AVC fueron movilizados hasta el Pabellón B, uno en cada celda, incomunicados, encerrados con candado, con una ventana pequeñita por la que algunos rayos del sol pasaban con dificultad, un catre de cemento apenas disimulada su dureza con una colchoneta y una cobija. Los demás presos los miraban con recelo, pensarían que esos sí deben ser peligrosos de verdad para que los mantengan totalmente aislados e incomunicados, porque la normalidad era que en esas celdas de dos metros de ancho por dos de largo se metiera a seis o siete personas. Los días jueves recibían visitas. En esas circunstancias emerge la figura monumental de Beatriz Jarrín, doña Bachita, que desde el primer día se convirtió en madre y defensora de los derechos no solo de su hijo sino de todos los presos, pero el talante de Arturo fue el que movilizó ese accionar.

Estaba preso el Arturo y unos seis más. Eran siete. Entonces en esa visión individualista que cada persona tiene –lastimosamente así es la sociedad hasta la fecha, así somos–, nosotros fuimos llevándole ropa, comida, cosas que además intuíamos le iban a servir, cosas de aseo, cuando llegamos y se lo dimos la respuesta de él fue: “Verán, aquí estamos presos siete, entonces si pueden traer para los siete, tráiganlo, sino no traigan nada”. Desde la siguiente semana ya llevábamos compras para los siete.¹⁰⁹

Arturo siguió con el liderazgo del grupo, fue el nexo entre los miembros de la Organización que estaban detenidos y los delincuentes

comunes: sabía cómo tratarlos, tenía el don de sacarles palabras, de hacerse su amigo. Con ese mismo talento supo guiar el comportamiento de sus compañeros de prisión, sin violencia ni aspavientos, sino con su propio ejemplo. El encierro durante las veinticuatro horas y la incomunicación total eran dos asuntos que Arturo Jarrín decidió combatir en la prisión. Los familiares no podían acceder a sus hijos detenidos, algunos –como la madre de Rubén Ramírez– no entendía por qué su hijo estaba preso por robar un banco. “Yo le decía a mi mamá que no es el dinero el que me tiene aquí sino la búsqueda de unos ideales de justicia”, recuerda Ramírez. De modo que pocos días antes de que León Febres Cordero asumiera su mandato, a finales de julio de 1984, *Ricardo* inicia una huelga de hambre con dos objetivos claros: terminar con los cuarenta y cinco días de aislamiento e incomunicación a los que los tenían sometidos y que se los declare presos políticos. La estrategia era hacer una huelga de hambre seca, sin comida y sin agua, de dos en dos, hasta completar los siete detenidos. Empezaron Arturo y Rubén. El director del centro penitenciario cedió tras los primeros cuatro días de la huelga.

Cuando estábamos en la huelga, los dejan entrar a mis padres para quebrarme, para hacer que desista de la medida. Mi madre me decía ‘pero, mijo, no te acabes así, tienes otras cosas por vivir’. Yo le decía ‘esto es mi vida, mamá’. Quisieron pasarme comida para quebrantarme, era una manipulación para deslegitimar la protesta. Yo ya no era manipulable, aunque, claro, de verla a mi madre sufrir se me hacía un nudo en la garganta.¹¹⁰

Los estragos ya se sentían en los debilitados cuerpos de Arturo y Rubén, el hambre y la sed empezaban a secar los órganos. Los guías vieron que la cosa iba en serio de modo que la medida surtió efecto aunque en parte: los candados fueron suprimidos pero se negaron

a otorgarles el estatus de presos políticos. Una vez que pudieron conversar entre ellos empezaron a organizarse, los familiares les traían comida, tenían sus propios alimentos y así evitaban el riesgo de cualquier intento de envenenamiento, uno de los principales temores dentro del Penal. Empezaron a leer, a estudiar, a trabajar y, de a poco, a hacer actividad física. La persecución psicológica continuaba: a veces, en medio de la noche, entraban a las celdas y les quitaban los libros, se los quemaban en el patio. Hasta la biblia fue subversiva para los policías.

A días de su posesión, León Febres Cordero presentaba a un equipo de gobierno entre los que estaban hombres bestiales como Joffre Torbay, Luis Robles Plaza o Gustavo Lemus. El mandatario hizo entonces una declaración que asusta por lo que después acontecería: “No habrá sacrificio capaz de detenernos”. Hasta entonces, nadie imaginaba que ese sacrificio no sería de él ni de su gabinete sino el de cientos de jóvenes en todo el país. Al conocer de la elección de Febres, AVC hizo claros pronunciamientos en torno a la posibilidad de medir su accionar si el gobierno socialcristiano cumplía con su ofrecimiento de campaña: “Pan, techo y empleo”.

La Organización no está integrada ni por sordos, ni por ciegos, ni por testarudos. Si desde el primer momento el gobierno del Frente de Reconstrucción Nacional da muestras de cumplir en la solución de los problemas básicos que ellos mismo lo han señalado: el pan, el techo y el empleo para el pueblo ecuatoriano, la Organización tendrá necesariamente que replantearse su actual posición, es decir de oposición democrática a ese gobierno, y no solamente a ese gobierno sino fundamentalmente a las estructuras oligárquicas porque son precisamente esas estructuras las que niegan al pueblo la posibilidad de resolver sus problemas.¹¹¹

Ninguno de los ofrecimientos del socialcristianismo se cumplieron y, a cambio, la gente recibió balas, torturas y desapariciones. Febres pasaría a la historia como uno de los gobernantes que más muertes cargó sobre sus espaldas. El 10 de agosto de 1984, Febres Cordero fue recibido por AVC con la toma de Radio Nacional y Radio Éxito. En esa emisión se hicieron proclamas en contra de la oligarquía que representaba el socialcristiano y su nuevo gabinete. La respuesta de Febres Cordero sería sanguinaria: continuó con los cuerpos represores, lo sistematizó, mejoró su equipamiento y puso frente a ellos a un personaje siniestro que, siendo autoridad, presencié la tortura de más de un miembro de Alfaro Vive Carajo. Ese personaje es Jaime Nebot Saadi, el hijo que Febres Cordero no pudo tener. Nebot sería fiel al mandato de su jefe, que lo designó gobernador del Guayas, y así ordenaba a sus tropas:

Vamos a duplicar este escuadrón volante: 10 nuevas camionetas, 100 nuevas escopetas, 10 mil nuevos cartuchos y 100 nuevos hombres al servicio de Guayaquil (...) Ya saldrán las cotorras nuevamente a clamar por los derechos humanos, pero por los derechos de los asesinos, de los delincuentes, de los terroristas, de los violadores y de los secuestradores (...) Porque si una mínima porción, ínfima porción, la porción podrida de la ciudadanía tiene que caer abatida, tendrá que caer abatida. Y, repito, esto no es orden de tirar a matar, es orden de tirar a vivir.¹¹²

Mientras esto acontecía afuera, en la cárcel Arturo continuaba con la planificación de operativos y la dirección ideológica del movimiento, si bien Fausto Basantes había quedado a cargo de la militancia, al menos de manera formal. En Guayaquil, un comando de AVC se tomó las instalaciones de diario *Extra* y diario *Expreso* para

condenar la tortura, solicitando respeto a los derechos humanos y en solidaridad con la huelga de hambre de los presos detenidos en el Penal García Moreno, de la capital. La toma de radios también fue una constante en esos días. Las proclamas guerrilleras tenían como preludeo el Himno Nacional del Ecuador, pero no siempre podían conseguir ese audio y, más de una vez, las células cantaron a capela las primeras estrofas antes de emitir el mensaje.

Arturo mantiene el contacto con la dirección de la Organización a través de cartas que se entregaban por medio de un muñeco que llevaba la hija de su hermana Sonia. A ella no la revisaban y el muñeco pasaba desapercibido para los gendarmes. Arturo le decía que lo vaya a visitar siempre y que no se olvide de llevarle el muñequito, que se lo preste para jugar con él. Una vez con el juguete, le sacaba la cabeza y ahí se enviaban misivas tan importantes como esta, dirigida a Fausto Basantes en la que se congratula por la acción de Guayaquil:

15/07/84

HERMANO:

Saludos y adelante.

Con plena satisfacción recibimos la noticia de lo realizado el jueves en Guayaquil. El viernes por la tarde nos dieron 30' para "asolearnos" estando juntos: les informé y les comenté del hecho, todos felices, nos sentíamos casi como los reyes del mundo. Una anécdota: a eso de las 12 hs. Del viernes se acerca un joven a mi calabozo, golpea la puerta y me pide que me acerque; de la manera más sigilosa me informa de lo que ha hecho la O., que él oyó la noticia por canal 4TV, que nos felicita y que se va porque no quiere foquearse, que una vez que nos saquen los candados conversaremos; para mí fue grande la

sorpresa (la noticia y la actitud de este joven) y tenía ganas inmensas de gritar a todos los compas lo que había hecho la O.

En todo caso, me parece que en los objetivos políticos hay que “pulirlos”, creo que exigir la libertad inmediata es...!?. En cuanto a nosotros considero que dos son los objetivos básicos: a) Fin a la incomunicación. b) se nos reconozca como presos políticos. En cuanto a la marcha general, creo que debemos insistir en la democracia a alcanzar y la antidemocracia que representa este régimen, en nuestros planteos debemos considerar la situación popular y desde ahí enfocar nuestra prisión (presos políticos); sino, corremos el riesgo de poner al pueblo de espectador de una pelea entre nosotros y la policía y el gobierno.

(...) Me parece que sería bueno y oportuno ponerse en contacto con Rhilé Caicedo y dado que, el FOP se solidariza con la O. y manifiesta identidad con los objetivos de ésta, plantearle acuerdos de T.: elaboración proyectos de ley, integración Frente Democrático Progresista, Organización amplia, etc., para lo cual mantener *** y relación estables. Igualmente, creo que sería bueno que la O. envíe unas cartitas a los partidos de izquierda y de centro izquierda y otra a los organismos gremiales, insistiendo en lo planteado en septiembre y solicitando se pronuncien en torno a los dos objetivos arriba mencionados. Hay que cuidar de convertirnos en prepotentes, es decir: pretender convertir nuestros problemas en problemas del pueblo, la cosa es al revés: los problemas del pueblo son nuestros problemas.

Por otra parte, te pongo al tanto que TODOS estamos dispuestos a clandestinizarnos, por tanto, si es que la salida “legal” de Patricio y de Jimmy se embarra (parece que hay presiones del Mín. De Gobierno para que se nos tenga presos a TODOS) hay que pensar y actuar en función de la salida de TODOS. Creo que es necesario y

urgente, hacerle llegar una nota (con toda discreción y a máquina) a Consuelo, dándole ánimos, parece que anda desmoralizada y su madre está dispuesta a jodernos; hay que solicitarle que controle a su madre; yo le escribí ya una notita, pero sería bueno algo “oficial”. Igualmente, que en la medida de lo posible den protección a Beatriz J. (mi hermana), pues hay acusación del Bco. de los Andes en contra nuestra y cualquier rato la podrían detener nuevamente y esta vez sí por largo.

(...) Mira, por ahora se nos ha hablado por dos lados de “salir” de aquí. El uno es por hueco y lo ha hecho e. (tú sabes), ahorita necesita un instrumento que ya lo mandé a pedir. El otro es un colombiano que dice nos pondrá en Venezuela, el plan aún no me lo expone. Las dos las tengo guardados como secretos de estado, no he conversado con ningún compa. En estas dos no tengo mucha confianza y más bien sería un recurso “desesperado”.

Toda mi confianza está puesta en el plan que tú me señalabas (también lo guardo como secreto, he conversado solo con Patricio y él está plenamente de acuerdo), creo que es viable y que no tiene por qué fallar; hay que poner atención y cuidado en los detalles. Hasta ahora, seguimos en la serie C y en los calabozos que te había informado.

Finalmente, esperamos el periódico y no te olvides que para el 22/7/84 yo tendré listo el artículo que me comprometí a escribir.

Esperando nuevas sorpresas y con la seguridad de que TODO saldrá bien, porque hay voluntad y cojones bien puestos y porque tenemos la razón y estamos aprendiendo a luchar por ella, me despido.

FRATERNAL

Arturo

Saludos a todos.

Hacia julio de 1984 ya estaba en mente de Arturo escapar de la cárcel y “clandestinizarse”. Mientras llegaba el día, los presos de AVC revisaban libros de historia del Ecuador, teoría política del Estado, el pensamiento de Kant, Descartes, Hobbes. En medio de las lecturas y con la rigidez de horarios, cada quien tenía su propia rutina, había quienes podían dormir unas pocas horas antes del amanecer, quienes dormían apenas se cerraba la puerta y despertaban a leer o escribir a las dos de la mañana. A las seis de la tarde, cuando cada uno debía estar encerrado en su celda para esperar la noche, todavía escuchaban el tarareo de una canción que salía a través de las mínimas rejas de la celda de Arturo, casi siempre la misma, aquella de José Feliciano que dice: “Pueblo mío, que estás en la colina, tendido como un viejo que se muere, la pena y el abandono son tu triste compañía. Pueblo mío te dejo sin alegría. ¿Qué será, qué será, que será de mi vida? ¿Qué será? Si sé mucho o no sé nada, ya mañana se verá y será, será lo que será”.

En prisión la disciplina era tan férrea como afuera. Solo así se explica que pese a que varios operativos se planificaron dentro del Penal, la Policía no los haya descubierto. Allí se planificó la toma del diario *Hoy*: la célula dirigida por Juan Carlos Acosta hizo la inteligencia del lugar, se dispusieron tres autos para el operativo, y diecisiete personas. Acosta conducía el primer auto, que debía “dañarse” en la puerta del periódico. Él bajaría a pedir agua y entonces tendría que someter al guardia. Ellos no contaban con que el guardia oponga resistencia, que el cargador de la pistola que llevaba Juan Carlos se iba a caer al entrar, mientras sus compañeros esperaban afuera ese tiempo eterno que había segundos antes de iniciar un operativo. Para entonces, diario *Hoy* estaba a la vanguardia a nivel tecnológico entre los medios impresos del país.

Cuando entramos, llegamos ya encapuchados. Los trabajadores primero no nos hacían caso. Pensarían que era un chiste o algo así porque no nos paraban bola. Entonces ya tocó ponerse bravo, putear. Ahí ya se dieron cuenta de que la cosa iba en serio. Nos quedamos

hasta la una o dos de la mañana hasta que estén las placas, se imprima y luego vayan a entregar. Me parece que mandamos una camioneta a Santo Domingo. Cuando, al otro día, voy a ver comprar el periódico veo que ya han impreso otra edición. ¡Cómo los puteaba yo!¹¹³

En esa edición del 2 de noviembre de 1984, AVC imprimió y puso a circular un manifiesto político que resumía su postura, su pensamiento, sus ideales y su camino. Era una síntesis de lo escrito en *Mientras haya que hacer nada hemos hecho*. La represión mandó a acabar con todos los ejemplares impresos de sueños aquella noche noviembre y pocos quedan aún en el cajón de algún simpatizante. Entre las proclamas que se imprimieron aquella noche, AVC exigía:

Un gobierno de los ecuatorianos para los ecuatorianos, con auténtica soberanía en las decisiones de la vida nacional y sin intervención extranjera. Permitir a presencia del capital extranjero cuando éste redunde en beneficio del país, apoyar a los sectores productivos auténticamente nacionales y la racional utilización de nuestros recursos naturales; eliminación de los monopolios y de la banca y financieras privadas; solución a las necesidades fundamentales de la población, reforma agraria integral, organización total del pueblo, suspensión de los aparatos represivos y de las bandas armadas; respeto y apoyo al desarrollo de las nacionalidades indígenas, negros y minorías; rechazo a toda discriminación.¹¹⁴

La cárcel es un espacio que Arturo Jarrín aprovecha para escribir. Gran parte de la producción que de él se conoce fue creada entre las rejas del Penal. De ese tiempo, datan textos que se publicaron a nivel internacional como denuncias de los maltratos y torturas de los que eran víctima cientos de jóvenes en el país. *¿Quiénes son los terroristas?* fue el documento que se presentó en Panamá, durante un encuentro de jóvenes líderes en 1985 y en Moscú, durante XII edición del Festival

Mundial de la Juventud y los Estudiantes. A este escrito se suman *Carta a los dirigentes*, *Carta a la hermana Elsie Monge*, *presidenta de la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos (CEDHU)*.

Con la presente, quiero simplemente colaborar públicamente con el Gobierno y la Policía Nacionales. Mientras era “investigado”, una de las “preguntas” más repetidas era la de que denunciara los nombres de los principales subversivos. Luego de una larga reflexión he decidido hacerlo y por propia voluntad voy a ir más allá, voy a indicar, también los sitios exactos donde pueden ser ubicados.

(...) La primera subversiva, es una mujer vieja y de rostro horrible. ¿Su nombre? Pobreza, su compañera más cercana, la injusticia. Luego viene una larga lista: el desempleo, el subempleo, el analfabetismo y la ignorancia, la insalubridad y la falta de atención médica; la falta de vivienda y el hacinamiento; la falta de caminos, carreteras y la ausencia de transporte público para el uso popular; la falta de agua potable y luz eléctrica; la falta de alcantarillado y condiciones higiénicas; el robo y el avasallamiento al campesino; el sojuzgamiento del indio, del negro y del montubio; el trabajo infantil y el crimen masivo contra niños menores de cinco años; el alto costo de la vida y los bajos salarios, el tráfico con la angustiada situación popular.

(...) ¿Dónde encontrarlos? En los rostros tristes de los padres sin trabajo, en los vientres sufridos de las madres proletarias, en los pies descalzos de millones de niños, en la mirada dura del hurgador de basura, en la sonrisa amarga del negro y del indio, en el cajón desgastado del niño betunero, en el grito agudo y tierno del voceador de periódicos, en la mirada dulce de la madre ecuatoriana, en la espalda encorvada del cargador. ¿Dónde están? En los suburbios de

Guayaquil, en los Guasmos de Guayaquil; en los barrios populares y por ello marginados de Esmeraldas, Quinindé, La Concordia, Sto. Domingo, Quevedo, El Empalme, Babahoyo, Daule, Manta, Portoviejo, Chone, El Carmen, Santa Rosa, Pasaje, El Guabo, Machala, en todos los caseríos, pueblos, parroquias y anejos de la Costa ecuatoriana; a todo lo largo y ancho de la Sierra Ecuatoriana, en el Oriente y Galápagos; aquí en Quito, en la Colmena y la Comuna; en Toctiuco y Marcopamba, en la Ferroviaria y el Condado, en la Libertad y San Roque, en el Panecillo y demás tugurios.

Pero los arriba mencionados no son todos los subversivos. Aún faltan, la corrupción, el tráfico de influencias, los negociados y el enriquecimiento ilícitos, el narcotráfico, la mentira y el engaño a millones de ecuatorianos. ¿Dónde encontrarlos? En los Ministerios y dependencias públicas, en los clubes y salones majestuosos. Faltan unos pocos: la venta de la patria, la expoliación de sus recursos, la entrega de la dignidad nacional. ¿Dónde encontrarlos? En la gran banca internacional, en los acuerdos con el gobierno norteamericano, en la firma de “tratados comerciales y de producción” con las grandes empresas transnacionales.¹¹⁵

De aquellos meses de enclaustramiento también nace el libro más publicado que ha tenido el líder del Alfaro Vive Carajo: *El cementerio de los vivos*, un crudo retrato en primera persona de la tortura a la que fueron sometidos él y sus compañeros, las vejaciones que recibieron, pero también los sueños y esperanzas que guardaban pese a la dureza de las circunstancias. El menor de los hermanos Jarrín, Edwin, recuerda cómo fue que se escribió ese libro.

Si hay algo que llega a marcarme en la vida, en mi formación completa, en lo humano, en lo político, en todo, es cuando el Arturo está preso, desde junio del 84 hasta abril del 1985. En ese tiempo él escribió *El Cementerio de los Vivos*. Él lo escribió en papel periódico. Yo era el que le daba y sacaba las hojas. Yo fui el que pasó a mano, el que tipeó a máquina todo el libro. Eso a mí me marca muchísimo: te marca realmente y te hace poner los pies en la tierra sobre la sociedad en la que vivimos, sobre la desigualdad en la que vives y sobre la necesidad de la fuerza del ser humano en su temple, en su carácter, en sus convicciones, en su integridad, en su conjunto. A mí me marcó mucho eso el ir leyendo un libro semana a semana durante tres o cuatro meses que iba sacando las hojas e ir transcribiendo.¹¹⁶

Dentro de las posibilidades de fuga que se van fraguando hay dos que deben descartarse: la primera, la retención de un avión con varias autoridades del gobierno dentro de él, días antes de que llegue el Papa Juan Pablo II al Ecuador para presionar la salida de los detenidos, y, la segunda, escapar con la ayuda de alguno de los guías penitenciarios. La amistad trabada durante los meses de encierro y el carisma de Arturo Jarrín le permitieron prever esa posibilidad y plantearse la frontalmente:

Armamos una muy buena relación con un guía, un tipo chévere. Un día, pensando en las posibilidades de fuga dijimos ‘¿y si este man nos saca?’ Arturo debe haber mandado a levantar información desde afuera porque un día me dice que lo va a traer a su celda y que hablemos los dos con él. Una noche el tipo llegó a la celda y nosotros le propusimos que nos saque. Él nos respondió que simpatizaba con nosotros, con nuestra causa, y que en otras circunstancias nos sacaría, pero temía por las represalias contra su familia y sus compañeros guías. También nos dijo que lo que hablamos esa noche se quedaba entre los tres. Antes de salir nos hizo una promesa: jamás iba a

comentar con nadie cuáles eran nuestras intenciones. A los años lo encontré y me dijo: Patricio, a ti te consta que nunca dije nada.¹¹⁷

La rigurosidad del encierro no desmotivó a los militantes, que decidieron continuar con su batalla desde este nuevo escenario. Lastimosamente para la Organización, las frías celdas también mermaron las fuerzas de aquellos que habían entregado información en la tortura: Guido Llamuca y Santiago Rivera decidieron separarse de AVC. Si bien compartían celda y tareas de subsistencia –comida o limpieza– ya no participaban de la formación política y tampoco de la preparación física. Arturo, por su parte, había decidido dejar de fumar pero igual coleccionaba las cajetillas de cigarrillos y armaba una esfera con ellas. Era un regalo para su sobrina Gabriela, la hija de Sonia. Junto a los demás detenidos de AVC empezaron a hacer pantuflas, cuadros con pirograbados con frases del Che o de Alfaro. La letra de esos cuadros, la mayoría de ellos, es la letra de Arturo Jarrín. Algunos de esos productos se vendían, otros se regalaban. El dinero recolectado servía para la manutención en la cárcel.

Sin embargo, no todos los regalos entregados por los presos surtieron el efecto esperado. Un día Arturo decidió enviarle un par de pantuflas a Rosa Mireya Cárdenas, que para el tiempo había sido capturada en Costa Rica, trasladada ilegalmente al Ecuador, torturada y encerrada en la cárcel de mujeres. Hasta allá llegaron las pantuflas hechas por los alfaros. Consuelo Benavides, que estaba secretamente enamorada de Arturo, no le perdonó que no haya enviado un regalo para ella, que también estaba encerrada en la misma cárcel.

Sí, la Consuelo se enojó conmigo, no me habló por un tiempo porque tomó a mal que el Arturo me haya enviado ese regalo y a ella nada. Consuelo tenía un carácter súper fuerte, era muy solidaria y

me cuidó cuando llegué a la cárcel, destrozada por la tortura. Más allá de eso, la verdad es que me llegó una carta muy linda de Arturo en la que me daba ánimo y fuerza para seguir adelante en ese momento y en esas circunstancias tan difíciles que teníamos que atravesar todos los presos políticos.¹¹⁸

Una de las visitas que llega a la cárcel es Fabián Ramírez. Él junto a otros miembros de la Organización intentaron ponerse al mando de todo cuando Arturo estaba en Libia y Fausto Basantes cayó preso por esos meses. A partir de ese momento, había empezado con la idea de formar estructuras propias, independientes de AVC. Al darse cuenta de ello, Arturo lo confronta. Ramírez, en el Penal García Moreno, le dice que se guiará por la línea de Alfaro Vive Carajo y que no continuará con la creación de aquellas estructuras paralelas. Arturo Jarrín supo desde ese momento que no cumpliría y así se lo hizo saber a Patricio Baquerizo. Meses más tarde, el 2 agosto de 1985, Ramírez dejaría la Organización y fundaría las Montoneras Patria Libre (MPL). “Ellos no van a cumplir, tienen su propio proyecto. Estos, a la corta o a la larga van a salir”, le dijo Arturo en ese momento. Es la última vez que Patricio Baquerizo comparte junto a él. El resto de su comunicación se hizo por cartas. Ninguna de esas cartas se conservó.

En el Segundo Encuentro Nacional de Mandos, que se desarrolló los primeros días de agosto de 1985, en Guayas, Arturo tiene una posición radical, total y absolutamente radical frente a ellos. Él sabía que división era inevitable, que la gente de Fabián Ramírez estaba trabajando en sus propias estructuras. Recuerdo que en la noche conversamos con él, en conjunto con *El Chino* Solórzano y el Capitán Cerezo [José Luis Flores], nos alineó, por si alguna duda existía en nuestras posiciones. Al día siguiente los compañeros serían separados de la Organización.¹¹⁹

La convivencia en la cárcel seguía pero no por mucho tiempo. Hacia el primer trimestre de 1985, el grupo ya tenía una rutina que incluía diez kilómetros de trote al día, gimnasia y lecturas. El 11 de marzo en la ciudad de Quito ocurre un hecho espectacular, del que también Arturo tenía conocimiento: un comando de AVC, al mando de Hamet Vásquez y Fausto Basantes —que coordinaron acciones con el M-19—, irrumpió en El Rastrillo, un regimiento de la Policía Nacional en el que se guardaban las armas. Era una de las primeras acciones de envergadura de las que se habían decidido en enero de ese año, durante el Primer Encuentro Nacional de Mandos.

En una casa de seguridad muy grande, alrededor de la piscina se planificó la realización del operativo. A fin de darle cobertura a la presencia numerosa de personas se simuló una fiesta de la que no estuvo exenta la música, el baile y unas cervezas. Se hicieron los simulacros necesarios para perfeccionar el plan, el comando quedó listo, lleno de optimismo en el éxito del operativo.¹²⁰

El día y la hora en que la selección de fútbol de Ecuador jugaba contra el combinado argentino, vestidos como policías, los revolucionarios lograron infiltrarse, silenciar la radio operadora que funcionaba en el lugar y hacerse de un precioso botín: 631 revólveres calibre 38 (250 Ruby, 381 Smith & Wesson), cuarenta carabinas Ruger, tres cajas de bombas lacrimógena, dos cajas de cartuchos para carabina M-1, tres cajas de cartuchos calibre 7.92 y dos cajas de cartuchos calibre 7.62. La humillación que para la Policía significó ese operativo, selló la sentencia de muerte de Fausto Basantes. Desde entonces, toda la jauría estaba detrás de sus huesos. La noche aquella, la policía descargó su rabia sobre los detenidos en la prisión, desmantelaron sus celdas, quemaron los libros y los amenazaron una vez más.

Ese día entraron con todo a las celdas y un Policía me dice ‘te voy a dar un palazo por cada arma que se llevaron’. Yo no sabía de la magnitud de la recuperación, pensaba que eran unas veinte o treinta armas. Yo pensaba ‘chuta, treinta palazos sí aguanto’. Cuando le pregunto cuántas fueron y me dice “ochocientas”, imagínate el susto. Al final no me pegaron y yo le cuento a Arturo que recuperamos ochocientas armas. Me pregunta que cómo sabía, y yo le digo, pues, que el paco me iba a dar un palazo por cada arma que nos llevamos. Estábamos felices después de semejante operativo.¹²¹

La preparación física y la gimnasia no eran aisladas del objetivo que perseguían: escapar del Penal García Moreno, dejar esas celdas en las que también –y casi por los mismos motivos- había estado años antes el general Eloy Alfaro. Reptaban, saltaban, hacían flexiones de pecho, todo para estar listos el momento en que se dé la fuga. No todos lo sabían, pero afuera y a pocos metros bajo tierra, se llevaba a cabo el plan que concibiera Fausto Basantes para sacar a su amigo y comandante a través de un túnel. Marco Troya fue el encargado de llevar a cabo la tarea. Una de las primeras opciones estudiadas fue salir a través de una alcantarilla, la del famoso Pabellón F. Roberto Regalado, el más joven de los integrantes de AVC en ese momento, junto con Carlos Játiva y Marcelo Saravia, dirigidos por Hamet Vásconez, iniciaron la tarea. Ellos se metieron en la alcantarilla y paseaban en la noche por las pequeñas veredas de aquella antigua estructura, de unos dos metros de alto, que rodeaba la prisión. Caminaron y caminaron, hasta llegar al antiguo terminal Cumandá. No hallaban el Penal.

Nos metimos por unas ramificaciones que había ahí debajo y salíamos a San Roque, al Tejar, pero nada que ubicábamos el Penal. Tuvimos que hacernos unos trajes de plástico porque olíamos a mierda como no tienes idea. Llovía, y el agua subía, las ratas pasaban al lado nuestro,

era resbaloso. Nos tocaba aguantar. Tuvimos que poner bastante estómago para poder hacer esa vuelta. Al final, fue imposible porque la alcantarilla que daba al Penal estaba sellada con concreto. Hasta que el [Marcelo] Saravia dijo ‘yaff, por qué estamos haciendo tanta huevada, hagamos un túnel hasta allá’.¹²²

El grupo consiguió del algún modo los planos topográficos de la colina en la que se asienta el Penal García Moreno. Los conocimientos de lectura de mapas y manejo de brújula adquiridos en Libia iban a tener su más importante puesta en práctica. Hicieron una maqueta. Alquilaron una casa frente a la prisión y montaron un negocio de venta de papas, para poder justificar la enorme cantidad de bultos que se sacaban del lugar. En ese pequeño local empezó una ardua tarea en la que el futbolista profesional Marcelo Saravia, jugador del popular América y miembro de Alfaro Vive Carajo, tomó entre sus manos una pala y sin más fuerza que la tracción de su sangre cavó la tierra durante siete meses.

Al Saravia le decían *Correcaminos* porque corría como loco y tenía una fuerza y una resistencia increíbles. Verás, pasábamos en el túnel todo el día y el *man* quería levantarse a las cinco de la mañana a hacer ejercicio. ¿Cachas? Todo el día en el túnel, cavando, jalando tierra y el *man* quería levantarse a las cinco a hacer ejercicio. No joda. Y, lo peor, es que, a veces, lo lograba y nos sacaba a trotar ahí arriba en el estadio que hay por el Penal. Era pequeñito. Él hizo el túnel. O sea el *man* cavó el túnel solo, nosotros lo ayudábamos pero él fue quien cavaba la tierra.¹²³

Sin más herramienta que una pata de cabra, estuvieron en el subsuelo meses enteros, señalando un nuevo punto con la brújula, midiendo la distancia, sacando la tierra en costales, comprando papas,

regalándolas antes de que se pudran, y nuevamente acarreado más tierra desde las profundidades del túnel artesanal. La logística para sacar los escombros que dejaba su excavación era complicada y empezaron a guardar los quintales en el mismo local hasta que se rompió el piso de madera. Los improvisados mineros olían a tierra y ya la luz del sol les era ajena por completo: palidecían. En un momento de la construcción se dieron cuenta de que estaban desviados y tuvieron que rectificar el rumbo. En otro, dentro del túnel la tierra empezaba a caer por el peso de la superficie, improvisaron entonces unas columnas hechas con gatas para autos. El túnel debía llegar hasta el patio del Penal García Moreno y dar justo en el lugar en el que los alfaros hacían a diario su rutina de gimnasia, los excavadores iban guiados por el sonido de los saltos que daban sus compañeros presos sobre el pedazo de cemento ubicado en el patio.

A pocos días de producirse la fuga, empezaron a limpiar todo, a eliminar cartas, nombres, direcciones, todo lo que pudiera incriminar a alguien dentro o fuera del Penal. En esos momentos, surge también otra cara de la personalidad de Arturo, quien decidió que dos compañeros no saldrían por el túnel, los dos que soltaron la información de casas y nombres en las que cayeron tantos otros miembros de la Organización: Santiago Rivera y Guido Llamuca.

El Arturo también tenía eso, ¿no?, era drástico en sus decisiones. En la salida del túnel le dijo a Santiago Rivera ‘tú no te vas, te quedas preso’. Él era así también. Tomaba unas decisiones que a uno lo dejaban perplejo. Era bien fuerte en tomar decisiones, a veces muy drásticas. Eso es algo que no se conoce pero él era sí: era muy buena persona pero cuando necesitaba tomar una decisión así de ese tamaño, la tomaba sin dudar.¹²⁴

Arturo conversó con Rivera y Llamuca antes y, según otra versión, fueron ellos quienes decidieron quedarse a cumplir la condena de seis años que les impusieron a todos. Llamuca habría argumentado tener miedo de que lo maten por delator –como se conocía ya sucedió en algunas organizaciones revolucionarias del continente–, en tanto que Rivera dijo que su esposa estaba embarazada y que había decidido dedicarse a su familia. En la reunión, Arturo les recalcó que jamás sucedería algo como una venganza por la delación. Ambos conocían del operativo y colaboraron con quienes fugarían dedicándose por completo a la cocina y al cuidado de la celda. El operativo se suspende por tres ocasiones por distintas razones. Cada uno ya había enviado una muda de ropa que debía ponerse a la salida del túnel la mañana del domingo 14 de abril de 1985, pero el viernes 12 les llega la boleta de libertad a Patricio Baquerizo y al *Chino* Solórzano.

Ese día también le llegó la boleta de libertad a Consuelo Benavides. A ella la dejan salir y a nosotros nos retienen. Los dueños del banco jamás nos acusaron, nuestro juicio era por asociación ilícita. Esa noche, el viernes, Arturo me dice: “Hermano el domingo va lo del túnel, ¿qué hacemos?”. Yo le dije, si no nos dejan salir nos vamos por el hueco. Nuestra idea era salir a como dé lugar, si era por la legal o en fuga, nos era indiferente.¹²⁵

Ese fin de semana cae preso Hamet Vásconez, que había participado en el operativo de El Rastrillo y conocía al detalle los pormenores del plan de escape a través del túnel. Cinco días con sus noches lo torturaron en el SIC y luego, con los brazos absolutamente inmovilizados, las manos hinchadas, la espalda sangrante, el cuerpo amoratado de las palizas, lo encerraron en el Pabellón C del Penal García Moreno, en una celda sin ventanas. Él no podía estar con el resto de sus compañeros, tenía que quedarse solo en ese lugar de reclusión. Inmovilizado como estaba, recibía la visita de sus camaradas,

que le daban comida, le ponían inyecciones, lo masajeban y trataban de rehabilitarlo después de la tortura. Poco a poco, Hamet Vásconez –que era un joven alto, fornido y corpulento– se recuperaba a fuerza de descanso para sumarse al plan de escape. No podía caminar o trotar pero salía a tomar sol con sus compañeros.

La Policía no bajaba la guardia con los miembros de AVC y le pagaba algo de dinero a un grupo de presos para que realicen los ejercicios matutinos junto a ellos. De modo que siempre había al menos dos personas que se relevaban para seguirlos, correr junto a ellos, escuchar lo que decían. Su insistencia era tal que Arturo decidió llevárselos por el túnel para evitar que los delaten antes de poder escapar. Obviamente, ellos no conocían del plan de fuga así que intentaron una jugada el día anterior. El sábado 27 de abril, a las 6:00 en punto de la mañana iniciaron su rutina deportiva, como todos los días, y aquellos dos estaban pegados al grupo.

Yo sabía taekwondo y Arturo me dijo, hagamos un entrenamiento durísimo, saquémosles la madre a estos, danos una clase. Entonces, yo les enseñaba los golpes, las patadas, el bloqueo. Me dijo ‘tú te haces cargo del más grande’, que era el más conchudo, nunca se nos despegaba. ‘Tú le vas a dar duro a ese pana, no le vas a tener pena’, me dijo. Yo, bien mandado, era que le daba y le daba. Hacía como que me equivocaba y le daba duro. Cuando se caía de las patadas, le decía ‘¡qué pasa, compadre, párese!’ Le di tanto y tan fuerte que el domingo no salió. Nos fuimos sin él.¹²⁶

Mientras tanto, bajo tierra, el comando ya había fallado al menos dos veces en la salida del túnel, llegaban a otros lados: a la cocina, a la calle, pero no al patio donde debían. Los cuerpos amanecían a veces entumecidos por el esfuerzo que precisaba sacar la tierra. Construyeron un coche para poder halar los sacos de escombros desde el fondo, al

que bautizaron como *El troncomóvil*. Uno sacaba la tierra, otro la ponía en el carrito, otro la arrastraba y *Juana* llenaba los costales con los desechos que dejaba la excavación.

Hermano, no sé cómo hacíamos, solo sabíamos que teníamos que hacerlo. Era emocionante saber que lo íbamos a sacar al Arturo. Varias veces nos dimos cuenta de que no íbamos por el camino correcto, porque la brújula a veces falla debajo de la tierra. Tanto hacer y después de medir ochenta veces por fin teníamos la certeza de que llegamos. Entonces, como desde el Penal se ve el tanque de agua de El Placer [un barrio del centro de Quito], decidimos poner ahí una señal para que desde adentro sepan que ya estamos listos para que salgan.¹²⁷

El cálculo tenía que ser tan preciso que en horas de la madrugada del día 28 debían quedar apenas cuarenta centímetros de tierra por cavar, de modo que el hueco se abra a las 7:00 en punto: si lo abrían una hora antes, no había nadie, y, si lo abrían una hora después, estaban todos los presos. Era una jugada milimétrica. La señal para saber que los AVC estaban listos desde adentro era saltar tres veces seguidas y después dos. Marco Troya, muy cerca de ellos pero bajo tierra, escuchaba con un estetoscopio para saber dónde debían abrir el hueco definitivamente. Antes de salir de su celda, Rubén Ramírez dejó todo limpio, la miró por última vez y hablándole al frío que en ella habitaba se despidió diciendo “nunca más te volveré a ver”. La emoción invadió a los novatos excavadores cuando escucharon el eco de los saltos que en la superficie daban sus compañeros. Esta fue la ciencia que estuvo debajo del operativo del rescate. Diario *El Comercio* diría, meses más tarde, que se trató de un túnel construido “científicamente” por otros subversivos.¹²⁸

Fue impresionante eso, loco. Yo tenía una barra con la punta en forma de broca. Una madrugada siento cemento y hago un pequeño orificio por el que alcanzo a ver la luna. ¡Chucha, qué felicidad! ¿Cachas? O sea, ¡qué felicidad! Ya vimos que era más que posible que lo logremos y pintamos las consignas en las paredes. Teníamos ropa para los manes, plata en cada ropa...¹²⁹

A las 3:00 de la mañana inicia la última etapa de la extracción de la tierra. Los túneles erróneos que habían hecho meses antes sirvieron para almacenar la gran cantidad de material que aún salía. Antes de salir de sus celdas, Manuel Cerón y Arturo recuerdan –como habían hecho tantas otras veces antes de los operativos– el poema *Pachacamac* de César Dávila Andrade, musicalizado y leído por Beto Méndez. Ya en el patio, el eco de los saltos era cada vez más fuerte, hasta que en un momento el piso cede y cae el primer pedazo de la débil capa de cemento. Arturo y Marco Troya se ven de frente y la sonrisa no les cabe en el rostro. Arturo da un salto y cae por el hueco que, para su sorpresa, estaba iluminado con focos y casi hasta señalizado. El primero en salir fue Arturo, luego Hamet Vásconez, Rubén Ramírez y Manuel Cerón. Marco Troya salía al final rompiendo los focos y poniendo “miguelitos” en el piso para retardar a quienes intentaran seguirlos por aquellos ciento veinte metros que durante siete meses tanto esfuerzo había costado y que aquel día recorrería por última vez en su vida. Al salir a la superficie cada quien veía su ropa en una mesa, se cambiaba y esperaba la orden de salida de uno de los compañeros que estaba en la puerta del local. Hay un carro que los va a embarcando, cada uno con su arma y una granada.

Antes de salir, todos sonrieron al ver la consigna escrita en las paredes y que tenía dedicatoria exclusiva para Joffre Torbay, el obeso adalid de la Operación Cóndor en Ecuador y secretario de

la Administración de León Febres Cordero, quien en reunión con sus amigos de la Cámara Ecuatoriana-norteamericana dijo: “A los subversivos hay que matarlos como al pavo, la víspera”. Después de semejante operativo, una verdadera humillación para los aparatos de seguridad que Torbay había especializado con torturadores españoles, israelíes, colombianos y chilenos, Alfaro Vive Carajo dejó escrito en las paredes: “Torbay, los pavos se te fueron la víspera”. A esa afrenta le sumaron otras consignas: “Libertad o muerte, ¡Venceremos!” y “William Ávila Salvatierra, ¡Presente!”.

Poco tiempo antes de que se dé la fuga del Penal, a William Ávila Salvatierra lo atrapan en un operativo. Estaba herido. Lo torturan, lo llevan a la penitenciaría y se le planifica una fuga. Parece que hay fallas en la fuga y lo recapturan. Lo vuelven a torturar y le revientan un pulmón. Lo llevan a la penitenciaría y a los pocos días, muere, porque lo torturan estando herido. Fue una pérdida grande. El Arturo lo quería hartísimo al Gordo. Este era un man dicharachero, jodedor, pero también súper disciplinado. Uno de los tipos más transparentes, humildes, no complicados, y alegres de toda la Organización. Súper buen cuadro.¹³⁰

El operativo estaba tan bien planeado que un comando de AVC, encabezado por Luis Vaca, estaba apostado en los tanques de agua del barrio El Placer, desde donde se domina visualmente el techo de la cárcel. Si los guardias que estaban en el tejado notaban algo y querían atacar a los fugitivos, él dispararía desde arriba para disuadirlos. Había un comando que iba a activarse por el lado opuesto al del túnel para despistar a la Policía en caso de que se diera por enterada. Nada se dejó al azar. Fue un operativo perfecto, no se disparó un solo tiro.

Al salir, llegaron a una casa de seguridad desde la que continuaron con la lucha en la Organización. Rubén Ramírez y Manuel Cerón fueron a armar el bloque militar en la zona de Esmeraldas, Hamet Vásconez prosiguió con tareas a nivel nacional e internacional y Arturo continuó en la dirección de la Organización. La marcha del Primero de Mayo de 1985 encontró en libertad a la dirección de Alfaro Vive Carajo. Venía el momento de emprender una tarea más alta: llevar la guerrilla a la montaña.

Capítulo VIII

Marchemos unidos como un solo corazón

Vuelvo a mí mismo, a la intimidad, que es una especie de embajada donde siempre me dan asilo, y repaso las dificultades para no decir la verdad, porque ya nadie cree en las fantasías ajenas.

CARLOS MONSIVÁIS, *Las alusiones perdidas*

La bofetada que significó para el gobierno de Febres Cordero el escape por el túnel del dirigente máximo de Alfaro Vive Carajo, no iba a quedar en el olvido. Sentado en su despacho, al mediodía de aquel 28 de abril, cuando Febres Cordero recibió la noticia, lanzó contra la pared el vaso con vodka que acostumbraba a tener a mano. Rabioso, con el párpado derecho tiritando de ira, se levantó, maldijo, tomó el teléfono y siguió maldiciendo. Caminó, pateó un jarrón que tuvo la mala suerte de atravesarse en su ruta hacia el cajón del escritorio de donde sacó una pistola semiautomática M1911, recuerdo de su viaje por los Estados Unidos, y siguió vociferando impotente, batiendo el brazo y el arma. Su voz, estruendosa al principio, fue tomando notas de paciencia, la respiración se calmaba. Ya le alcanzaron otro vaso de vodka *Baltique*, uno de los más caros del mundo, ya se lo empinó. Su voz se apagó del todo y solo su gesto fatal –con el arma en su mano derecha, hizo el ademán de degollar– fue la orden con la que Gustavo Lemus salió del despacho a preparar un despliegue nunca antes visto contra la juventud del Ecuador.

Para entonces, Arturo Jarrín ya libre trashuma en casas de seguridad entre Quito y Guayaquil. Se cortó el cabello, se dejó el bigote y algo de barba. De esos días data una foto memorable que publica el diario *Hoy*, en la que Arturo aparece con una mirada tristísima, un grupo de cabellos rebeldes, y dos compañeros suyos encapuchados sosteniendo cada uno su arma. En gratitud al trabajo de los compañeros que cavaron el túnel, decidió que el grupo se tome unos días libres. Marco Troya se fue una semana a San Jacinto, lo mismo que el resto de los excavadores. Arturo había heredado una de las costumbres de su padre:

El man tenía esas cosas chéveres. A nosotros nos mandó a la playa a descansar unos días, yo me fui a San Jacinto. Siempre tenía esos detalles: a donde quiera que se iba siempre te traía algún recuerdo, alguna huevada chiquita, una camiseta. Nadie sabía a dónde se iba pero nunca faltó el regalo, el detallito, para todos los que vivían con él. Tal vez a mí me dio algunas cosas más porque pasábamos más tiempo.¹³¹

Después de ese descanso, Marco Troya volvió a reunirse con Arturo y por fin pudieron hablar. “Te quiero agradecer, hermano”, le dijo Arturo. “Ya sabes, comandante. Vos eres. Estoy orgulloso”, respondió Marco. Treinta años más tarde y aún con lágrimas en los ojos, Marco dice que eso es lo único que le ha quedado “de todos estos hijueputas años en los que él no está”. “Yo era un obrero y esa reunión del 82 me cambió la vida. Su imagen es tan fuerte que hasta ahora me sigue dando órdenes”, recordó Marco el día en que cumplía 54 años.

A los pocos días de la fuga, con un ambiente tensionado en el país por una huelga de los obreros de Textil Equinoccial y otras empresas, Arturo Jarrín, Fausto Basantes, Rosa Mireya Cárdenas, *Juana*, Juan Carlos Acosta, Juan Cuvi y Hamet Vásconez dan una rueda de prensa a medios internacionales. En ella se muestran alegres

y victoriosos después de este escape al que el mismo Febres Cordero calificó como científico.

La segunda Reunión de Mandos, ocurrida en los primeros días de agosto de 1985, decidió impulsar y darle autonomía a los comandos político-militares urbanos, la creación de las fuerzas armadas rurales –tarea para la que iban a enviar cien hombres a prepararse en las montañas de Colombia–, determinó algunos planes para liberar a los presos políticos y la recuperación de recursos económicos para lograr estos objetivos. Aquella noche, se decide retener al banquero a Nahím Isaías con miras a exigir una recompensa.

En el caso de la retención del señor Nahím Isaías, para nosotros era un hecho de fuerza más que de violencia, en términos de lograr los fondos que la oligarquía ha ido acumulando, recurriendo ellos sí a la violencia. Revisemos los imperios económicos formados en el país, son imperios formados sobre la más atroz de las violencias. Esa violencia se expresa solamente cuando uno camina por los suburbios o los barrios marginales de Quito, en el campo del país. (...) ¿Por qué al señor Nahím Isaías y no a otra persona? Porque para nosotros el señor Isaías es representación de un grupo oligárquico en el país. Nosotros escogimos al señor Nahím Isaías precisamente para no meternos en problemas directos con el actual grupo monopolístico que está usufructuando del país y porque conocíamos –y lo ratificamos ahora– la actitud progresista del señor Nahím Isaías.¹³²

La mañana del 7 de agosto, un comando compuesto por Juan Cuví y Juan Carlos Acosta, de AVC, y Henry Guevara Sánchez, Fernando Carmona, Alfonso Benavides y Germán Sarmiento, miembros del M-19, entran en acción para retener a Nahím Isaías, que había financiado la campaña de Febres Cordero y era uno de los hombres a quien éste debía ingentes sumas de dinero. Dos objetivos

motivaron esta retención, una económica para los fines antes descritos y, otra, política: había que asestarle un golpe emocional a la oligarquía, aunque éste dijera ser progresista. En alguna revista todavía subsiste la foto en la que el banquero de origen libanés tiene, sonrientes, a su derecha a León Febres Cordero y a su izquierda a Fidel Castro. La noche en que lo retienen, Nahím Isaías se escapaba de su mundo de seguridad y lujos para dar rienda suelta a los placeres del cuerpo. Ese fue la oportunidad que AVC aprovechó:

La debilidad del tipo es que era gay. Obviamente, como una figura pública, él tenía que cuidar su imagen, no era un gay asumido. Él tenía toda la seguridad en su vida pública excepto cuando iba de romance. Era el único momento en que el tipo se desprendía de todo su equipo de seguridad y se iba solo. Después de seguirlo tantos meses, una vez logramos detectar a dónde iba. Todas las noches que el tipo salía y se perdía iba a dar allá.¹³³

El lugar elegido por Isaías era una casa de retiro familiar, ubicada a unos diez kilómetros de la ciudad de Guayaquil. La noche del 7 de agosto, Nahím Isaías hace sonar el claxon de su auto y antes de que el guardia abra la puerta de la casa, el comando de AVC le cierra el paso. Lo suben a un auto pequeño y luego lo cambian a un *Trooper* que tenía la consigna de llevarlo a Manta, pero el azar les juega una mala pasada: justo a esa hora, un contingente de policías y militares desplegó un operativo para detener a Camargo, un violador que había azuzado a la urbe porteña en los últimos meses. El auto que iba en la retaguardia es detenido en la gasolinera de Nobol, a treinta y tres kilómetros de la ciudad. Ahí cae Juan Cuvi, lo golpean, torturan, y lo ponen en las mismas condiciones infrahumanas a las que sometían a todos los miembros de la Organización. Cuvi tuvo además tres testigos privilegiados: León Febres Cordero, Jaime Nebot y Marcel Laniado, entonces ministro de Agricultura.

La imposibilidad de sacar a Isaías de Guayaquil trastoca los planes y buscan refugio en la casa que custodiaba Mireya Cárdenas. Ella estaba en Guayaquil preparando las cosas para un operativo y los recibió en la parte posterior de la residencia —ubicada en Urdesa— que regentaba y en la que convivía con tres compañeros de la Organización. Las dos semanas que el banquero permaneció en esa casa, todo pasó desapercibido, pese a que en un momento estuvo habitada por veinte personas. Solo una mañana la dueña del inmueble se quejó porque habían corrido el agua del baño toda la noche. Mireya le dijo que un dolor estomacal la tuvo en ese trajín. Por lo demás, nadie notó que esa era la propiedad que la Policía buscaba, por la que había revuelto Guayaquil, allanando viviendas y deteniendo personas a las que torturan indiscriminadamente para obtener información. Mientras tanto, adentro de la casa, Nahím Isaías jugaba ajedrez con Fausto Basantes, hacía gimnasia con Alfonso Benavides, comía lo que su dieta requería y pasó acompañado el susto de un temblor que por esos días azotó a Guayaquil. Al temblar de la tierra, Mireya tiene un presentimiento que exterioriza para sí: “Esto no va a salir bien”. Después de ello, deciden trasladar al retenido a una casa de seguridad ubicada en el barrio El Seguro, en la calle Asunción, entre Bogotá y La Habana. Luego se lo llevaron a la casa de La Chala, donde pasaría sus últimos días con vida.

Juan Carlos Acosta se quedó en Urdesa, debía entregar el inmueble el jueves 22 de agosto de 1985, pero, por no tener a dónde ir, no lo hace, y se queda hasta el lunes 26 con Alfonso Benavides, colombiano responsable del operativo. Ese día, la Policía entró a darles con todo: las bombas lacrimógenas extinguieron el oxígeno en las habitaciones, las balas zumbaban al chocar contra las columnas. Adentro Juan Carlos Acosta y Alfonso Benavides se ocultaron lo más que pudieron debajo de los colchones que quedaban, acaso intentaron defenderse pero la ligera pistola 6.35 calibre 22 con la que contaban era

francamente ridícula frente al poder armamentístico de sus adversarios, dirigidos por el entonces coronel Gustavo Gallegos.

Fruto del ataque, ambos rebeldes resultaron heridos. Juan Carlos Acosta Coloma –hijo del ex canciller Francisco Acosta– tenía una bala alojada en el fémur, se desangraba. Pese a lo lamentable de su estado, los agentes lo someten a torturas. Acosta Coloma, en un intento angustioso de preservar su vida, les informa que es hijo de un ex ministro de Relaciones Exteriores. Nada les importa, la tortura continúa. El coronel Gallegos juega con Laura, madre de Juan Carlos, y no la deja ver a su hijo. Al cuarto día, ella lo busca en el Hospital Militar de Guayaquil. Desesperada corre por los pasillos siguiendo un poco su instinto materno, un poco el eco de los gritos de su hijo, hasta que lo halla en una camilla, con el cuerpo hecho añicos.

(...) al abrirse el ascensor se oía unos gritos desgarradores. Decía: ‘Ya no me martiricen más, ya no me peguen más, ya he hablado todo, es la sexta vez que me hacen esto, déjenme morir en paz’. Era mi hijo. Al salir en la camilla me presenté yo y me puse al lado de él y le dije que se tranquilice, que yo estaba allí y me dijo: ‘No les creas madre. A mí me han echado a matar, me han pateado en el estómago, me han golpeado en todo lado’. En eso se acercó el mayor Gallegos y le dijo: ‘Tranquilícese, Juan Carlos’. Y él dijo: ‘Usted es el señor que ordena que me peguen’. Entonces, cuando Milton Andrade se paró le dijo: ‘Usted también, y solo dejaron de pegarme cuando supieron que era su hijo’. Cuando yo, desesperada, trataba de que me dijeran qué es lo que pasaba, cuál era la situación de mi hijo yo lo destapé y constaté con el dolor más grande que era una cosa espantosa: tenía hematomas por todos lados y sus testículos estaban destrozados. Cuando le abrieron la barriga, según me comentaban los médicos, tenía una hemorragia interna causada por los golpes.¹³⁴

La mañana del 26 de agosto, la salud de Juan Carlos menguaba: su cuerpo delgado había perdido demasiada sangre, los moretones fruto de los golpes recibidos durante la tortura eran evidencia clara de la vejación de la que fue víctima, sus partes íntimas estaban casi reventadas. La sevicia con la que actuaron los gendarmes encontraba su cuadro de horror en el cuerpo de este muchacho que halló la muerte con apenas 27 años. Mucho tiempo después, León Febres Cordero, besando sus dedos en cruz, sentenciaba sin pudor ante las cámaras: “Yo jamás he torturado a nadie. Jamás he ordenado torturar a nadie. Esto lo juro por los huesos de mi madre que descansan en paz. Jamás he ordenado asesinar a nadie. Jamás. Nunca. Nunca lo haría”. El extraño juramento es, al menos, sospechoso dado que Guayaquil era el feudo en el que, a decir de Juan Cuvi, no se movía una hoja sin que Jaime Nebot o León Febres Cordero lo ordenasen.

Patricio Baquerizo –que para entonces estaba al frente del operativo de Nahím Isaías- va a la casa de La Alborada para cerciorarse de que está “limpia”. En ese momento es apresado junto a otros compañeros. Días más tarde, a las dos de la mañana del 3 de septiembre, ebrio de alcohol y de poder, Febres Cordero –que, según él mismo, estaba acompañado de los hermanos de Nahím Isaías, Roberto y William– ordenó que “nadie quedara vivo”. El piquete policial, parte del cual se entrenó con el Grupo Especial de Operaciones de España, se instaló frente a la casa donde el comando de AVC tenía retenido a Isaías. El banquero estaba preocupado porque había notado la actitud beligerante de los uniformados. Era evidente que Febres Cordero no quería negociar. Asustado por la situación, conversa con Patricio Baquerizo y le confiesa que prestó 10 millones de dólares para la campaña del socialcristiano:

Él me dice: ‘A mí me preocupa todo el estado de la situación. Yo le voy a decir una cosa, si aquí nos encuentran aquí nos morimos todos’. Y yo me le río. ‘Usted está loco’ – le digo-. O sea, si Febres Cordero nos encuentra aquí, tiene que negociar. ‘No crea – me dice-, puede que no negocie. Y puede que nos toque morirnos a todos aquí’. Yo era un convencido, aún a pesar de lo que había conversado con él, de que Febres Cordero negociaba, de que no lo podía dejar morir. Además dijo: ‘Yo más le valgo a él muerto. Primero, no me paga la deuda (...) y él ya está comprometido con el grupo del Banco del Pacífico. Muchos van a pedir que yo no salga vivo’.¹³⁵

Antes del asalto final, ya con la balacera instalada frente a la casa de La Chala, uno de los captores –Fabián Medina Simisterra– es asesinado con un certero disparo en la frente, que salía del arma del capitán Galo Miño. Una bandera blanca aparece solicitando sacar el cadáver del guerrillero y es cuando un comando policial se disfraza de médicos y hace una inteligencia de la casa: cuántos subversivos están, dónde podría estar Isaías, qué tipo de armamento tenían adentro. Antes de ingresar, la Policía cortó el suministro de agua y de electricidad en el domicilio. Encendieron a su alrededor unos reflectores gigantes para evitar posibles fugas. Una bomba explota en la puerta de la casa. Fue la orden tras la cual los uniformados entraron. Desde el piso, y gravemente herida por la explosión, Gloria María Mendoza, una guerrillera miembro del M-19 era ultimada a balazos. En los estertores de su vida alcanzó a gritar: “¡Viva el M-19! ¡Viva Alfaro, carajo!”. Asustados, los otros custodios de Nahím Isaías deciden entregarse al escuchar “¡Salgan con las manos en alto!”.

Fueron balas disparadas por los oficiales y militares que entraron junto a nosotros, las que mortalmente hirieron al banquero Nahím Isaías Barquet, quien se encontraba detrás de la puerta principal de

ingreso a la casa, amarrado a una silla. (...) Cumpliendo la orden que se les había dado, y con las manos en alto, los atemorizados jóvenes salieron e inmediatamente les desarrajamos ráfagas de metralla, apagando sus vidas instantáneamente.¹³⁶

Después del trágico asalto a la casa, Nahím Isaías moría en la Clínica Guayaquil. La autopsia se realizó pero jamás existió un informe balístico que indique la procedencia de los proyectiles que acabaron con la vida del libanés. Alfaro Vive Carajo solicitó por todos los medios que se realice esta autopsia, pero jamás hubo resultado alguno. Ese día, con la muerte de Isaías, se extinguía la deuda que Febres Cordero contrajo con él para financiar su campaña electoral.

Nosotros, desde el momento mismo de la retención, pudimos advertir que la actitud de la Policía y del gobierno era provocar el desenlace que hubo: cercos permanentes a casas, y a todas las casas que entraron lo hicieron con una actitud provocativa. Nuestra actitud fue siempre velar por la vida, no solamente de nuestros compañeros, sino también del señor Nahím Isaías. Para evitar ese problema tuvimos que moverlo cuatro veces en Guayaquil porque eran tan grandes los cercos de la Policía y el Ejército, y tan violenta su actitud, que este hecho sucedido ahora en La Chala, pudo haberse sucedido antes sino era por esa precaución nuestra de mover al señor Isaías por diferentes lugares.¹³⁷

Como recuerdo fatal de ese episodio, Arturo Jarrín entregó al periodista Diego Oquendo los documentos personales, una joya, y dos cartas que el banquero había escrito durante su cautiverio. Esas misivas estaban dirigidas a su hermano Roberto Isaías y Luis Chiriboga Parra, a quien él consideraba como el posible negociador para salir de la retención.

Los veinticinco días que el señor Isaías estuvo en nuestro poder, recibió el mejor de los tratos posibles en esas condiciones, en esas circunstancias: comida especial, gimnasia diaria, práctica religiosa. Se logró desarrollar una muy buena relación con nuestros compañeros e, inclusive tenemos dos cartas que dejó el señor Nahím Isaías.¹³⁸

Para cuando estos hechos tuvieron lugar, Arturo estaba en Quito y había aprendido a manejar, para sorpresa de sus compañeros. *Carla*, seudónimo con el que era conocida entonces Mireya Cárdenas, le pidió no participar nunca más en este tipo de operativos. Ella argumentó que no le gustaría que sus familiares sufrieran al verla retenida. Arturo, entonces, sentenció: “*Carla*, aquí no estamos para hacer solo lo que nos gusta, sino para cumplir lo que la historia demande”. Para ella esa respuesta fue devastadora. “Creo que me fui a llorar después de lo que me dijo”, recuerda muchos años más tarde.

La fallida retención de Isaías y su trágico desenlace hizo mella en la imagen de la Organización entre las masas. Este ligero distanciamiento fue aprovechado por Febres Cordero para iniciar el proceso de formación del más espeluznante grupo clandestino de la Policía, el SIC-10, que según uno de sus miembros nació con el objetivo de eliminar la subversión al costo que fuere, pero también para amedrentar a los enemigos políticos del régimen, a punta de garrotazos. Iniciaba la época más oscura de la represión en el Ecuador. El entrenamiento al que fueron sometidos los agentes de policía los convertía en seres despiadados, en máquinas de matar, indolentes y llenos de temor y odio contra sus compatriotas alzados en armas. Esta preparación para acabar con AVC estaba a cargo de un personaje que durante años pasó desapercibido pero cuyo legado de muerte sobrecogió decenas de hogares en el país, se trata del israelí Ran Gazit.

Para hacernos una idea de lo que fueron estos entrenamientos de los israelíes, mientras el personal flexionaba, se encargaban de realizar disparos con fusiles cerca de los oídos dejando un estruendo retumbante en la cabeza, o nos ordenaban la crianza de animalitos domésticos (perros), a los que luego de algunos meses de criarlos, nos obligaron a que los matemos, como muestra de lealtad, ordenando que después de abrirles el estómago con un puñal, les saquemos con la boca un órgano cualesquiera del cuerpo del animalito (...) Así mismo, se utilizaban siluetas de madera o cartón con el nombre de nuestras madres, para que disparemos sobre ellas; nos colocaban, igualmente, un chaleco anti-balas, acercándose el instructor y procediendo a dispararnos a corta distancia, tratando con ello de familiarizarnos con lo que podía ser el impacto de un proyectil.¹³⁹

Los medios de comunicación colaboraron a crear un clima de opinión favorable para que esta represión sea aceptada como normal e incluso deseada por una parte de la población. A través de los medios empieza una campaña de recompensas, los rostros de Arturo Jarrín, Hamet Vásconez, Fausto Basantes, Justina Casco y Edgar Frías y Mireya Cárdenas aparecían de cuando en cuando interrumpiendo la programación. La música de fondo era espeluznante, como si se tratara de una película de terror en híbrido perverso con un western. El gobierno ofrecía cinco millones de sucres como recompensa por la entrega de los revolucionarios.

La noticia de la muerte de Juan Carlos Acosta sonaba en las radios como una victoria del gobierno en contra de la subversión. Arturo Jarrín viajaba de Santo Domingo a Quito y al encender la radio se dio de bruces con la realidad, su amigo, su principal contacto con el M-19 y con Jaime Bateman fue asesinado por los aparatos de represión de Febres Cordero. Al llegar a la casa de seguridad, notablemente

abatido por la noticia, apenas abrazó y saludó a sus compañeros. Cuán grande sería su rabia, tristeza, su decepción, que a la vuelta de treinta años, Mireya Cárdenas prefiere guardar para sí lo que le dijo aquel día.

Superado ese momento, AVC se dispone a preparar la Segunda Conferencia Nacional, que se desarrolló en Esmeraldas, los primeros días de noviembre. Hay un movimiento inusitado de militares debido a un reciente enfrentamiento entre el Ejército colombiano y la guerrilla. Ese día nace en los militantes la primera sospecha de delación dentro de movimiento. El cerco se cierra y hace imposible que todos los delegados se reúnan. De todos modos, con la anuencia de su amigo Hamet, Arturo Jarrín la instala bajo el lema: “Marchemos unidos como un solo corazón”. Lastimosamente para los intereses de la Organización, lo último que salió de aquella reunión fue la unidad: una fracción de los mandos cree que no existen condiciones para llevar adelante la propaganda armada, la fracción de Cuenca, liderada entonces por Ricardo Merino, se levanta de la Conferencia y se va aduciendo que no existe suficiente representatividad de los mandos, apenas el 40% de ellos había podido entrar a la zona de Río Blanco. Fue una conferencia infructuosa que debilitó la estructura de la Organización y dejó una herida profunda en los militantes que fueron capturados ese día: Luis Vaca, Susana Cajas y Javier Jarrín Sánchez. El 10 de noviembre de 1985 Luis Vaca, cuñado de Arturo Jarrín, fue trasladado por un grupo de militares hasta el Cuartel de Inteligencia Militar de Conocoto donde permanecería durante cerca de tres años en constante acoso, tortura, vejaciones, e incomunicación ordenadas por el entonces capitán Édgar Vaca Vinuesa, según los informes de la Comisión de la Verdad.

Un día, ya harto de la soledad y del encierro decidí matarme. Agarré las tablas de la cama que tenía, la arranqué, y la atravesé ahí en la

puerta. Con la toalla hice una soga y me quise ahorcar. El rato que me cuelgo, se rompe la tabla. Ahí me di un poco de coraje y dije ‘aquí sí aguanto, no muero’.¹⁴⁰

Las secuelas de su desaparición forzosa y de las torturas están en su mente. Habla con desazón, con decepción del ser humano y sus alcances. Después de las largas sesiones de brutalidad policial y de las descargas eléctricas en su cuerpo, hoy teme arreglar hasta el más mínimo problema eléctrico en su casa. Poco tiempo antes de que lo liberen empezaron a sacarlo al sol, dos años sin verlo directamente habían lacerado también algo en su espíritu, le daban cuatro platos de comida, lo hacían hacer ejercicios. El día en que lo dejaron cerca de su casa, vestía un calentador. Cuando se bajó del carro, un militar le dijo ‘que te vaya bien’, y le extendió unos pesos colombianos. Luis caminó mirando de reojo por si querían dispararle. Al girar la esquina corrió desesperadamente, aferrándose a la vida. Entró a su casa y de ella no volvió a salir solo en mucho tiempo. Nunca más quiso hablar del tema, lo botó al sótano de su memoria.

Las dificultades expuestas en la Segunda Conferencia obligaron al Comando Central de AVC a tomar decisiones que en adelante rijan los destinos de la Organización. Una de las tácticas que deciden emprender es la movilización de la guerrilla al sector rural. Para lograr este objetivo un grupo de cerca de cien hombres y mujeres viajaría en enero de 1986 a Colombia para prepararse en las milicias irregulares de ese país, y contribuir al fortalecimiento del Batallón América, un ejército popular compuesto por AVC, el M-19 y el MRTA. Rubén Ramírez tenía instalada ya una escuadra de quince personas y estaba apostado en la selva esmeraldeña. La guerrilla había proyectado ocupar las zonas de Esmeraldas y Manabí. Lucía Vergara y Consuelo Benavides fueron las encargadas de iniciar el trabajo en esas provincias, usando una fachada de profesoras.

Pobre Consuelo. Ella era secretaria del Colegio de Contadores del Ecuador y el Arturo la manda a dar clases en Esmeraldas, en la parte más selvática, porque la estrategia era traer la guerrilla a Esmeraldas y todo el norte de Manabí, a la reserva ecológica Mache Chindul, y ahí instalar la guerrilla. Por eso la manda a la Consuelo a Esmeraldas y a la *Juana* [Lucía Vergara] a Manabí, para que vayan haciendo trabajo político, preparando las condiciones para que entre la guerrilla, mientras la gente estaba preparándose en el Batallón América.¹⁴¹

La profesora Consuelo Benavides llegó hasta el recinto Estero del Plátano, de Esmeraldas, bajo el nombre de Julia Acosta Caiza. Ella conjugaba su trabajo como maestra en la escuelita que llevaba el mismo nombre del sector, a la par de un trabajo comunitario con los padres de familia. La noche del 4 de diciembre de 1985, Oswaldo Campaña, por órdenes de Fausto Morales Villota, subdirector de Inteligencia Naval, captura a Consuelo Benavides y a Serapio Ordóñez. Ninguno de los dos tenía orden de detención ni cometía delito alguno. Sin embargo, aquella noche fueron trasladados hasta el puerto de Esmeraldas, donde empezaron las amenazas y los interrogatorios. El 5 de diciembre un grupo de la Fuerza Naval viaja hasta a Quito para confirmar la identidad de la maestra. La luz de la mañana del 6 de diciembre de 1985 encontró a Consuelo Benavides colgada de los pulgares, recibiendo golpes, descargas eléctricas y gritando desafortunadamente por el dolor infringido en su cuerpo.

El señor oficial Morales ordenó al chofer ir hacia un reparto policial al que entró con la mujer, volviendo a salir con ella minutos después. Salimos de viaje hacia Esmeraldas y llegamos a la altura del aeropuerto de Tachina. El señor oficial ordenó al chofer detenerse, dispuso que Olivo y yo bajáramos y permanezcamos ahí para hacer vigilancia, y mandó al conductor a entrar al camino secundario

existente a esa altura de la carretera. Pasados unos veinte minutos, Olivo y yo oímos varios disparos de arma de fuego. Después de otros tantos minutos, el jeep regresó sin la mujer y el señor oficial Morales nos ordenó embarcarnos¹⁴².

El 13 de diciembre, un médico fotografió y le practicó la autopsia al cuerpo hallado en un escampado del poblado de Rocafuerte, en la provincia de Esmeraldas, con siete proyectiles en el cráneo. Su estudio concluyó que había muerto cuarenta y ocho horas antes, el 11 de diciembre de 1986. El cadáver de la eterna enamorada de Arturo Jarrín permaneció durante tres días en una canoa vieja cubierto con hielo, en espera de que alguien lo reconozca. Consuelo Benavides desapareció para su familia durante más de tres años hasta que en 1988 el cuerpo pudo ser identificado. Su asesino, Fausto Morales Villota, está implicado en más de un crimen, incluyendo la sospechosa muerte del hombre de su confianza que lo acompañaba la noche en que asesinó a Consuelo, el sargento Balter Prias.

La seguidilla de asesinatos de amigos muy queridos y cercanos a Arturo Jarrín, apocan su espíritu, sus compañeros lo sienten golpeado moralmente, pero diciembre de 1985 no se acaba y los problemas para la Organización tampoco. Para sostener la logística que requería la creación de la guerrilla rural, Alfaro Vive Carajo planifica la retención de Eduardo Granda Garcés, un poderoso dirigente empresarial, que cumplía las funciones de Gerente General de Teleamazonas. El objetivo político era obligar a Granda Garcés a que entregue detalles de la venta de la hacienda San Eduardo a los *Reyes Magos*, un grupo de narcotraficantes con los que, años más tarde se comprobaría, autoridades del gobierno de la época tenían fuertes lazos. El 18 de diciembre de 1985 se desarrolla el operativo en el que participan Floresmilto Flores –*Milton*–, Mauricio Barahona –*Pascual*–, Gladys Almeida –*Sara*– y, el más joven del comando, Leonardo Vera Viteri.

Pascual y *Sara* simulan ser una pareja que jugaba en la entrada de la casa de Granda, con sus revólveres escondidos. *Milton* estaciona su automóvil como si tuviera algún daño y *Fidel*—seudónimo de Leonardo Vera Viteri— actúa como campana en la esquina del lugar y con un paquete envuelto como regalo de navidad que en su interior contiene una carabina. A las 19:30 al ser abordado en la Avenida 10 de Agosto y Villalengua, Granda Garcés desenfunda su arma y trata de disuadir a su captor. El empresario estaba prevenido y las sospechas posteriores cayeron sobre Floresmilo Flores, que tendría una ingrata participación en la Organización. Vera Viteri responde a los disparos y en el fuego cruzado recibe un impacto de bala en el cuello. El operativo falla y el comando sale del lugar.

Fue evidente que hubo delación y todos sospechamos de Floresmilo Flores. Cuando llegamos a ejecutar el operativo ya nos estaban esperando, había una emboscada esperando por nosotros. Todos quienes participamos de ese operativo terminamos heridos, excepto Flores. *Pascual* demostró ser un compañero a carta cabal, *Sara* que demostró valentía y coraje hasta el último día de su vida. Fue Floresmilo Flores quien nos delató, quien nos traicionó.¹⁴³

Leonardo sospechaba que su herida no revestía mayor gravedad pues salió caminando del lugar. Al llegar a la casa de seguridad, sus compañeros tratan de extraer la bala pero la hemorragia es incontrolable y toman la decisión de trasladarlo a una casa de salud. Édgar Frías le pregunta qué es lo que quiere y Vera responde: “Elijo vivir”. Arturo personalmente es quien le consulta si desea que lo lleven a un hospital— con el riesgo evidente de que lo capture la Policía— o si prefiere esperar y ver qué podían hacer allí por él.

Antes de salir de la casa de seguridad, Arturo me dijo que él se comprometía a rescatarme, que no iba a estar solo en ningún

momento mientras estuviese en el hospital. ‘Si decides tomar esa decisión, anda y si la Policía te detiene, yo me comprometo a liberarte de donde estés’, me dijo. Entonces hicimos un recorrido por los hospitales pero no me querían recibir. Empezamos por el Pablo Arturo Suárez, la clínica Santa Cecilia, pero no me querían recibir porque estaba muy grave. Finalmente, decidimos que me quedaría en la puerta del Hospital Eugenio Espejo y ahí les tocó atenderme.¹⁴⁴

Apenas ingresa a la sala de emergencias, Leonardo Vera entra en un coma del que saldría el 6 de enero. La Organización se comunicaba con él a través del mismo *Pascual* por medio de gestos, pues la traqueotomía que tenía Leonardo le impedía hablar. En esa comunicación gestual había siempre una constante que, cuando la guardia se descuidaba unos segundos, se decía entre dientes pero con firmeza: vamos a cumplir la promesa.

Las visitas de *Pascual* eran más seguidas, yo suponía que estaba haciendo inteligencia. Yo sabía que me iban a rescatar pero no sabía ni cómo, ni cuándo, ni la hora. No sabía nada. Un día me hicieron la señal de cinco, pero no entendí.¹⁴⁵

La convivencia con los dos custodios complica la situación porque Vera los conoce, entablan una mínima relación de amistad y ellos no lo tratan mal. Sin embargo, había un policía que no era parte de su custodia y empieza a insultarlo y pretende que lo esposen a la cama.

Arturo Jarrín, preocupado por la vida de Vera, orienta a sus compañeros para que lo rescaten y pueda viajar a algún país amigo a realizarse la operación quirúrgica necesaria para su recuperación efectiva. De esta misión se encarga el comando “Mártires de Guayaquil”. Después de varios meses en los que Leonardo trashuma entre el Penal y la casa de salud, el 19 de agosto de 1986, un comando de AVC ingresa

a la pieza 3 del Pabellón B del hospital Eugenio Espejo, vestidos como médicos. El pánico estalla en la cara de Leonardo Vera, que no conoce detalles del asunto y que de pronto ve entrar en su habitación a José Luis Flores y a Robert Regalado, a quien sus compañeros conocen como *Marcial*. Éste último, con algo más de 18 años, da la voz de ¡Alto! Los gendarmes que normalmente custodiaban a Vera retroceden en señal de rendición, pero aquel que lo maltrataba –Kléver Villalba– desenfunda su arma. Al verse amenazados, los alfaros descargan y producto de ello mueren los tres policías: Alonso Ordóñez, Julio César Lara y el mismo Villalba.

Fue un suceso traumático para mí. Cuando me rescataron salí a una casa de seguridad y me encontré con Arturo, quien me dijo que cumplió su promesa y que perdone por la forma, que no había sido planificado de ese modo, pero que las circunstancias obligaron. Estaba muy apenado por el hecho. Para mí fue muy difícil pasar ese momento porque es terrible ver a la vida que se extingue.¹⁴⁶

Los presos de Alfaro Vive Carajo celebraron ese rescate pero también sufrieron las consecuencias de la ira y la venganza policial. Patricio Baquerizo recuerda que en la Penitenciaría del Litoral un policía se le acercó para informarle que tres de sus compañeros habían muerto en Quito. “Pilas, me dice, hoy día entran con todo”.

Nosotros estábamos separados de los demás presos por un pasillo de cuarenta metros y estábamos encerrados, literalmente, en una jaula. Esa noche, la del rescate de Leonardo, vemos que los sacan a todos los guías penitenciarios y ese pasillo –en el que las veinticuatro horas del día hay gente– está desolado. Cuando vemos que vienen unos treinta tipos en sudaderas negras, con capucha y con fusil: eran los del GIR [Grupo de Intervención y Rescate]. Claro, ahí nos

sacaron la madre, nos apalearon, nos metieron a la celda de *Camargo*, nos tiraron bombas lacrimógenas en un cuarto pequeñito, hicieron tiro al blanco con nosotros.¹⁴⁷

Leonardo Vera pasa cuarenta días en la misma casa que Arturo Jarrín. La herida abierta por el balazo que recibió había cicatrizado, paradójicamente, gracias a la electricidad que le infringieron durante la tortura a la que era sometido entre curación y curación. La bala seguía alojada en su cuello y ya se había resignado a vivir con ella hasta el fin de sus días. Hasta que, años más tarde, le sobrevino un violento ataque de tos, que hizo que la bala saliera de forma espontánea. Terminaba así un episodio amargo y traumático de su vida.

Antes de que todo esto suceda, y aún a finales de 1985, Arturo y Fausto logran salir de Esmeraldas y se reencuentran en Quito. Algunos militantes que estuvieron en la selva se contagiaron de leishmaniosis, las heridas supuraban y expelían un mal olor. Arturo, paciente, limpiaba las heridas de María Rosa Cajas, con la misma ternura con la que envolvía unos regalos que pensaba entregar en aquella Navidad, la última de su vida. *Mi Coronel*, como le decían a Basantes, estaba muy afligido por la desaparición de Luis Vaca, dado que tenían una amistad profunda y un compromiso afectivo que se había fraguado al calor de decenas de operativos. Diciembre de 1985 fue un mes doloroso para la Organización: asesinaron a Consuelo Benavides, Patricio Baquerizo estaba en la cárcel junto a decenas de compañeros, desapareció Luis Vaca, falló el operativo de Granda Garcés y resultó herido Leonardo Vera, Edgar Frías solicitó permiso para salir hacia Perú con el fin de precautelar la seguridad de su familia. Con este panorama al frente, Arturo decidió reagrupar fuerzas, necesitaba aliados, y emprendió un viaje a Panamá y Libia. Antes de partir, entre octubre y noviembre, ayudó a Mireya Cárdenas a construir la cuna del bebé que ella esperaba y cuyo padre era Fausto Basantes, le pidió a su madre, doña Bachita,

que le tejiera unas prendas de vestir al pequeño Eloy, nacido el 5 de diciembre. Finalmente, desapareció dos semanas sin dejar rastro alguno y volvió a aparecer ante sus compañeros, a pocos días de que termine el año 1985.

La última noche de aquel año prepararon la cena en una casa de seguridad. Algo en el ambiente les daba una nota de tristeza y, por ello, se movían lento, con pasos inseguros y cansinos, con la pesadumbre y la angustia que debe sentirse cuando el hálito de la muerte está a menos de cien horas de distancia. Para romper el letargo, Arturo propuso que cada quien cante una canción y los demás hacían el coro. La ronda casi infantil que se organizó en torno a la mesa fue tiñéndose con los acordes de *Los tres diamantes* y su canción *Embrujo*. “No sé mi negrita linda qué es lo que tengo en el corazón, que ya no como ni duermo, sino pensando solo en tu amor”, cantaba Hamet Vásconez, poniéndose de pie y casi rozando el techo, imaginando que las baldosas formaban un gran escenario, se movía histriónico, extendiendo su mano en la que sostenía un imaginario micrófono, pidiendo apoyo en el coro: “Y todos dicen lo mismo, que tú me estás embrujando, que conmigo estás acabando, que ya yo no sirvo pa’ na”, cantaban a todo pulmón sus compañeros. María Rosa Cajas, tomada de la mano de Arturo, su cabeza arrimada al hombro del flaco, cantó *Era en abril*, de Juan Carlos Baglietto. Arturo estaba indeciso, quería cantar una de *Los Visconti*, pero ante la negativa de María Rosa se decidió por *Te quiero, te quiero*, de Nino Bravo. “Te quiero, vida mía, te quiero noche y día, no he querido nunca así. Te quiero con ternura, con miedo, con locura, solo vivo para ti”, cantaba y también se puso de pie –aunque no había mucha diferencia–, colocaba las manos sobre su pecho, cerraba los ojos y continuaba a tono con el resto de su público: Fausto Basantes, Mireya Cárdenas, Mauricio Barahona y Fernando Flores Palomino.

La canción que cierra la noche es el Himno Nacional. Lo cantaron mirando un cuadro de Eloy Alfaro que tenían en la casa junto a una pequeña bandera del Ecuador. Hamet, Fausto y Arturo se aprietan en un abrazo largo y comprometido, silencioso, infinito. Todos miran la escena: ahí está la cúpula de Alfaro Vive Carajo, ahí los soñadores indefensos, entregados a su amistad. Silentes, miran a un punto vacío en el espacio, nadie dice una palabra. Afuera, los juegos pirotécnicos estallan y Fausto voltea hacia la ventana, sus ojos están encharcados, las explosiones multicolores le recuerdan a su natal Julio Andrade, piensa en su familia, abraza a sus amigos y llora más, inconsolable, con hipos repetidos, llora hasta que parecen terminarse sus reservas de lágrimas y decide salir, romper las normas de seguridad y visitar a la familia. Mireya no puede más que aceptar su decisión y se enrumban hacia su casa. Antes de salir, se abrazan de nuevo, toman el último sorbo de trago. Hay una tristeza insostenible que lo envuelve todo.

Capítulo IX

1986: Derrotaremos a la oligarquía o moriremos

*Las ilusiones son lo más necesario y lo más precioso que hay en el mundo,
y quien puede crear una sola es un máximo bienhechor.*

VIRGINIA WOOLF, *Orlando*

El sábado 4 de enero de 1986, Alfaro Vive Carajo decidió tomarse el barrio Quito Sur, un populoso sector ubicado entonces en los extramuros de la ciudad. El operativo iba a ser una muestra de la capacidad operativa, armamentística y de fuerza de la Organización. Fausto Basantes fue el gestor y mando principal de este operativo. Dos días antes, en casa y junto a su pequeño hijo, Fausto le entrega a Mireya y a otros compañeros el contenido de una caja en la que hay documentos, dinero y la contabilidad de la Organización, todo muy ordenado y claro para que no queden dudas sobre el destino de las recuperaciones. El día del operativo, Quito Sur celebraba sus fiestas patronales por lo que en el barrio reinaría un ambiente de fiesta y algarabía. En la madrugada, un comando sale a recuperar dos camionetas que servirían para ingresar y salir del lugar. La inteligencia que se había hecho sobre el sitio revelaba la existencia de un retén policial al que debían ingresar, reducir a sus ocupantes y recuperar las armas que estos portasen. Un grupo debía tomarse la Empresa Nacional de Productos Vitales (ENPROVIT), propiedad del Estado, otro grupo se iba a encargar de lanzar proclamas, arengar a la gente y detonar dos bombas panfletarias con propaganda. Al operativo ingresaban alrededor de quince comandos de AVC.

Pocos minutos antes de salir de la casa de seguridad donde estaban concentrados antes de operar, una vez que ya hicieron los ejercicios matutinos, los alfaristas realizan una prueba de armamento y detectan que una carabina Winchester se encasquilla. Esta arma era fundamental para el operativo pues debía ser utilizada para la contención de la salida por su amplio espectro de fuego. Ante este imprevisto, Fausto Basantes decide suspender aquella operación porque sin el arma no podía garantizar la salida exitosa de sus compañeros. Esta decisión resulta extraña porque ya todos los participantes sabían con exactitud en qué consistía el operativo, y devolverlos a las casas de seguridad con toda esa información suponía un riesgo para la Organización. Pese a ello, la acción se suspende y Fausto conduce para dejar en distintos sectores de la ciudad a algunas de las personas que iban a actuar en el operativo. En el camino, sus compañeros lo notaban preocupado porque días atrás habían desaparecido *El Gato*, Fernando Flores Palomino, Carlos Andrade y Mauricio Barahona.

El padre de *El Gato* era policía pero aun así los miembros de la fuerza pública lo torturan. Nadie en la Organización sabía de la caída de esos compañeros. Fausto está angustiado porque no ha podido contactarse con Flores sino hasta el día anterior al operativo de la Quito Sur, el viernes. Lo contacta por teléfono pero no acude a la cita que hicieron. Para entonces ya la tortura y la presión familiar convencen al *El Gato* de entregar al número dos de AVC. El plan de exterminio selectivo de la CIA empieza a dar sus frutos.

El 3 de enero, como a las 19:00, caminábamos con Fausto por la avenida de La Prensa y entramos a una farmacia, él se comunicó por teléfono a la casa de la familia de Flores y le respondieron que sí, que ya había asomado. La reacción de Fausto fue decir ‘qué bien, apareció el compañero, no lo mataron. Entonces podemos hacer tranquilamente lo de mañana’.¹⁴⁸

Una vez que decide suspender el operativo del sur de la ciudad y dejar a sus compañeros, Fausto se dirige a la casa donde están Mireya y su hijo Eloy. Ella escucha que se comunica con Fernando Flores y se ponen de acuerdo para encontrarse a las 14:00. Pedro Moncada, que había viajado desde Guayaquil para ayudar a recuperar algunos equipos que quedaron en la casa que días antes debieron abandonar, le dijo a Fausto que le permita acompañarlo a la cita con Flores, pero cansado del viaje, se quedó dormido y su compañero no quiso despertarlo. Mireya también decidió ir con él a la cita, ya estaban a poco de salir cuando, providencialmente, el pequeño Eloy empieza a llorar. Fausto le dice a Mireya que se quede con el niño, les da un beso a ambos y sale a enfrentar su destino. Cubierto por una chompa grande y cargado un maletín en el hombro, Fausto llega a la esquina de la avenida de La Prensa y Manuel Valdivieso cuando son las 13:50, diez minutos antes de la cita pactada. Pide un refresco, el último sabor que sentirá en su boca antes de que un grupo de agentes vestidos de civil lo increpara. Sabiendo que estaba rodeado y que era inútil intentar sacar la granada que tenía en su bolso, Fausto levanta las manos en señal de rendición y en ese mismo momento la Policía lo acribilla sin misericordia. Su cuerpo yace en el suelo, inerte, con los ojos entrecerrados y la boca abierta a medias. La maldad de un agente vestido de traje –de manos gruesas, gordo y de cara ancha– no tiene límites: se acerca al cuerpo de Fausto y lo mira con desprecio antes de descargar sobre él una ráfaga de metralleta. El sangriento show se completa con la limpieza que emprende un carro cisterna y un grupo de policías que recoge toda evidencia.

Una hora antes, a mí me deja en la esquina donde lo matan. Fui el último en bajar del auto. Yo no me fui a la casa de mis viejos sino que me fui a donde mi ‘ñora’ [esposa] porque yo estaba casado en ese tiempo. Yo me entero después de unos minutos porque tenía que cumplir un punto de encuentro con mi responsable, ni bien sucedió la

fusilada que le dieron al Fausto. Inmediatamente salió en las noticias, te estoy hablando de media hora o una hora de diferencia. Yo llego a la casa, pasa un poco tiempo e interrumpen en la tele y sale un flash ‘Abatido segundo dirigente de AVC’. Yo me cago de la risa, digo ‘ni cagando, si yo acabo de estar con el *man*’, yo tenía que cumplir con un punto y en el punto me dicen ‘parece que lo mataron al Fausto’. Vamos a ver y nos fuimos a la tienda, los dos viejitos que la atendían estaban conmocionados, estaban hecho mierda, en shock todavía porque todo estaba lleno de balas, ellos no hablaban. Después de un rato, nos dijo que lo fusilaron, que dejaron ahí el cuerpo, nos describió cómo era y era el Fausto tal cual nos dejó a nosotros con su maletín en el que tenía un arma, una granada.¹⁴⁹

Eran las 4:00 de la tarde de ese día gris y Mireya esperaba ansiosa el regreso de Fausto. Arturo se entera de la noticia, llora angustiado, pero conserva la suficiente calma para llamar a Mireya, contarle lo sucedido y seguir comunicándose cada treinta minutos pidiéndole que no salga de la casa, que no llame a ningún lado, que se tranquilice y que no haga nada. La desesperación la embarga y decide llamar a casa de *El Gato*. Es la madre de este quien contesta para decirle: “No lo vuelva a llamar. Mi hijo ya salió de aquí”. Esa misma noche, con treinta denarios equivalentes a 6.000 dólares en sus bolsillos, y una visa Americana tramitada en tiempo récord, Fernando Flores Palomino volaba hacia los Estados Unidos, destino del que no regresó jamás.

El Fausto era una persona súper dulce. Era muy amigo del que lo vendió, del Flores, era muy cercano. Ya se notaban algunas cosas raras con *El Gato* y algunos compañeros hicimos algunas observaciones respecto a la disciplina y a las normas de seguridad que éste inobservaba pero el Fausto insistió con él, en mantener una lealtad con él, no quiso sancionarlo. El Fausto estuvo en mi

casa, comió con mis guaguas. Era dulce, no debería estar muerto, no debería ser. No debería ser.¹⁵⁰

Arturo, abatido por la muerte de Fausto, sintió que le cortaban el brazo derecho y así se lo hizo saber a Mireya, una semana más tarde cuando por fin pudieron encontrarse. Al día siguiente del cobarde asesinato—justo cuando el pequeño Eloy cumplía un mes de vida—nació el comando Fausto Basantes, que pintó toda la ciudad con la consigna: “1986: Derrotaremos a la oligarquía o moriremos. Alfaro Vive Carajo”. En ese contexto, el 16 de febrero—día en que *Mi Coronel* cumpliría 26 años—apareció la primera edición de la Revista *¡Qué púchicas, mi país!*, que estuvo dedicada por entero a la figura del comandante Fausto Basantes Borja.

El *Ricardo* es conocimiento, todo, no. El Fausto eran las manos. ¿De dónde sabría sacar las cosas? Todo lo que se necesitaba el Fausto lo conseguía. Yo me admiro, aquí en Ibarra, en Cotacachi, en el Carchi, en todos lados teníamos colaboradores y eso es gracias al trabajo del Fausto. Definitivamente, él era los brazos de la Organización.¹⁵¹

Un grupo de los tres mil ejemplares que se hicieron de *¡Qué púchicas!* se entregaron en la Universidad Central. Durante una reunión de políticos, entre los que estaban Francisco Huerta y el mismo Oswaldo Hurtado, Arturo Jarrín y Mireya Cárdenas junto a un comando de AVC irrumpieron en el paraninfo, explicaron de qué se trataba la revista, desplegaron una bandera gigante con el rostro de Fausto Basantes y salieron. Ya sin él, de todos modos, los planes seguían adelante y un grupo de entre ochenta y cien combatientes salió, el 8 de enero de 1986, hacia el Batallón América, para prepararse en el departamento del Cauca, en Colombia, y volver a formar la fuerza rural de AVC en Ecuador. Hamet Vásconez relevó a Fausto y encabezó al grupo

de rebeldes hacia las montañas en las que el mismo Arturo ya había estado meses antes.

Nos visita en el Batallón América Ricardo Jarrín por el lapso de quince días, en la montaña, pues quería pasar un tiempo alejado de todo un conjunto de problemas que se dieron a raíz del secuestro y posterior asesinato de Nahím Isaías y compañeros del M19 y AVC. Todo esto me comenta a su llegada y claro a más de él descansar, nos ponemos a diseñar de una manera concreta cómo salía este frente guerrillero a la luz pública en toda una campaña militar los primeros días del año 86.¹⁵²

Mientras tanto, Arturo convenció a Mireya Cárdenas de que saliera del país dado el acecho del que eran víctimas. Mireya dejó a Eloy a cargo de sus tíos paternos, quienes lo inscribieron en el Registro Civil como Fausto Eloy Basantes Moreno, que meses después saldría de país en brazos de Natalia Sierra, con el nombre de Emilio Sierra. Apenas 29 años después pudo registrar sin miedo su nombre con el apellido de sus verdaderos padres: Fausto Eloy Basantes Cárdenas.

Arturo y Mireya salieron juntos en una misión hacia Libia en los primeros días de marzo de ese año, para participar de la Segunda Mathaba, una conferencia mundial para combatir el racismo, el imperialismo, el sionismo y el fascismo. A su llegada a Libia, Arturo Jarrín tiene un recibimiento con honores y es entrevistado por Stella Calloni, la autora del libro *Operación Cóndor: pacto criminal*. Después de la entrevista y de que tomaran un té, Calloni toma la taza de Arturo y “lee” su fondo, a continuación sentencia: “A ti te espera mucha gente pero veo muchas lágrimas”. Arturo salió y, en algo más de confianza, la mujer le dijo a Mireya: “Arturo va a tener un accidente en el avión, o va a morir en el avión”. Sin hacer caso de la trágica predicción, y ante la salida de Antonio Navarro Wolf que regresó a Colombia por la

muerte de Álvaro Fayad, Arturo asumió la conducción del Congreso, con un discurso tan potente que conmovió a los revolucionarios y que dio a conocer a nivel internacional a Alfaro Vive Carajo.

A su vuelta, aún en Panamá se enteraron de que Édgar Vaca emprendió su búsqueda por Centroamérica, los tentáculos de la represión empezaban a adquirir un carácter internacional. También le contaron, por vía telefónica, que una compañera muy querida para él había sido asesinada. Se trataba de Gladys Jeaneth Almeida Montaluisa, *Sara*, sobre cuyo joven cuerpo los agentes descargaron once proyectiles. Su madre Gladys Montaluisa, que también era parte de la Organización tuvo que pelear con los gendarmes para que le entreguen el cuerpo de su hija.

La edición número 24 de *Montonera* recoge una carta que escribió la madre de *Sara* a su hija: “Hoy, mañana... algún día, si yo tuviera otra hija, aunque sé que las bestias asesinas buscarán su vida, también sé que hasta que brille un nuevo sol en la Patria y mucho después, sería una combatiente, sería ALFARISTA. Sara compañera, hija inigualable. Hasta vernos más allá de las estrellas, tu mamá”.¹⁵³ El traslado de su cuerpo hacia el cementerio de San Diego se hizo con la presencia de una escolta militar y policial que, con toda su insolencia, buscaba a más miembros de la Organización. Desde aquel 26 de marzo, AVC declaró la fecha como el Día de la Guerrillera Ecuatoriana.

Cuando se cumplía un mes del asesinato de mi hija, los compañeros con los que yo hice trabajo de masas en El Inca hicieron una misa y me pusieron a hablar. Yo les dije que *Sara* significaba maíz, e hice el ejercicio de hacer que se abracen entre todos. Les dije que mientras el pueblo permanezca unido como el maíz era invencible. El Arturo me dijo que estuvo en esa misa y que lloró. Era un hombre sensible.¹⁵⁴

El sufrimiento de la madre apenas iniciaba puesto que su hijo Santiago también era buscado y perseguido por los aparatos de seguridad del socialcristianismo, hasta que el 7 de marzo de 1986 –con apenas 17 años– cayó preso y tenía serias amenazas de muerte sobre sí. Ella, desesperada por la vida de su hijo y por recomendación de César Verduga, entonces diputado en funciones, decide apostar la carta más alta a la que tuvo acceso.

Cuando yo hablo con el ‘Patacón pisao’ [César Verduga] él me dice ‘Tranquila, Gladys, yo la voy a ayudar. Por increíble que parezca, si hay alguien que odia a Febres Cordero es su mujer, si hay alguien que puede boicotearlo, es su propia mujer. Entonces, vamos a tener contacto con ella.’¹⁵⁵

Después de esa revelación sobre los afectos que María Eugenia Cordovez guardaba por León Febres Cordero, Gladys le envía una carta cuya respuesta la encontraría el día de la audiencia de su hijo Santiago en el Tribunal de menores de la Plaza Benalcázar. Aquella mañana de octubre, un agente se le acercó y le dijo que doña María Eugenia le había ordenado que al salir del tribunal, los escolte hasta que puedan tomar un taxi y salir del lugar. Gladys hizo lo que indicó el gendarme y se lo llevó lejos, dónde el odio y la represión no podían alcanzarlo.

Al enterarse de la persecución que el capitán Vaca había iniciado contra ellos en Panamá, Arturo y Rosa Mireya van hacia Nicaragua, donde los recibe su compañera de Los Chapulos, Teresa Mosquera, que había consolidado los lazos con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Ella les dio posada en la única habitación que tenía disponible en su casa del barrio El Crucero, ubicado en la parte alta de Managua, donde hacía frío. Como había una sola cama, se turnaron

un día dormía el uno en la cama y el otro en el suelo, y viceversa. La primera noche que Arturo duerme en el colchón, ya apagadas las luces, le sobreviene la tristeza y llora, llora mucho tiempo, con entrecortados suspiros, llora por toda la gente que ha perdido en este camino.

Hacia mediados de abril emprende el regreso a Ecuador y lo hace por Colombia, pasa por el Batallón América y en ese camino se encuentra con *Omar*, un campesino que entonces estaba encargado de la comunicación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), con quien compartió dos días de camino hacia un escampado en el Cauca. *Omar*, ya jubilado de la actividad guerrillera lo recuerda todavía:

Nosotros, en las FARC estábamos al tanto de todo lo que ocurría en el Ecuador. Cuando lo encontré no me dijo de quién se trataba, pero, claro, yo lo reconocí por la foto que salió en los periódicos con las espadas de Alfaro. Era flaquito, un peladito tierno, sereno, que hacía bromas y, eso sí, un duro para caminar por la selva. Yo creí que se iba a quedar por esas trochas porque lo vi todo flaquito, pero tenía una fuerza impresionante.¹⁵⁶

De ese viaje se conservan aún algunas fotografías que se tomaron en la selva colombiana y que se publicaron en la edición número 2 de *¡Qué páchicas!* en la que se recogen entrevistas al comandante del M-19 Carlos Pizarro (†) y a Hamet Vásconez, como representantes de los movimientos insurgentes que estaban en el Batallón América, que para entonces ya tenía fuerzas desplegadas en los Departamentos del Valle, Cauca y Antioquia, en conjunto con el Ejército Popular de Liberación (EPL). Las bajas que dejó este proyecto afectaron a todas las organizaciones que estaban vinculadas a él, a saber, AVC, M-19, MRTA y Quintín Lame. Arturo –que en el Batallón América andaba con una

bolsita de tostado con panela— y los demás dirigentes reunidos entre abril y mayo en la montaña colombiana delinearon la estrategia que tendría el nuevo Ejército Bolivariano. El sueño de la Patria Grande de Bolívar iba cobrando forma.

Al llegar al Ecuador, Arturo se encarga de la edición número 22 de la revista *Montonera*, cuyo contenido es básicamente una carta abierta a León Febres Cordero, firmada por Hamet Vásconez desde el Campo Democracia, en el Valle del Cauca, donde se asentaba entonces la comandancia del Batallón América. La publicación se congratula con el rechazo que haría el pueblo ecuatoriano en la Consulta Popular convocada por el socialcristiano el 1 de junio de 1986, que preguntaba si estaba de acuerdo en permitir que los ciudadanos independientes puedan ser elegidos para cargos públicos, sin la necesidad de estar afiliados a ningún partido político. La impopularidad del mandatario desencadenó un rechazo masivo a su propuesta.

En la memoria colectiva de un pueblo jamás se borra el atropello diario a cuenta de defender un orden que lo somete; jamás se olvida el hambre diaria para amasar fortunas de un pequeño grupo a cuenta del desarrollo nacional; jamás queda en blanco la humillación diaria de millones para que unos cuantos puedan jactarse de orgullo y dignidad; nunca se olvida el dolor de las madres que lloran a sus hijos torturados, desaparecidos, encarcelados, asesinados; nunca se borra la pena de los padres que sufren por no tener un trabajo, por sentirse incapaces para resolver las angustias familiares. Por todo esto, porque conocemos en carne propia, las patrañas de su régimen y la nobleza de nuestro pueblo; por el pasado de ira, por el presente de lucha, por el futuro de esperanza, estamos felices por el NO.¹⁵⁷

Por ese mismo tiempo, los aparatos de tortura y represión de León Febres Cordero se iban especializando en España, Francia, Chile

y Argentina. Se fraguaba un despliegue de fuerza descomunal para acabar con los sueños de la alfarada. Sin dejar de emplear la brutalidad, los métodos tienen una nueva modalidad: la infiltración, la compra de información y la traición. Entre los personajes que sirvieron para estos fines y que formaban parte Alvaro Vive Carajo estaban Mao Viteri y Fabián Moreno, que era conocido como el *Agente 99*. Ambos, con una ambición desenfrenada, no solo pasaban información a la Policía y hacían informes detallados de las actividades de sus compañeros, sino que, de cuando en cuando, pedían aumento de sueldo.

Fabián Moreno Gómez y los agentes policiales tuvieron dos entrevistas mensuales, que fueron debidamente planificadas, y a partir de las cuales se establecieron tareas o responsabilidades, de parte y parte, que debían cumplirse hasta la siguiente cita. Al parecer, la relación de Fabián Moreno Gómez con miembros de la Policía Nacional se produjo en el Penal García Moreno, a partir de una sugerencia de Mao Tse-Tung Viteri quien –como se señaló anteriormente- era informante de la Policía Nacional e Inteligencia Militar desde mayo de 1986.¹⁵⁸

Solo entre el 21 de mayo de 1987 y el 27 de febrero de 1989, la Comisión de la Verdad descubrió veintiocho informes y “entrevistas” entre la Policía y Fabián Moreno, pero su traición empezó mucho tiempo atrás con la entrega del segundo al mando de AVC, después de la muerte de Fausto Basantes, Hamet Vásconez. Moreno fue ganándose la confianza de Arturo y así se enteró del retorno a Quito de Vásconez desde el Batallón América, en los primeros días de septiembre de 1986. Moreno estaba al tanto de que Hamet dirigía un operativo importante y que su casa de seguridad estaba instalada en el barrio Altamira, ubicado en el noroccidente de Quito. Después de realizar una recuperación económica en el Banco de la Producción, el

11 de septiembre de 1986, Argentina Lindao, Marcelo Saravia, Robert Regalado y Hamet Vásconez Viteri se encontraban en la casa N° 26 Altamira. Por delación de Moreno, la vivienda permanecía con guardia permanente y al llegar los miembros de la Organización se monta un operativo espectacular que fue transmitido en vivo y en directo por las televisoras locales. La noche anterior, desde esa misma casa salió Natalia Sierra con el pequeño Eloy –hijo de Fausto Basantes- para encontrarse con su madre en Nicaragua.

El ataque de la Policía se tornó despiadado y brutal, dirigido por Édgar Vaca en persona: seiscientos policías se apostaron alrededor de la casa donde estaban cuatro personas, evacuaron las viviendas aledañas. Al verse rodeados, Hamet ordena que todos salgan por la parte posterior de la casa. El único que obedece la orientación es Robert Regalado, quien se envuelve en un colchón y se lanza desde el segundo piso. En la caída se lastima un brazo pero aun así logra romper el inclemente cerco policial que lo rodea. Mientras en el interior de la vivienda, Hamet, Argentina Lindao y Marcelo Saravia se convierten en la contención del pequeño Robert. Resulta inolvidable la imagen de Argentina Lindao que en un momento sale por la ventana con un arma en la mano e intenta disparar. Su esfuerzo es inútil y retrocede. Apenas logra meter el cuerpo, una granada propulsada por un cohete entra a sus espaldas y destroza la casa y con ella a sus ocupantes. Le gritan a Hamet que se rinda. “Vengan a sacarme, un alfarista jamás se rinde”, replicó desde el interior. La inclemencia policial no tiene límites y continúa el ataque con armamento de altísimo poder destructivo. Al ingresar, la Policía se inventa una escena del crimen adulterada: aparecen varias fotos en las que los guerrilleros están de espaldas, otras de frente, el dinero que le ponen encima a los cadáveres está intacto, en unas fotos portan armas y en otras ninguna. La farsa se consume. Lo

que no pudieron ocultar los perversos maquillajes fueron las paredes de la casa, en las que, con el último hálito de amor, de fuerza y de convicción que les quedaba, los rebeldes escribieron con su sangre tres letras inmortales: AVC.

El Arturo tenía un cariño profundo por el Hamet, mucha confianza en lo que él podía hacer. Por eso lo manda como jefe de los ecuatorianos que van al batallón América. El Hamet era una persona extraordinaria de una moral y una ética revolucionarias intachables. El Hamet era la encarnación de la ética revolucionaria. ¡Qué bestia, qué linda persona que era! De una mística y respeto a todos, de una decisión y firmeza para llevarte adelante, pero también de una delicadeza. El Hamet era un grandote, él era el militar pero de un cariño por las personas increíble. Todo el mundo lo quería.¹⁵⁹

La muerte de su amigo más entrañable significó un golpe emocional para el Comandante Uno de Alfaro Vive Carajo. Arturo no concebía quedarse vivo si el sueño de hacer la Revolución no se cumplía y así se lo hizo saber a María Rosa Cajas: “Yo no concibo estar vivo si esto termina, prefiero morirme a quedar vivo y que esto fracase”, le dijo.

En el último tiempo que yo paso con Arturo lo vi lleno de optimismo, a la espera del regreso de los compañeros del Batallón América. Ese optimismo se acabó con la caída de Hamet, ahí sí lo vi hacerse pedazos. Estábamos en la misma casa ese día, y lo vi derrumbarse. En primer lugar, porque era su amigo, su hermano, y, en segundo lugar, por todos los planes y las responsabilidades que Hamet tenía sobre él y que se llevaba a la tumba: contactos, infraestructura, bienes de la Organización. Vimos la muerte de Hamet por la televisión, casi fue televisada esa muerte. Al inicio, me dijo que no estaba ahí porque

las noticias decían que el operativo se desarrollaba en Monteserrín. Cuando ya vimos que era en Altamira, me dijo “Me lo mataron a mi hermano”. Se metió a su cuarto a llorar y no salió hasta el día siguiente.¹⁶⁰

Pese al dolor, la angustia y la desesperanza que habitan a Arturo en los días posteriores a la muerte de Hamet, tiene aún el coraje de ponerse en pie y preparar una edición sin fechar de *Montonera* en la que escribe una carta muy sentida para su hermano Hamet Vásconez, que lo acompañó desde sus primeros pasos en la dirigencia estudiantil del colegio La Salle.

¿Qué puedo escribir sobre ti? La forma no me importa. ¿Qué puedo decirles yo sobre mi hermano al que [ilegible] todos, conocieron sin verlo? ¿Qué puedo decirles yo sobre mi hermano, al que vi mil y mil veces retratado en TV, en los periódicos y diarios, con su rostro torturado, con su mirada altiva y franca ofertado por 5'000.000 de sucres? ¿Qué puedo decirles yo, sobre mi hermano, a quien en cuando estuve encarcelado lo miré en los periódicos con la actitud franca y orgullosa en medio de guardianes cabizbajos? ¿Qué les voy a decir de mi hermano a quien lo recibí en prisión, lo vi torturado pero íntegro, medio muerto pero lleno de vida?

No mi hermano, no puedo escribir sobre ti, no es que no tenga nada que decir. Intento, ¿lo sabes? La mano se endurece, a los ojos los siento humedecer, la garganta se me anuda. No puedo escribir sobre ti. Prefiero escribirte a ti.

(...) Ahora vivo con intensidad aquel 31 de diciembre de 1985 y el 1 de enero de 1986. Hasta hoy, nunca entendí las lágrimas de *Julio* [Fausto Basantes] de aquella noche; ese abrazo tan fuerte y la

exigencia de que estuviéramos juntos. Pienso que él ya lo sabía; ¿tú? Le acompañaste aquella noche como lo acompañas hoy.

(...) Por mi mente pasan las alegrías causadas por los buenos frutos de las picardías colegiales, nuestras primeras preocupaciones resultantes de la lucha estudiantil; la búsqueda incesante de los años en que dejábamos de ser adolescentes; nuestro acercamiento a los proponentes de “soluciones ecuatorianos para problemas ecuatorianos” y el acelerado alejamiento que nos produjo la inconsecuencia de los mismos. Aquellos meses de marchas interminables y cansonas, en invierno y en verano, con mochilas más grandes que nosotros, con enfermedades e ilusiones, descubriendo la verdadera esencia del Ecuador. Aquella pierna tuya, fallosa, causa de retrasos pero jamás de desmayos.

Cómo olvidar a Alejandro [Andino], a nuestro querido *Roberto*. Para ti fue un dilema y un reto asumir ese nombre cuando lo mataron. Te confieso algo que, no sé porque nunca te lo dije: cómo te envidiaba el día que nos despedimos porque partías para El Salvador; luego de más de tres años, que alegría saber que regresabas. ¿Y, sabes? Un día inolvidable, cuando te vi llegar a visitarme (clandestino como siempre) al Penal, jamás se me ocurrió que luego te habría de recibir en una situación similar a la mía: torturado, vejado, calumniando.

Una semana postergamos nuestra salida de prisión para ponerte bien y pudieras acompañarnos. Qué hermoso era ver tu fuerza de voluntad para recuperarte. El motorcito que te mueve nunca se apagó. ¿Ahora sí? Creo que no, estoy seguro que está instalado en muchos otros hombres y mujeres que tú formaste.

Hermano, entiendo el odio que nos tiene la argolla oligárquica, pero de todas maneras me pregunto: ¿Por qué nos odian tanto?; ¿por qué llegan tan bajo, al punto de ofertarnos? ¿Por qué nos calumnian tan descaradamente? ¿Acaso tú olvidaste alguna vez los valores que aprendimos en el colegio? No. En el Evangelio nos formamos, de él aprendimos tantas y tantas cosas que nunca las olvidamos: la actitud de respeto a la dignidad del enemigo, movernos [ilegible] antes que por odio.

(...) Sé que no te defraudaré, que los temas que conversamos la madrugada en que llegabas del Valle del Cauca, se convierten, para mí, en el testamento del hermano. Quiero ser un buen depositario de esa herencia. Te hago saber que leí tu diario, no pude contener mis sollozos, pienso que ahí estás retratado tal como eres: el eterno emprendedor, el permanente alumno, el incansable maestro.

(...) Sí hermano, que orgulloso me siento de ser tu amigo, de habernos criado juntos, de haber descubierto juntos esta senda, de sabernos seres no trascendentales, peor imprescindibles para que la Revolución se produzca, por eso no tenemos inconveniente en entregar la vida nuestra, pero jamás la dignidad y el honor de hombres.

(...) No quiero terminar sin antes encargarte saludos para mi buen amigo Joaito (Vladimir), dile que su imagen, su decisión y voluntad son alimento para nosotros, que los hombres de pueblo empiezan a convertirlo en símbolo. Te encargo hagas llegar mi veneración y admiración a Sandra, madre, hermana y compañera. Dile a Alejandro, a *Julio*, a Juan Carlos, a todos, que acá seguimos jalando, que no desmayamos y que cuando estemos juntos será para informarles que cumplimos.

Termino como siempre, sin palabras, con un abrazo, un apretón de manos y, en esta ocasión, con un clavel rojo, inmarchitable, colocado al pie de tu tumba.

(...) No mi hermano, no estamos aflojando. Aunque sé que para mí, ya nada será igual.

Hasta siempre,

Tu hermano.

PD: Cumplí al pie de la letra la promesa que nos habíamos hecho para cuando nos llegara este día.

Septiembre 25/86¹⁶¹

La promesa que se habían hecho era que aquel que quede vivo deberá escribirle una carta a la madre del otro. Así lo hizo Arturo mientras el delator a sueldo, Fabián Moreno, creaba una estrecha relación con los agentes policiales que le aseguraría un modo de vida incluso después de estar en la cárcel. Al salir de ésta, se infiltró en movimientos sociales como la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y empezó a crear otros espacios desde los cuales continuó relacionándose con los movimientos sociales opuestos al gobierno de turno para obtener información. Por ejemplo, participó en un encuentro regional en México D.F. y consiguió datos valiosos para las policías de Ecuador y de otros países. En el ínterin escribía a los agentes diciéndoles que tenía miedo por las represalias que se podían cernir sobre él por parte de la Organización en caso de que se enteraran de la delación que terminó con la vida del *Capitán Cerezo*, a quien la Policía asesinó de forma cobarde y cruenta, el 29 de septiembre de 1986: durmieron a los perros del barrio, abordaron

la casa desde el techo después de intimidar a la familia que allí vivía, entraron cerca de las 23:00 y amordazaron a los ocupantes entre los que aparte de José Luis Flores estaban su esposa Sayorana Sierra – cuya militancia en AVC siempre estuvo en duda– y el joven Robert Regalado, que escapó días antes de la casa de Altamira. De modo que el supuesto enfrentamiento que quiso simular la Policía no tiene ningún asidero en la realidad ni en la evidencia. La casa, ubicada en la calle Manuela Sáenz, fue el escenario macabro de una ejecución extrajudicial que ya tenía precedentes y que empezaba a convertirse en una práctica cotidiana.

Con todos estos sucesos encima, Arturo Jarrín se quedaba solo, con casi ochenta compañeros guerrilleros que estaban en la cárcel, los cuadros más importantes habían sido asesinados, tenían delatores dentro de la Organización, la Dirección Nacional de AVC estaba prácticamente eliminada. De modo que, antes de partir hacia Colombia, buscó el refugio del hogar. Llevó pan y sonrisas y juegos para compartir con ellos la última cena familiar.

Era momento de emprender un nuevo camino que le permitiera rearmarse y contar con una fuerza suficiente para enfrentar la promesa de derrotar a la oligarquía o morir. La sentencia guardaba en sí misma el destino de Arturo y de AVC.

Colofón

—Es cierto — dijo mecánicamente el hombre, sin quitar la vista de las llamas que ardían en la chimenea aquella noche de invierno—; en el Paraíso hay amigos, música, algunos libros; lo único malo de irse al cielo es que allí el cielo no se ve.

AUGUSTO MONTERROSO, *El paraíso imperfecto*

El líquido rojo que le inyectan en el glúteo lo adormece, sus ojos no alcanzan a definir los rostros que tiene al frente, aquel que dice reconocerlo parece un excompañero del colegio pero los párpados pesan y no alcanza a situarlo, quiere decir algo pero su lengua está entumecida. Sabe que a esa hora no debía estar ahí sino volando, de modo que cierra los ojos y se deja llevar, sueña. Ya con el cuerpo casi inerte en el piso, sus captores preparan el traslado. El oficial Eduardo Z. lo sube en una aeroambulancia para ir hacia Quito. El piloto se niega a partir pues nota de inmediato que se trata de un secuestro. Eduardo Z. saca su arma y la pone en el rostro del aviador bajo la amenaza de matarlo si no despega enseguida.

Es el sábado 25 de octubre de 1986. El vuelo es turbulento y el oficial no quita la mirada del cuerpo inmóvil de Arturo Jarrín. Las circunstancias han creado en torno a él una figura de extremada inteligencia, audacia y astucia. Le teme aún dormido. Al aterrizar en la Base Aérea, Arturo tiene el más espeluznante comité de recibimiento que alguien pudiera imaginar: el mismo ministro de Gobierno, Luis

Robles Plaza, su asesor, Gustavo Lemus, y el jefe del SIC-10 Édgar Vaca, rodeado siempre por muchos otros agentes. Al ver el cuerpo, sonríen satisfechos, sus fauces feroces no pueden esperar más para cernir sobre él todo el odio y el rencor que guardan después de los operativos que este menudo hombre dirigió o protagonizó, y que los hizo quedar en evidente ridículo, como el asalto al Rastrillo o la fuga del Penal García Moreno. La jauría se traslada ahora en una caravana de tres vehículos, atraviesan la ciudad y llegan hasta La Remonta, una casona donde funcionan las caballerizas de la Policía. Es en ese lugar en el que Arturo Jarrín recupera el conocimiento. Despierta rodeado de agentes que lo miran absortos, antes de empezar a golpearlo, a descargar sobre ese débil cuerpo todo el odio que los habita. El país que recibe a Arturo es un caos de huelgas, movilizaciones populares y descontento generalizado con el gobierno de Febres Cordero.

Vuelve la guindada, la funda de gas asfixiándolo, la electricidad en el cuerpo, los golpes, los saltos sobre él, el submarino... Arturo no dice nada, ¿sobre quién?, si él era el hombre al que buscaban, la presa más deseada, el trofeo más alto del macabro estante en el que habían colocado a punta de bala a tantos otros jóvenes idealistas. El dolor infringido contra su cuerpo no le duele tanto como tener la certeza de que no podrá cumplir la promesa de rescatar a sus compañeros. Una lágrima se escurre por su rostro, solloza. Los torturadores no le dan tiempo a pensar ni a sentir, los golpes no cesan. Desnudo y colgado de sus pulgares ve llegar a Gustavo Lemus y a Édgar Vaca, que se burlan de él, que lo humillan, que presencian las torturas y las vejaciones, que toman parte de ellas. Siente que hieren su cuerpo con navajas. La ferocidad de los asesinos los lleva a cortar parte de sus genitales. Cansados, con sus mandíbulas saciadas, salen y por toda orden dejan una pistola 9mm sobre la mesa.

Es la noche del domingo 26 de octubre de 1986. Los oficiales Wilson Z., Pedro C. y Eduardo Z. suben al balde de una camioneta

azul. En la cabina están los oficiales Alberto R. y José V. En medio de ambos, esposadas las manos, amarrados los pies, Ricardo Arturo Jarrín. Trasladan el amoratado y débil cuerpo hasta el sector de Carcelén, en el norte de Quito. Wilson Z. se va a una esquina, tiene un guion que se apresta a representar de forma ridícula. En tanto llegan y arman la parafernalia de la muerte, Martha Eufemia Jijón, mira la televisión en su dormitorio, ubicado en la casa 4, de la manzana 4, en la súper manzana A, en la ciudadela Carcelén, un lugar poco iluminado y con amplios espacios verdes. Al escuchar explosiones sale a la ventana a ver si otra vez reventó uno de los transformadores que abastecían de energía eléctrica al sector. Al asomarse, observa a un hombre sentado en las gradas de acceso a unos departamentos. Sobre él un hombre empieza a disparar, una bala ingresa por el pómulo izquierdo, destroza en su trayectoria parte de la dentadura, atraviesa la caja torácica y abdominal y se aloja en el hueso sacro. Los balazos se ciernen sobre él mientras Wilson Z, grita “¡se va, se va, se va!” pretendiendo armar la coartada de un supuesto intento de fuga.

Arturo, sangrante, cae en el segundo escalón, queda a treinta centímetros del piso. Los dos orificios de bala en la pared donde apenas se sostiene son testigos silentes de la barbarie. Su cuerpo alberga heridas en el muslo y en el brazo izquierdo. Ambas lesiones no son en sí mismas letales. La herida causada por el balazo en la cara tampoco constituye un daño mortal inmediato, sino que lleva a la muerte después de horas de dolor, inconsciencia y hemorragia. Los ocho balazos recibidos a corta distancia en el tórax acabaron inmediatamente con la vida de Ricardo Arturo Jarrín Jarrín. El parte de la Policía es insensato frente a la evidencia de las heridas:

Encontrándonos de patrullaje en Carcelén, por cuanto teníamos la noticia de que en ese sector había una casa de seguridad de la agrupación terrorista Alfaro Vive Carajo, proveídos como estábamos, al llegar a la altura de la plazoleta de la misma ciudadela, observamos a

tres sujetos que caminaban en forma sospechosa y mirando en todas las direcciones, lo que despertó nuestro interés y nos acercábamos a estos sujetos cuando pudimos reconocer a cierta distancia, que uno de esos sujetos era el delincuente terrorista Ricardo Arturo Jarrín Jarrín, quien estaba prófugo de la justicia como dirigente máximo de la agrupación guerrillera, terrorista y delincuenciales Alvaro Vive Carajo, pues a pesar de que se había dejado crecer la barba, se pudo reconocerle fácilmente por cuanto ya estuvo detenido en una ocasión anterior y además, su fotografía se había publicado en forma reiterada por los canales de televisión.

Tan pronto pudimos reconocerle plenamente y mientras íbamos en circulación en la camioneta, este sujeto también nos identificó como miembros de la policía, de tal forma que todo ocurrió tan rápido y repentinamente, que apenas pudimos indicarle la voz de 'ALTO' en espera que estos sujetos pudieran rendirse y facilitar su captura, pero por toda respuesta escuchamos detonaciones de armas de fuego que iban dirigidas hacia nuestra humanidad y quizá por una maniobra en la conducción de la camioneta, no fuimos impactados por los proyectiles en nuestros cuerpos, pero la camioneta sufrió tres impactos de bala, en su costado izquierdo, estos antisociales continuaban en su actitud beligerante y disparando en forma reiterada, ante lo cual, los que nos encontrábamos en la camioneta tuvimos que parapetarnos tras la misma, saliendo rápidamente y observando las medidas de seguridad personal que nos fue posible, para responder con fuego a esta acción de los terroristas. En tales circunstancias se produjo un cruce de disparos entre nosotros y los individuos que habían tomado la iniciativa, habiendo podido notar la habilidad de éstos delincuentes que mientras iban disparando iban también alejándose de la escena, pero uno de ellos se desplomó por efectos de los disparos y de pronto, los otros dos sujetos que le acompañaban desaparecieron en la obscuridad de la noche, sin que nosotros pudiéramos perseguirles, porque al observar que uno de

ellos había caído, nos acercamos para recogerle, encontrándonos con la sorpresa que precisamente el herido era Ricardo Arturo Jarrín Jarrín, a quien le habíamos logrado identificar y al observar que tenía impactos de proyectil, procedimos a embarcarlo de inmediato en la camioneta, para conducirlo hacia una casa de salud para que reciba tratamiento médico especializado y emergente, pero en el trayecto, pudimos percatarnos que había fallecido, por lo cual procedimos a conducirlo a la morgue de la Policía Nacional para las diligencias correspondientes.¹⁶²

La primera autopsia, que se realiza al poco tiempo de su asesinato, afirmaba que recibió ocho impactos. Sin embargo, un nuevo estudio realizado en 2013 confirma que Arturo Jarrín fue maltratado en vida al punto de destrozar su mandíbula y desencajarla de su lugar original, que fue vejado cruelmente antes de recibir una descarga de balas que acabaron con su vida sin posibilidad de un juicio ni de alegar defensa alguna. Sobre su cuerpo se cionó el talante cobarde de sus asesinos, que entonces gobernaban el país. La noche del 26 de octubre de 1986, el Comandante Ricardo Arturo Jarrín recibió más de una docena de balas. Él jamás disparó un tiro.

La orfandad

Apenas se enteraron de la muerte de Arturo, en todas las casas de seguridad de AVC se hacen honores. En una de ellas habló Jimmy *El Chino* Solórzano para recordar el lema por el que identificaban a su Comandante: “Mientras haya que hacer nada hemos hecho”.

Los presos del Penal García Moreno se enteraron por un guía penitenciario. Al confirmar la noticia, Marco Troya lloró, todos lloraron y bebieron la muerte de su amigo. “Ese día lloramos y bebimos como locos, no lo podíamos creer. Yo no podía creer que él haya estado tan solo, que lo hayamos dejado tan solo”.

Gladys Montaluisa pasaba sus días en el cementerio de San Diego, visitando la tumba de su hija. Ese día, se acercó un compañero y le dio la voz de “¡Firmes, compañera!”. Al conocer la trágica noticia, lloró y repetía “no puede ser, no debe ser, no debe ser”.

Beatriz intentaba retornar el ritmo de su vida, dando clases en una escuelita al sur de Quito. Al volver a casa en el bus, embarazada de su hijo David, escuchó la noticia en la radio. “Me puse como loca, me bajé del bus, iba por la calle, llorando, sin saber qué hacer”.

Doña Bachita empezó a buscar a sus otros hijos para pedirles que no vayan al velorio de Arturo. “Después de este dolor, no quiero que algo más le pase a alguno de ustedes”, les decía.

Mireya, que vivía en Managua, tenía un sentimiento de orfandad que la invadía. Llamó a Quito para preguntar por su padre y le dijeron que estaba bien. La familia Espinosa que tanto quería a Arturo había escuchado la noticia en HCJB. “No lo podía creer, cómo iba a estar muerto en Quito si él debía estar viajando ese rato”.

María Rosa Cajas cumplía su reclusión en la cárcel de mujeres de El Inca. Las militantes de Montoneras Patria Libre que estaban con ella en la celda no entendían la angustia y la desesperación que de pronto la embargaron. “¿¡No se dan cuenta!?! ¡No entienden quién murió y lo que eso significa!”.

Patricio Baquerizo estaba en la Penitenciaría del Litoral. Se abrazó a sus compañeros de la jaula de la venganza, donde los habían encerrado. Un profundo silencio se hizo en aquel lugar en el que nunca antes ni después hubo tal condición. “Arturo era un hombre profundamente ético, de aquellos que –como decía el Che– ponía en riesgo su pellejo para probar sus verdades. Cuando supe de la noticia me dije: ‘no puede ser, yo debería estar muerto y no él’”.

Édgar Frías estaba en Lima. Arturo autorizó su salida para que resguarde a su familia. “Cuando vi la noticia, no supe qué hacer, sentía rabia, impotencia”.

El futuro presidente del Ecuador, Abdalá Bucarán Ortiz, vivía su primera etapa de asilo en Panamá. Aquella mañana, recibió la visita del escritor, historiador y diplomático ecuatoriano Pedro Saad, y del también diplomático y empresario Nicolás Isa Obando, con quienes se había empuinado unas cuantas rondas de ron. Bucaram colgó la bocina después de hablar con un militar que le informó del asesinato de Arturo, y se lo hizo saber a Saad. El dramaturgo, histriónico como era, se levantó solemne, alzó la sexta copa que tenía entre sus manos y dijo: “¡Salud, por el comandante Ricardo Arturo Jarrín!”.

Luis Vaca estaba desaparecido e incomunicado. Sus captores casi no se acordaban de él y de su discreta existencia en la pequeña celda. Un día le llevaron el periódico. No le dijeron nada, solo se lo lanzaron por debajo de la puerta. “Cuando vi el titular lloré y dije ‘ya se acabó esta huevada’”.

Las voces

“Era un hombre demasiado sencillo, demasiado humilde, sin poses. Yo caminaba con él por las calles del Centro Histórico cuando lo buscaban y lo hacía con toda calma”. **Alberto Torres**

“El Arturo te dejaba frío con algunas cosas. Siempre te retaba, pero de una forma serena, de modo que no podías negarte, pero me encantaba porque era el único hermano que se dejaba sacar los barros”. **Alexandra Jarrín**

“Él mismo se abría la basta de los pantalones para hacerlos de campana como estaban a la moda en ese tiempo, era hábil con las manos. Ahí lo veía yo cosiendo con hilo y aguja sus pantalones”. **Beatriz Jarrín**

“Arturo Jarrín sabía que ya era hora de dejar de hablar, había que hacer y se puso a trabajar en ello”. **Édgar Frías**

“Cuando murió Arturo, sentí que todo había acabado, que mis sueños se habían terminado. Me sentí derrotado y me pregunté para qué nos había servido tanta muerte, tanto dolor, tanta represión. Me preguntaba ¿por qué?”. **Edison Sarasti**

“El Arturo era súper alegre, le gustaba bailar, le gustaba mucho la música. Si algo me llevo de él es su alegría para enfrentar todos los momentos, siempre tenía una sonrisa o los recursos para sacarte una sonrisa”. **Edwin Jarrín**

“Arturo nos ofreció presentarnos a un niño de una de las familias que él conocía del campo y al niño le había ofrecido hacer conocer algo de la ciudad. Nicolás llegó con Arturo a nuestra casa, él estaba muy tímido y no quería despegarse de Arturo. Nicolás no llevaba zapatos, su ropa no estaba en buenas condiciones, su cabello desordenado y tampoco se

comunicaba bien en nuestro idioma. En minutos estuvimos jugando y éramos ya como amigos. Compartió nuestras camas, nuestro cuarto, nuestros juguetes, nuestra mesa. Así recuerdo a Arturo, como un tío que tenía la vida, sueños y decisión para ayudar a los dos lados de su prójimo”. **Esteban Guña, sobrino de Arturo**

“Arturo sabía que su vida estaba en peligro, pero a pesar de eso buscaba un momento para poder compartir en familia. Recuerdo que me llamaba ‘mi novia’. La última vez que vi a Arturo, en una reunión de la familia, al final del día, vino con nosotros en nuestro auto y lo tuvimos que ir a dejar. Esa fue la última vez que lo vi. Al despedirme de él nos dimos un abrazo muy fuerte y sus últimas palabras fueron ‘chao, novia, cuídate’”. **Gabriela Guña, sobrina de Arturo**

“El Arturo era una persona desafiante, te hablaba para desafiarte, para que continúes o te largues”. **Gladys Montaluisa**

“Su presencia fue muy importante como dirigente, fue muy cercano a todos. Todos sentíamos su presencia aunque no hayamos convivido con él. Eso es gracias a que construyó horizontalidades en medio de la verticalidad”. **Jimmy Herrera**

“En los momentos más duros, Arturo nos hacía reflexionar que estábamos en un proyecto que rebasaba nuestros intereses personales, que era un proyecto de lucha política en favor del pueblo”. **Ketty Erazo**

“Arturo siguió siendo nuestro guía aún después de muerto y cuando estábamos encarcelados. Gracias a su ejemplo, nosotros les hicimos saber a nuestros captores que pueden tener encerrados nuestros cuerpos pero jamás nuestro espíritu alfarista”. **Leonardo Vera**

“La traición fue una de las peores cosas que nos pudo pasar. Era sencillo infiltrarnos porque creíamos en la gente, teníamos confianza. El *Ricardo* fue quien más confiaba en la gente”. **Luis Vaca**

“El Arturo era mi hermano. Él te hacía hacer cosas que tú no sabías que eras capaz de hacer. Aún después de muerto, este man me sigue dando órdenes”. **Marco Troya**

“Era un hombre muy tierno, muy sensible. El liderazgo de Arturo era tan lindo que cuando él te hablaba de futuro, tú podías verlo, tenías la certeza, la confianza y la seguridad de que estabas haciendo bien”. **María Rosa Cajas**

“El Arturo era una persona muy disciplinada, lo que se proponía hacer lo llevaba a cabo con una pasión y una dedicación indescriptibles. Nunca lo escuché decir ‘esto no se puede’, a todo le hacía frente”. **Miguel Jarrín**

“Su temple te desarmaba. Con dos frases te dejaba sin argumentos y te convencía de lo imposible. A mí me enseñó que en un proceso revolucionario hay que cumplir no con lo deseos individuales sino con el proyecto del pueblo”. **Mireya Cárdenas**

“Una noche llegó con un sacerdote y al mirar bien a este curita revolucionario, era Hamet Vásconez. Arturo y Hamet seguían siendo los amigos de siempre. Hablé a solas con Arturo sobre mi preocupación por él, me respondió con serenidad y convicción absoluta: “No temo a la muerte, busco la igualdad social y una vida mejor para mi pueblo”. Tenía la firme certeza de seguir adelante y conseguir su propósito a cualquier costo, incluso su propia muerte. **Octavio Guaña, cuñado de Arturo**

“Arturo era buen pelotero, jugaba harta pelota. Si viviera ahorita diría que es el Messi ecuatoriano. Yo le decía: loco, si tú eres más malo que la comida de los locos”. **Patricio Baquerizo**

“En las situaciones difíciles que tuvo que afrontar en la vida, él demostró su optimismo, su serenidad y su ánimo siempre positivo. La primera vez lo visité en el Penal, después de haber sido detenido por más de un mes, todavía tenía las huellas de la tortura y nos dijo, sonriendo: “la hora más oscura es la más próxima a la aurora”. Fue un joven que no tuvo tiempo de vivir porque sus sueños le costaron la vida. **Sonia Jarrín, hermana**

“Era muy exigente el Arturo, no aceptaba que alguien diga ‘no puedo’. Él sabía sacar lo mejor de las personas para que se venzan a sí mismas”. **Teresa Mosquera**

“No fuimos héroes ni aventureros, sino revolucionarios que nos fuimos detrás de un ideal, guiados por la sabiduría de Arturo Jarrín”. **Rubén Ramírez**

Notas

- ¹ Noboa, Fernando. *Calles, casas y gente del Centro Histórico de Quito*. Quito: Fonsal, 2006.
- ² Becker, Marc y Tutillo, Silvia. *Historia agraria y social de Cayambe*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador: Ediciones AbyaYala, 2009. Pág. 25.
- ³ *Ibíd.* 28.
- ⁴ Murray, Sharon. *Silvicultura Urbana y Periurbana en Quito, Ecuador: Estudio de Caso*. Recuperado el 12 de diciembre de 2015 en <http://www.fao.org/docrep/w7445s/w7445s03.htm>
- ⁵ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 7.
- ⁶ *Ibíd.* Pág. 26.
- ⁷ *Ibíd.* Pág. 10.
- ⁸ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ⁹ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 8.
- ¹⁰ Columnistas. (2008) ¿Dónde están? 12-05-2016, de El Universo Sitio web: <http://www.eluniverso.com/2008/06/05/0001/21/56F00CFB16AB4B70B81DC75271502A6D.html>
- ¹¹ Comisión de Defensa Jurídico Institucional de la Policía Nacional. *Terrorismo y subversión. La verdad que no se ha dicho*. SE, 2010. Pág. 8.
- ¹² Espinosa, Carlos. *Historia del Ecuador*. Barcelona: Lexus Editores, 2010.
- ¹³ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ¹⁴ Galarza, Jaime. *La CIA contra América Latina. Caso especial: Ecuador*. Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, 2014.
- ¹⁵ Entrevista del autor a Alexandra Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ¹⁶ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 8.
- ¹⁷ Anónimo, *Breve cronología del movimiento "Alfaro Vive Carajo"*, manuscrito, 1987.
- ¹⁸ Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica (Grijalbo Mondadori S.A.), 1998.
- ¹⁹ Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 15 de julio de 2015.
- ²⁰ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ²¹ Entrevista del autor a Alexandra Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.

- ²² Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ²³ Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 15 de julio de 2015.
- ²⁴ Miguel Donoso Pareja, *Los grandes de la década del 30*, Ed. El Conejo, Quito, 1985, p. 9.
- ²⁵ Alejandro Moreano, *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años (1950-1980)*, Editorial El Conejo, Quito, 1983, p. 173.
- ²⁶ Menton, S., citado por Jorge Enrique Adoum, *La gran literatura ecuatoriana del 30*, Editorial El Conejo, Quito, 1984, p. 42.
- ²⁷ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 10.
- ²⁸ Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 02 de noviembre de 2015.
- ²⁹ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 10.
- ³⁰ *Ibíd.* Pág. 30.
- ³¹ Entrevista del autor a Alexandra Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ³² Entrevista del autor a Teresa Mosquera, miembro de *Los Chapulos*, 02 de marzo de 2016.
- ³³ Entrevista del autor a Miguel Jarrín, hermano de Arturo y miembro de AVC, 23 de enero de 2016.
- ³⁴ Entrevista del autor a Ketty Erazo, miembro de AVC, 08 de marzo de 2016.
- ³⁵ Entrevista del autor a Edgar Frías, miembro de la Dirección Nacional de Alfaro Vive Carajo, 03 de junio de 2016.
- ³⁶ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ³⁷ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, retenido por el Ejército durante tres años, sin que nadie supiera de su paradero, 24 de julio de 2016.
- ³⁸ Villamizar, Darío. *Ecuador 1960-1990: Insurgencia, democracia y dictadura*. El Conejo, 1990. Pág. 114.
- ³⁹ Espinosa, Carlos. *Historia del Ecuador*. Barcelona: Lexus Editores, 2010. Pág. 655-657.
- ⁴⁰ *Ibíd.* Pág. 683-684.
- ⁴¹ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ⁴² Entrevista del autor a Edgar Frías, miembro de la Dirección Nacional de Alfaro Vive Carajo, 03 de junio de 2016.
- ⁴³ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 02 de abril de 2016.
- ⁴⁴ Andino, Alejandro. *Cumpliremos el mandato del pueblo y de la historia*. SE. 1981.

- ⁴⁵ Cárdenas, R. y Jarrín, M. *¿Dónde está la sangre del pueblo?* Ediciones Memoria. Quito, 2012. Pág. 23.
- ⁴⁶ Villamizar, Darío. *Jaime Bateman, biografía de un revolucionario*. Editorial Planeta. Bogotá, 2002. Pág. 404.
- ⁴⁷ Entrevista del autor a Edgar Frías, miembro de la Dirección Nacional de Alfaro Vive Carajo, 03 de junio de 2016.
- ⁴⁸ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ⁴⁹ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 28 de febrero de 2016.
- ⁵⁰ “Identificados presuntos asaltantes del Banco de Fomento en Lago Agrio”. (26-01-1983). *El Comercio*. Pág. C12
- ⁵¹ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 31.
- ⁵² Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 02 de noviembre de 2015.
- ⁵³ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 11.
- ⁵⁴ Anónimo, *Breve cronología del movimiento “Alfaro Vive Carajo”*, manuscrito, 1987. Pág. 9.
- ⁵⁵ Villamizar, Darío. *Jaime Bateman, biografía de un revolucionario*. Editorial Planeta. Bogotá, 2002. Pág. 415.
- ⁵⁶ *Ibíd.* Pág. 420.
- ⁵⁷ Jarrín, Arturo. *Memoria alfarista*. El Telégrafo EP, 2015. Pág. 38.
- ⁵⁸ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁵⁹ Juan Cuvi, miembro de AVC. Documental “Del sueño al caos”, Isabel Dávalos.
- ⁶⁰ Entrevista del autor a Rosa Mireya Cárdenas, miembro de AVC, 23 de enero de 2016.
- ⁶¹ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁶² Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁶³ Entrevista del autor a Rosa Mireya Cárdenas, miembro de AVC, 17 de noviembre de 2012.
- ⁶⁴ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.

- ⁶⁵ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁶⁶ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.
- ⁶⁷ Montonera N.- 2. Febrero 1984. Pág. 7-8.
- ⁶⁸ Grabación magnetofónica que Arturo Jarrín envía a su familia tras conocer la noticia de la muerte de su hermana Mónica. Archivo familiar.
- ⁶⁹ *Ibíd.*
- ⁷⁰ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁷¹ “Robo de espada de Alfaro fue un acto extremista”. (22-08-1983). *El Comercio*. Pág. C18.
- ⁷² Entrevista del autor a Edgar Frías, miembro de la Dirección Nacional de Alfaro Vive Carajo, 03 de junio de 2016.
- ⁷³ Montonera N.- 3. Abril 1984. Pág. 9.
- ⁷⁴ Entrevista del autor a Rosa Mireya Cárdenas, miembro de AVC, 13 de marzo 2016.
- ⁷⁵ Jarrín, Arturo. *Memoria alfarista*. El Telégrafo EP, 2015. Pág. 33-36.
- ⁷⁶ Villamizar, Darío. *Jaime Bateman, biografía de un revolucionario*. Editorial Planeta. Bogotá, 2002. Pág. 410.
- ⁷⁷ Entrevista del autor a Edgar Frías, miembro de la Dirección Nacional de Alfaro Vive Carajo, 03 de junio de 2016.
- ⁷⁸ Terán, Juan. *AVC Revelaciones y reflexiones sobre una zguerrilla inconclusa?* Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1994. Pág. 12.
- ⁷⁹ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.
- ⁸⁰ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 25 de febrero de 2016.
- ⁸¹ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ⁸² Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ⁸³ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.
- ⁸⁴ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁸⁵ Comisión de Defensa Jurídico Institucional de la Policía Nacional. *Terrorismo y subversión. La verdad que no se ha dicho*. SE, 2010. Pág. 55.

- ⁸⁶ Montonera N.- 2. Febrero 1984. Pág. 9.
- ⁸⁷ Jarrín, Arturo. *Memoria alfarista*. El Telégrafo EP, 2015. Pág. 43.
- ⁸⁸ Entrevista del autor con Rubén Ramírez, miembro de AVC, 14 de mayo de 2016.
- ⁸⁹ AVC. *Caso Roldós: ¡ni perdón, ni olvido!* SE. 1984. pág. 16.
- ⁹⁰ Entrevista del autor con Gladys Montaluisa, miembro de AVC, 25 julio de 2009.
- ⁹¹ Entrevista del autor con Rubén Ramírez, miembro de AVC, 14 de mayo de 2016.
- ⁹² Entrevista del autor con Rubén Ramírez, miembro de AVC, 14 de mayo de 2016.
- ⁹³ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 12.
- ⁹⁴ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ⁹⁵ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.
- ⁹⁶ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 14.
- ⁹⁷ *Ibíd.* Pág. 17.
- ⁹⁸ *Ibíd.* Pág. 18.
- ⁹⁹ *Ibíd.* Pág. 20.
- ¹⁰⁰ *Ibíd.* Pág. 22.
- ¹⁰¹ Entrevista del autor a Beatriz Jarrín, hermana de Arturo, 15 de octubre de 2013.
- ¹⁰² Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 02 de noviembre de 2015.
- ¹⁰³ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 23.
- ¹⁰⁴ *Ibíd.* Pág. 25-26
- ¹⁰⁵ *Ibíd.* Pág. 35.
- ¹⁰⁶ Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 02 de noviembre de 2015.
- ¹⁰⁷ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹⁰⁸ Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Ediciones Patria Nueva. 1985. Pág. 54.
- ¹⁰⁹ Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 02 de noviembre de 2015.
- ¹¹⁰ Entrevista del autor con Rubén Ramírez, miembro de AVC, 14 de mayo de 2016.
- ¹¹¹ Jarrín, Arturo. *Memoria alfarista*. El Telégrafo EP, 2015. Pág. 43-44.
- ¹¹² Documental Comisión de la Verdad.
- ¹¹³ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.

- ¹¹⁴ Villamizar, Darío. *Ecuador 1960-1990: Insurgencia, democracia y dictadura*. El Conejo, 1990. Pág. 151.
- ¹¹⁵ Carta de Arturo Jarrín a la Hermana Elsie Monge, presidenta de la Comisión Ecuménica de los Derechos Humanos, escrita desde el Penal García Moreno, fechada el 09 de julio de 1984.
- ¹¹⁶ Entrevista del autor a Edwin Jarrín, hermano de Arturo, 02 de noviembre de 2015.
- ¹¹⁷ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹¹⁸ Entrevista del autor a Rosa Mireya Cárdenas, miembro de AVC, 13 de marzo 2016.
- ¹¹⁹ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹²⁰ Frías, Édgar. *AVC por dentro*. S/E. 1999.
- ¹²¹ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹²² Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹²³ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹²⁴ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹²⁵ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹²⁶ Entrevista del autor con Rubén Ramírez, miembro de AVC, 14 de mayo de 2016.
- ¹²⁷ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹²⁸ “Líder de grupo ‘Alfaro Vive’ fue abatido”. (28-10-1986). *El Comercio*. Pág. C10.
- ¹²⁹ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹³⁰ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹³¹ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹³² Entrevista realizada a Arturo Jarrín en una casa de seguridad de Alfaro Vive Carajo, hasta la que fue conducido el periodista Diego Oquendo, septiembre 1985.
- ¹³³ Juan Cuví, entrevista para el documental AVC del sueño a caos. Directora: Isabel Dávalos. 2007

- ¹³⁴ Testimonio de Laura Coloma, madre de Juan Carlos Acosta, para la Comisión de la Verdad. 2010.
- ¹³⁵ Testimonio de Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, para la Comisión de la Verdad. 2010.
- ¹³⁶ España, Hugo. *El testigo*. El Conejo, 1996. Pág. 57-58.
- ¹³⁷ Entrevista realizada a Arturo Jarrín en una casa de seguridad de Alfaro Vive Carajo, hasta la que fue conducido el periodista Diego Oquendo, septiembre 1985.
- ¹³⁸ Entrevista realizada a Arturo Jarrín en una casa de seguridad de Alfaro Vive Carajo, hasta la que fue conducido el periodista Diego Oquendo, septiembre 1985.
- ¹³⁹ España, Hugo. *El testigo*. El Conejo, 1996. Pág. 62-63.
- ¹⁴⁰ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.
- ¹⁴¹ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaro Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹⁴² Testimonio del sargento segundo de Marina Florencio Antonio Briones Cornejo, a la Comisión de la Verdad, 2010.
- ¹⁴³ Entrevista del autor a Leonardo Vera Viteri, miembro de Alfaro Vive Carajo, 18 de febrero de 2016.
- ¹⁴⁴ Entrevista del autor a Leonardo Vera Viteri, miembro de Alfaro Vive Carajo, 18 de febrero de 2016.
- ¹⁴⁵ Entrevista del autor a Leonardo Vera Viteri, miembro de Alfaro Vive Carajo, 18 de febrero de 2016.
- ¹⁴⁶ Entrevista del autor a Leonardo Vera Viteri, miembro de Alfaro Vive Carajo, 18 de febrero de 2016.
- ¹⁴⁷ Entrevista del autor a Patricio Baquerizo, miembro de la Dirección Nacional de AVC, 27 de abril de 2016.
- ¹⁴⁸ Testimonio de Elizabeth Muñoz a la Comisión de la Verdad, 2010.
- ¹⁴⁹ Entrevista del autor a Jimmy Herrera, miembro de AVC, 27 de enero de 2016.
- ¹⁵⁰ Entrevista del autor con Gladys Montaluisa, miembro de AVC, 25 julio de 2009.
- ¹⁵¹ Entrevista del autor a Luis Vaca, miembro de AVC, 24 de julio de 2016.
- ¹⁵² Testimonio de Manuel Cerón, militante de AVC, recogido en su perfil de Facebook el 30 de septiembre de 2016.

- ¹⁵³ Montonera N.- 24. Agosto 1986. Pág. 7.
- ¹⁵⁴ Entrevista del autor con Gladys Montaluisa, miembro de AVC, 25 julio de 2009.
- ¹⁵⁵ Entrevista del autor con Gladys Montaluisa, miembro de AVC, 25 julio de 2009.
- ¹⁵⁶ Entrevista del autor con *Omar*, un guerrillero colombiano que conoció a Arturo Jarrín, s/f.
- ¹⁵⁷ Montonera N.- 22. Julio 1986. Pág. 1-2.
- ¹⁵⁸ Informe de la Comisión de la Verdad. 2010.
- ¹⁵⁹ Entrevista del autor a Marco Troya, miembro de Alfaró Vive Carajo, 19 de abril de 2016.
- ¹⁶⁰ Entrevista del autor a Leonardo Vera Viteri, miembro de Alfaró Vive Carajo, 18 de febrero de 2016.
- ¹⁶¹ Jarrín, Arturo. *Hola Hamet*, manuscrito, 25 de septiembre de 1986.
- ¹⁶² Parte policial fraguado para decir que la ejecución de Arturo Jarrín se produjo en un enfrentamiento. Esta tesis se mantiene hasta las últimas instancias del juicio por parte de los implicados.

Índice

Presentación	
<i>Pensamiento en rebeldía</i>	9
Prólogo	13
Introducción	25
Preludio	29
Capítulo I - El rastro de los Jarrín en Ecuador	37
Capítulo II - La semilla encuentra tierra fértil	41
Capítulo III - Arturo, el adolescente	55
Capítulo IV - El llamado de la historia	65
Capítulo V - Es hora de que las manos hablen	93
Capítulo VI - No somos más que historia	141
Capítulo VII - Son los sueños, todavía	153
Capítulo VIII - Marchemos unidos como un solo corazón	191
Capítulo IX - 1986: Derrotaremos a la oligarquía o moriremos	213
Colofón	231
La orfandad	237
Las voces	239

Equipo de apoyo

La familia Jarrín y el autor del libro quieren dejar pública gratitud con aquellos hombres y mujeres que desinteresadamente han aportado para la realización, promoción y presentación de este ejemplar.

Ana Rodríguez
Andrés Burbano
Carlos Jarrín
Carlos Alberto Vargas
Cristina Paredes
David Borja
Diego Ponce
Diego Soledispa
Eduardo Flor
Efrén Espinoza
Fabricio Proaño
Fernando Cruz
Gabriela Lizarzaburo
Gustavo Baroja
Isabel Cepeda

Isabel Gómez
Jefferson Vásquez
José Almeida
Juan Paredes
Katerine Chango
Luis Miguel Chávez
Marco Bolaños
Mauricio Galindo
Pancho García
Paúl Pabón Valencia
Rafaela Hermida
Saraí Medina Regalado
Soledad Buendía
Suelen Granda
Tahina Tasituña



¡Alfaro Vive Carajo!

